ESTA TEMPORADA SE BUSCA CONDESA

CLARICE DUVAL

Se busca condesa

Una historia corta de *Clarice Duval*

Contenido

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 16
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Prólogo

Décimo jubileo de la reina Victoria
22 de junio de 1847
Dover, Kent, Inglaterra

El precioso semental árabe sobre el que iba montado estaba viviendo sus últimos momentos, William lo sabía bien.

Pero no le importaba.

Todo en lo que podía pensar mientras el sudor de su frente quedaba replegado en sus espesas pestañas era en cuánto más tardaría en llegar a Barclay House, y si eso sería suficiente.

William adoraba a Prince, y más aún porque fue el último regalo que le dio su padre antes de su muerte, cinco años atrás, pero más amaba a su hermana, y la sola idea de que algo le pasara a Rosemary mientras él no estuviera, lo aterraba.

Mientras azuzaba el caballo, recordó la escueta nota que llegó a él dos horas atrás cuando estaba a punto de salir a celebrar el Jubileo de la reina y se le avisaba que milady estaba entrando de parto, y la sensación de que se avecinaba una tragedia no lo abandonó ni siquiera mientras ordenaba el carruaje que no fue capaz de esperar, nervioso como estaba.

Si a él, que iba en un animal veloz, le tomaría casi tres horas llegar a su destino, no quería pensar en que la nota hubiera llegado demasiado tarde a sus manos.

Veinte minutos más tarde, el animal exhalaba su último aliento a unos cuantos pasos de la entrada de Barclay House, apenas un segundo después de que se bajara, y se desplomaba como peso muerto.

Tardó medio minuto en reaccionar y notar que el animal estaba en el suelo a unos pasos de él, cerró los ojos, lamentándolo, pero tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para que sus piernas se movieran en dirección a la puerta de la casa, que estaba a un cuarto de milla de la reja de entrada de propiedad.

El sirviente que estaba en la entrada dio voces sobre el animal, y supuso que alguien se haría cargo. Esas voces alertaron a los demás, y antes de que pudiera siquiera subir los seis escalones para el porche de entrada, el mayordomo abría la puerta para dejarlo pasar.

—Milady está en su habitación.

William pasó de largo y subió los escalones con las pocas fuerzas que le quedaban y cruzó el corredor dudando si alcanzaría a llegar a la habitación de donde provenían los lamentos de su hermana, o si se desplomaría antes.

Como si hubiera lanzado un grito de auxilio, una doncella abrió la puerta para que entrara, y como pudo, llegó hasta allí y dio tres pasos lentos en la recámara.

—¡Wiiiiil! —gritó Rose—. ¡Maldito seas! ¿Por qué tardaste tanto?

Rosemary estaba pálida y sudorosa sobre una cama, apretando las manos de su doncella y pujando.

—Ya casi, milady. Ya veo la cabeza.

—Lo mismo dijo hace una hora —interrumpió la doncella.

—Está siendo muy difícil, muchacha impertinente, así que guarda silencio.

La doncella no dijo nada, y William no se movió, mareado como estaba por la sangre que veía en las sábanas y la palidez de su hermana, que parecía más frágil que nunca.

—¡William! —gritó Rosemary de nuevo.

William hizo un esfuerzo más y se acercó a la cama, dando pasos lentos mientras contenía las ganas de vomitar o desmayarse de la impresión.

—Estoy aquí, hermanita —fue lo único que supo decir.

Rosemary buscó su mano a tientas sobre las sábanas blancas, y William se acuclilló a su lado y la tomó, sintiendo el apretón más fuerte que alguien le hubiera dado jamás.

Fueron minutos agónicos que se convirtieron en una hora de gritos y maldiciones de Rose, y a Will le pareció que sería una eternidad, pero cuando empezaba a notar su cuerpo agarrotado por el viaje y la mano entumecida por la presión de su hermana, se escuchó un grito de bebé que hizo temblar las paredes de la habitación.

La doncella de su hermana le secó el sudor del rostro y junto a otras mujeres, la cubrieron y limpiaron a toda prisa. William en cambio, no podía moverse ni soltar a Rosemary, que sonreía con los ojos entreabiertos.

La partera limpió al bebé y lo dejó sobre el pecho de Rosemary, que estiró una mano para acariciar su cabecita.

—Es una niña.

William obedeció la petición de su hermana de acercarse y ver a la pequeña.

—Es preciosa —murmuró sin saber qué decir de la criatura húmeda y cubierta de sangre que era su sobrina.

—Hope.

—¿Qué?

—Hope. Su nombre es Hope. *Esperanza*.

—Hope Finlay —cabeceó a modo de reconocimiento—. Suena bien.

—Sostenla, por favor —pidió Rose.

William, que nunca había visto a un bebé y mucho menos cargado

a uno, tardó en reaccionar y tomarla entre sus brazos. Sintió que el cuerpo se le llenaba de oxígeno cuando la bebé movió los labios en un puchero que ya le había visto a su hermana, y sonrió.

— Es demasiado pequeña para lo gorda que estabas.

Rosemary exhaló una carcajada.

—¿La cuidarías por mí?

—No creo que sea difícil, solo debo cargarla, ¿no?

—Y ser un buen ejemplo para ella. Promételo.

—Seré el mejor tío del mundo, como el padre que no tendrá. Te lo prometo.

—Y como la madre.

Emocionado como estaba por la llegada de Hope, tardó en reaccionar. Se giró para buscar con la mirada los ojos azules de su hermana, que estaba más pálida de lo que la había visto jamás.

—¿Rose? ¿Rosemary?

—Tienes que cuidarla bien, Will. Confío en ti.

—Yo no la cuidaré mejor de lo que lo harías tú —chilló, desesperado.

Una doncella tomó a Hope de sus brazos y William se desplomó al lado de la cama, llamando a Rosemary a gritos y a susurros.

La partera y las doncellas se movían a su alrededor e intentaban hacer que bebiera una infusión, pero su hermana no parecía tener fuerzas para ello.

—Háblale bien de su padre y dile lo mucho que la esperamos y amamos. Por favor.

Con la cabeza ladeada, Rosemary le sostuvo la mirada mientras él le suplicaba que no lo dejara. Que su hija la necesitaba. Que él la necesitaba.

—Rose… te prometo que seré un hombre modelo si te quedas a mi lado. Haré todo lo que quieras, solo…

—Será muy feliz contigo. Cuídala y no dejes que *ellos* se acerquen.

William asintió para que se tranquilizara y guardara su fuerza, pero Rose no se esforzaba en seguir las indicaciones, y su mirada cansada vagaba entre la doncella que tenía a Hope en brazos y él.

—Rose…

—Te quiero, Will. Ustedes son lo más importante que tengo, nunca lo olvides.

Rosemary usó sus últimas fuerzas en acariciarle el rostro con dedos temblorosos y regalarle la más brillante de las sonrisas.

El tiempo se ralentizó para Will, que solo pudo llorar cuando el brazo de Rose cayó laxo a su lado.

No supo cuánto tiempo estuvo en la misma posición, ni lo que la partera, las doncellas o el médico indicó, solo que cuando pudo moverse, no estaba en la habitación de su hermana, sino en el

corredor y no sentía ni las piernas ni los brazos.

—¿Qué hago con ella?

—¿Con quién?

—Con la niña.

William se pasó las manos por el rostro, notándolas húmedas, y centró su atención en la criatura envuelta en una manta blanca. Sin saber qué más hacer, estiró los brazos, y dubitativa, la doncella se la entregó, acomodándola sobre su pecho.

—Ahora solo somos tú y yo, Hope Finlay. Solo tú y yo.

Capítulo 1

Vísperas del décimo séptimo jubileo de la reina Victoria
21 de junio de 1854
Dover, Kent, Inglaterra

Apretó la mandíbula junto con los puños bajo la mesa, donde nadie podía notar su desespero y asintió, para hacerle saber a su interlocutora que la estaba escuchando.

Aunque habría dado lo que fuera para no hacerlo.

La señora McTavish llevaba cerca de una hora atrincherada en su despacho con una sola misión: quejarse.

Al principio, William no había puesto objeción en recibirla a esas horas, pues comprendía que no le había dejado más opción a la institutriz que colarse de madrugada a su oficina, y debía concederle el haberse esperado a que el sol saliera para incordiar en lugar de hacerlo apenas lo escuchó llegar.

Pero su paciencia tenía un límite y lo estaba rozando de manera peligrosa.

—¡Es una malcriada! —repitió por décima ocasión—. ¿Qué clase de educación se le ha dado que no puede ni siquiera respetar a sus mayores?

—A mí me respeta —acabó espetando de mal humor—. Señora McTavish, comprendo su molestia, pero le recuerdo que esto era algo que ya sabía.

—¿Que su sobrina es un auténtico dolor de cabeza? —inquirió, con una ceja alzada—. Cuando se habla de una niña con problemas para seguir órdenes se espera que no quiera utilizar el vestido de esa hora o se niegue a comer lo que es sano para ella, que no atienda la lección como corresponde o que se le dificulte el aprendizaje de labores que corresponden a las damas, no que deje escapar arañas y toda clase de bichos en las habitaciones.

—Se lo advertí —señaló, intentando mantener la compostura—, Hope no está de acuerdo con el cambio, y le cuesta adaptarse a personas nuevas, pero una vez lo haya hecho, la convivencia será sencilla, en especial porque es una niña muy inteligente.

—No dudo que sea inteligente —siseó—, pero hay un trecho muy grande entre ser rebelde y ser un pequeño monstruo, y su sobrina está a una travesura de cruzarlo.

—Usted gana el doble de lo que gana cualquier institutriz —le recordó—, y en parte es para que haga gala de su paciencia. Cuenta con magníficas recomendaciones, señora, por eso se quedó con el puesto entre tantas candidatas, pero eso no significa que voy a

permitir que se refiera a mi sobrina de esa manera. Hope es una niña extraordinaria.

—¿Lo es? Hace un mes que estoy aquí y no ha sido capaz de seguir el ritmo de la lección ni una sola vez sin algún tipo de interrupción. ¡Ni una sola vez!

William lo sabía, por Dios que lo hacía. Hope estaba atravesando un período de rebeldía que empezaba a desesperarlo incluso a él, que la adoraba, pero no perdía de vista que la razón era la partida de Anya, la única figura materna que había conocido.

Su antigua niñera se había marchado para hacerse cargo de la familia que estaba formando con su esposo, en el norte del país. La familia política de Anya tenía una pequeña granja y al ser su marido el único hijo varón de la familia, era quien debía sacar adelante la propiedad, y eso significaba que lo haría con su esposa.

Hacía casi un año que se había ido y acostumbrarse a su ausencia estaba tornándose tarea imposible para Hope, que en once meses había espantado a catorce institutrices y cinco niñeras.

Empezaba a temerse que tendría que ser él en persona quien se hiciera cargo. el problema era que no tenía idea de cómo.

La situación lo superaba, y las quejas de la señora McTavish no ayudaban a que pensara con la cabeza fría.

—¿Me está escuchando?

—Hace más de una hora que lo hago —señaló el reloj en la pared—. Si no tiene otra cosa de la que quejarse, le agradeceré que continuemos con esto en otro momento. Acabo de llegar de Londres y me gustaría descansar.

La institutriz pareció reparar en ello hasta ese momento, y haciendo una reverencia, se marchó.

—Esto es insoportable.

***

Una de las razones por las que William prefería viajar de noche era para llegar al amanecer y poder dormir todo el día, pero en esa ocasión, y en vísperas del cumpleaños de su sobrina, por primera vez en su vida deseó no haberlo hecho, pues solo así no escucharía los gritos de la señora McTavish.

Se bajó de la cama lanzando una maldición y bajó las escaleras de dos en dos.

Todo el servicio estaba alrededor de la institutriz, que caminaba en círculos y agitaba las manos. A William la escena no le habría preocupado especialmente si no hubiera prestado atención a sus palabras.

—¿Es que no lo veis? ¡Vosotros sois testigos del reprobable comportamiento de esta chiquilla!

—No soy ninguna chiquilla —respondió Hope. Alto y claro.

William bajó los escalones que le faltaban y se fijó mejor en la escena

La señora McTavish llevaba la misma ropa de esa mañana, pero parcialmente cubierta de fango y pintura roja.

¿Pintura roja?

—Lo que eres, niña del mal es una majadera. ¿Es que no te han enseñado educación?

—De eso se encarga usted, ¿no?

Hope apenas parpadeaba.

Pero William, que conocía esa expresión, se dio cuenta de que era culpable de algo.

—Chiquilla irreverente —siseó, avanzando hasta ella.

William sabía, por Dios que lo hacía, que su sobrina necesitaba un escarmiento. Pero el tono en el que esa mujer le hablaba a Hope no le gustó un ápice.

—¿Qué está sucediendo?

Todos se giraron para verlo bajar. Todos menos Hope.

—Buenas tardes, milord —respondió la señora McTavish, echándole un vistazo de arriba a abajo—, me da gusto verlo, para que pueda ver con sus propios ojos el accionar de la señorita Finlay.

—¿Qué hizo mi sobrina?

—Me tendió una trampa, eso hizo —señaló su ropa.

William anudó su bata a la cintura y avanzó hasta ellas. Por alguna razón, nadie se movió de su sitio pese a que se los indicó con la mirada.

—Hace un día espléndido y decidí que sería bueno una lección al aire libre, accedió sin rechistar pero ya estando en el jardín de una de las ramas cayó un tarro con pintura de temple, y después un par de roedores me persiguieron por todo el jardín.

Hope esbozó una sonrisa apenas perceptible.

—¿Es verdad eso, Hope?

—No.

Mentía. Maravillosamente.

—Hablemos en privado, señora McTavish.

—No. Se lo dije esta mañana. mi paciencia tiene un límite y esta niña majadera lo ha rebasado con este acto de barbarie. Necesita un corregimiento severo.

—¿Qué clase de corrección?

—Quizás un par de coscorrones.

Sabía lo que estaba diciendo entre líneas: que ella se los daría más que gustosa. Ya había lidiado con mujeres como ella en el pasado, cuando Rosemary era niña se parecía mucho a Hope, aunque sus travesuras eran más leves, la vena rebelde de su hermana nunca pudo

ser borrada. Más de una institutriz sugirió que un par de golpes arreglaría el problema antes de que se agrandara. Nadie se casaría con una dama con un carácter como ese. Por suerte, sus padres jamás penetraron algo así, y él no dejaría que nadie le tocara un pelo a la niña.

—Me parece que se está extralimitando.

—¡Es que ella no deja más opciones! ¿No lo ve? ¡Es un pequeño esbirro de Satán!

—¡Basta! —gritó—. Vamos a mi despacho.

—Le dije que no.

—No es para hablar, sino para entregarle sus honorarios.

—¿Me está corriendo?

—Le estoy ahorrando el trabajo de renunciar —corrigió—. Espero que sea consciente de que no le daré una carta de referencias.

—¿Por qué no?

Las magas del vestido de Hope apenas cubrían la rojez de un tirón en el brazo. Se lo hizo saber de un vistazo.

—¿Vamos?

—Yo tampoco daré buenas referencias de vosotros.

—Me parece bien. Señora Chapman, que Hope se quede con ustedes en la cocina hasta nueva orden.

La cocinera asintió y tomó en brazos a la niña mientras un lacayo mandaba a llamar a Archer, su administrador.

—Aún está a tiempo de que se convierta en una dama esa revoltosa que tiene por sobrina.

—Le agradecería que se refiera a ella con más respeto.

—Le hace falta una figura materna. No puede ser que a su edad aún no aprenda a leer, y se niegue a hacerlo. Corríjala o aténgase a las consecuencias.

—¿Y esas serían…?

—Que no se case nunca, por ejemplo. Que su debut en sociedad sea un fracaso.

—No me molestaría tenerla en casa hasta los cuarenta años.

—Usted no está tan lejos de esa edad.

—Pero ella sí.

Archer entró ya con el dinero en la mano y le entregó un recibo a la señora McTavish para que lo firmara.

William estaba tentado a no darle un centavo con solo imaginar qué había ocurrido para que Hope reaccionara mal, pero de nada le serviría.

—Un carruaje la llevará a la posada de Dover, y en el sobre hay un agregado para que pueda pagar el hospedaje y la diligencia.

—¿Me estáis enviando afuera a estas horas?

—Aún es de día.

Le arrebató el sobre de las manos y se marchó sin decir nada. Archer la ayudó con su equipaje, y quince minutos después, se marchaba de la propiedad, sumamente ofendida.

—Se ha ido —informó Archer—, ahora sí dime, ¿es verdad lo que dicen que Hope le hizo?

—Es lo más probable —respondió, exasperado—, no sé qué más hacer con ella. Esta vez solo tres personas acudieron a la entrevista para institutriz. Creo que se ha corrido el rumor sobre lo difícil que es lidiar con Hope. Esta vez apuesto lo que sea a que no vendrá nadie.

—Ya sabes lo que pienso. Cásate. Con una esposa apropiada todo se solucionará. A Hope le hace falta una madre, a ti una esposa con quien compartir las cargas y que te dé los hijos que por obligación necesitas.

—Lo dices por experiencia, ¿no? —ironizó.

—Lo digo porque es la verdad —corrigió—, anda, ve a buscar a la chiquilla y tranquilízala, que no es tan fuerte como parece. Y por Dios, quítate esa ropa de dormir, que son las cuatro de la tarde.

William obedeció por inercia, y prefirió no seguir tocando el tema del matrimonio. Era algo en lo que prefería no pensar hasta no haber hablado con su abogado.

Tal como esperaba, encontró a Hope en la cocina, con un plato de galletas de jengibre frente a ella y absolutamente inexpresiva, lo que ya le daba una pista de su estado de ánimo.

—¿Qué haré contigo? —preguntó en voz alta—. Es la onceava institutriz que ahuyentas. A ese paso creo que no vendrá ninguna más.

—Que Anya regrese entonces —sugirió.

—O puedo enviarte a la escuela del pueblo. tengo entendido que hay una, no es así, señora Chapman

Hope pareció horrorizada con la idea, aunque a buen seguro ni siquiera comprendía lo que estaba sugiriendo. Todo lo que no fuera traer a Anya de regreso le parecía malo.

—Lord Barclay —lo llamo la señora Chapman—, hablando de la escuela….

—Dígame.

William se alejó de Hope, que se entretuvo con Archer en cuanto este le plantó un beso en la frente. Incluso le sonrió.

—Ya que ha mencionado la escuela… creo que tengo una idea sobre cómo tranquilizar a la niña Hope.

—La escucho.

—La maestra del pueblo, Violet Dickinsdon. Es una maestra muy buena, tiene a su cargo más de veinte niños y en los años que lleva dando clases en Dover todos a su cargo han aprendió a leer y escribir. Incluso el señor Jones, el párroco del pueblo está admirado por su

capacidad. Sé… sé que no es tan famosa o tan educada como las instituciones que han pasado por aqui, pero quizás el que sea distinta ayude a la niña.

La idea de meter en su casa a alguien sin mas referencias que las dadas por un párroco octogenario o su propia cocinera, además de algunas personas del pueblo —de cuya opinión no se fiaba— no terminaba de agradarle, pero tomando en cuenta la situación y que no podía ausentarse de la ciudad por demasiado tiempo, pues sus deberes en la Cámara lo reclamaban, podía al menos intentarlo.

—Dígale que venga a verme mañana. Si pasa la prueba, el trabajo es suyo.

—¡Muchas gracias, milord! Violet se lo agradecerá, necesita mucho el empleo.

Y él necesitaba ayuda con la niña.

Capítulo 2

Haciendo un nudo extra en el mandil y tras haber elegido el uniforme más grande de los disponibles, Violet tomó de la encimera el trapo de limpiar, un balde y la escoba y se encaminó a continuar con su labor.

Trabajaba en la posada del pueblo en los días más complicados, o los que tenía libres y completos, como lo eran las festividades del Jubileo de la Reina.

—Hay mucho trabajo, niña. Ve a limpiar las habitaciones de la planta baja. Los huéspedes acaban de irse para tomar la diligencia correo a Calais.

Violet obedeció a la dueña de la posada con un asentimiento y empezó con las habitaciones.

La posada estaba casi siempre ocupada, pues al ser el pueblo un punto importante en el camino de los que se dirigían a Francia a través de la famosa diligencia correo de Dover. Por eso Violet siempre tenía trabajo, aunque no fuera empleada fija.

—Tú, tú, ayúdame con esto —pidió una mujer en cuanto la vio.

Violet dejó sus enseres y la ayudó con su equipaje, que era un enorme baúl y dos maletines.

Pesaba como los mil demonios.

—Eres la primera persona agradable que conozco en este pueblo —comentó la mujer mientras Violet hacía las veces de doncella y la ayudaba con el corset—. Estuve dos meses aquí y nadie me trató con el debido respeto.

Violet, que sabía que lo mejor que podía hacer era guardar silencio, solo asintió y la dejó hablar.

—Soy institutriz, ¿sabes? ¡con mucho prestigio! He impartido clases a grandes damas. ¡Las he convertido en señoritas brillantes, como joyas! Jamás, ni una sola vez, ni una —enfatizó— he fallado en mi labor de formar a grandes damas. Por ejemplo, lady Wetcliff, ¿la conoces? ¡Yo le enseñé todo lo que sabe! ¡Y mira lo mucho que le ha servido! Una marquesa, ni más ni menos. O lady Ava Doyle, qué joven tan espléndida, Una criatura encantadora, ¡y yo la eduqué!

Violet se limitó a hacer su trabajo, bloqueando sus propios pensamientos tanto como le fue posible. Esa mujer tenía el trabajo con el que ella no se había atrevido ni siquiera a soñar. Estaba preparada para hacer más que dar clases de lectura, religión y matemáticas, pero una huérfana sin referencias no podía aspirar a más que eso, Incluso, si las tuviera, dada su edad, era complicado que alguien la admitiera en su casa.

—Es una pena que no la valoraran —acabó diciendo cuando le

contó todas las cosas que padeció en su último trabajo.

—Lo es. ¿Sabes qué es lo peor de todo, niña?

—No.

Violet dobló su ropa y la ayudó con el camisón de dormir. Eran las seis de la tarde apenas, pero la señora McTavish admitía estar exhausta.

—Que si esa revoltosa es lo que es es porque su tutor no está dispuesto a corregirla. Te aseguro que con un par de coscorrones se arreglaría la situación.

Violet no lo creía. Estaba convencida de que los golpes no eran la solución a nada, pero como no le estaban pidiendo su opinión, se la guardó y terminó de arreglar la cama.

Se preguntó de quiénes se trataba, pues era poca la gente en la región que podía permitirse una institutriz de tanto renombre como ella.

¿Vendría desde Francia?

—Es que no se puede esperar que la niña sea diferente si su propio tío me corrió de la casa a estas horas —se quejó—, ¿de qué le sirve un título con esa mala educación?

—¿Un título?

—Sí, un conde, ni más ni menos. El conde de Barclay.

Violet se detuvo a medio destender la cama.

Era la primera vez que escuchaba a alguien quejarse del conde. No lo conocía en persona, pero el pueblo lo adoraba. No solo porque fuera el único noble en millas a la redonda, sino porque al parecer, y según los mismos empleados de la casa, era un buen amo.

—¿Usted trabajaba con el conde?

—Así es. Pero todos en esa casa son una pesadilla —repitió—, ya te lo he dicho, muchacha, presta atención. Siempre se ponían de parte de la chiquilla infernal.

Violet la había visto una sola vez, de lejos, hacía un par de años. Justo cuando llegó a Dover. Iba acompañada de una mujer que parecía ser su niñera, y estaban saliendo de la iglesia. La recordaba poco, pero estaba segura de su cabecita rubia, sus grandes mofletes y una risa llamativa.

—¿La señora necesita algo más?

—No, puedes retirarte.

Y le lanzó seis peniques.

Aquello equivalía a su sueldo de dos días, así que lo agradeció con una sentida reverencia y abandonó la habitación.

Terminó el aseo del corredor y se marchó a la cocina, antes de que otra huésped la quisiera tomar de doncella. ¡Qué trabajo tan cansado era ese!

—¿Hambrienta?

La señora Chapman, prima del párroco del pueblo y esposa del posadero, le ofreció una taza de café caliente y le entregó su sueldo del día.

—Hambrienta y cansada —confirmó—. Hoy hay bastante gente.

—Ni que lo digas.

La señora Chapman se sentó frente a ella un instante, algo inusual, pues siempre estaba ocupada.

—Hoy vino mi prima. Iba a llamarte pero Lucy me dijo que estabas atendiendo a una huésped.

—¿Está todo bien con ella?

—Lo está, lo está. Verás… ¿sabes quién es mi prima? Bueno, la prima de mi marido.

—La señora Chapman. Sí.

—Pues bien, vino enviada por su señor. El conde de Barclay.

—¿Andan buscando alguna doncella? ¿Es eso?

—No exactamente. Necesitan una institutriz para su sobrina y te recomendó a ti. La paga es buena. No es nada complicado. Una niña de siete años… si te interesa —la tomó de las manos—, ve mañana a Barclay House a entrevistarte con el conde.

«No es solo una niña» estuvo a punto de responder. La señora McTavish acababa de contarle todas las cosas que la pequeña le hizo y lo poco que intervino el servicio en su favor pese a que lo sabían.

Pero la paga debía ser buena. Muy buena.

Tan buena que podría usarla para contratar un detective de Londres.

—Pero mañana es el Jubileo de la Reina y habrá mucho trabajo.

—No las arreglaremos sin ti —le prometió—, al menos ve a verlo, quizás el trabajo te interese. La paga es buena y ya no tendrás que dividirse en otros cuatro empleos.

***

Violet seguía sin estar segura de nada.

Pero necesitaba el empleo, así que muy temprano, se bañó a consciencia y buscó su mejor traje para presentarse en casa del conde.

Barclay House era, según había escuchado de algunas personas en el pueblo, y sobre todo, de Lucy, una construcción con dos siglos de antigüedad. Los que llevaba la familia Crowe en posesión del título que le daba nombre a la propiedad. Además del servicio, en ella solo vivía el conde y su sobrina de siete años, Hope Finlay. La niña era huérfana. Su padre murió en un accidente de carruaje antes de que ella naciera, y la madre durante el parto.

La verja de la propiedad estaba abierta, y para cuando Violet la cruzó, ya debían ser más de las ocho de la mañana. Rodeó la casa buscando la entrada de servicio y entonces se fijó en algo inusual:

unos ruidos provenientes del árbol.

No tardó mucho en ver de qué se trataba. Alguien estaba trepado en el árbol.

—¡Ey! ¿Estás bien?

—Yo sí, pero Nick no. Está atorado.

—¿Nick? ¿Puedes bajar para buscar ayuda?

—No. No puedo dejarlo solo.

—¿Pero puedes bajar?

—No. ¿Quién eres?

—Violet —respondió. Escuchó que la rama crujía—, oye, baja, puedes lastimarte. Esa rama no va a soportar mucho tiempo, se está quebrando.

La única respuesta que recibió fue un sollozo.

Violet vio a todas partes, pero no había nadie cerca, y mucho se temía que antes de que pudiera ir por ayuda, la rama cedería por el peso de los niños.

—No me quiero caer.

—Escúchame, ¿cómo llegasteis allí? Puedo ayudaros.

—Nick estaba llorando porque se atoró y yo vine a ayudarlo, pero.. pero no puedo bajar.

—¿Y saltar? ¿Puedes saltar?

—P-pero… pero ¿y si me caigo?

—No pasa nada. Hazme caso. Yo estaré aquí y te recibiré. Lánzate a mí. O lanza primero a Nick. Os recibiré a ambos.

Las ramas empezaron a moverse y entonces se fijó en la dueña de la voz: una niñita rubia, muy sucia y despeinada que se abrazaba al tronco del árbol.

—Primero yo —balbuceó—, ¿cómo lo hago?

No tenía idea, pero era algo que no podía decir en voz alta. La niña estaba a punto de echarse a llorar, y aunque Violet le temía a las alturas, era la adulta allí y debía hacerse cargo.

—Lánzate hacia mí con los brazos abiertos, yo te recibiré aquí. Te lo prometo.

La niña ya sollozaba, y solo Dios sabía cómo llegó hasta allí, pero antes de que pudiera pensar en algo más, la niña estaba sobre ella y Violet tropezaba con el bajo de su falda, cayendo al suelo de espaldas. Abrazó a la niña para que no recibiera el impacto del golpe.

—¿Estás bien? —preguntó en un susurro.

Como toda respuesta, la niña se le colgó del cuello y se echó a llorar.

—Me dan miedo las alturas.

—A mí también —le confesó—. No vuelvas a subir a un árbol si no sabes cómo bajar.

Se incorporó con dificultad y se quedó sentada un buen rato. La

niña no dejaba de llorar y a Violet no se le ocurría cómo tranquilizarla.

—¿Pero qué es este escándalo?

La señora Chapman llevaba el cabello atado bajo una cofia exageradamente grande.

—¡Me iba a caer! —gritó la niña.

Lloraba con tanto sentimiento que Violet no pudo evitar recordarse a sí misma con seis años, llorando en cualquier esquina y muerta de miedo por haberse quedado sola en el mundo.

—No pasa nada, no pasa nada.

—¡Ay, no, ay no! ¿Está bien? ¿No se lastimó?

—Estoy bien.

—No usted. La niña. ¿Estás bien, criatura? Te descuido un momento y mira lo que provocas.

La niña alzó por fin el lloroso rostro y respondió con voz firme:

—¡Me iba a caer!

—Por andar persiguiendo a ese mugriento gato, ¿no?

—¡Nick no es ningún mugriento!

—¿Qué son esos gritos, Hope Amalie Finlay?

Todas se giraron para ver al dueño de esa voz con los brazos cruzados y la mirada incendiada que estaba recostado en una pared.

Capítulo 3

Toda su buena disposición se evaporó en cuanto puso un pie en el comedor y escuchó el llanto de Hope. Unos escandalosos y desmedidos gimoteos que se colaban desde alguna parte del exterior hasta él.

¿Qué tenía que hacer para tener un día de paz y silencio en esa casa? Ni siquiera en el aniversario luctuoso de su hermana podía estar tranquilo.

No tardó mucho en dar con su origen: cerca del único árbol del jardín, Hope lloriqueaba con todas sus fuerzas.

—¿Qué son esos gritos, Hope Amalie Finlay?

—¡Me iba a caer! —rezongó con más fuerza.

—Ya, tranquila, todo está bien. No te lastimaste, ¿no es así? No pasa nada, *shhh*.

Fue entonces cuando reparó en que no estaban solos.

—¿Qué ocurrió? —Al ver que nadie respondía habló más alto—: ¿Hope?

Hope volvió a llorar y la mujer a la que se aferraba le lanzó una mirada molesta.

¿Quién era ella? ¿Sería acaso una enviada de los Finlay?

—¿Quién es usted?

—La señorita es…

—Le pregunté a ella, señora Chapman. Llévese a Hope y… ¿por qué está tan sucia? Que alguien la asee.

—Sí, milord.

La cocinera intentó tomar a su sobrina en brazos, pero apenas le puso un mano encima volvió a gritar:

—¡No!

—Nena, tienes que ir a limpiarte el barro de la frente. No puedes estar así de sucia, ¿sí? Ve con la señora Chapman, ella sabrá…

—Llévame tú. Si no me lleva ella —Se giró para verlo directamente— no me voy a limpiar el barro. No lo haré.

¡Esa niña!

—Señora Chapman, llevelas a la habitación de Hope y encarguese del resto. Os esperaré en el comedor en media hora.

—Pero…

—Vamos, señorita Dickinson. Hope, suéltala para que se pueda poner de pie. Ya escuchaste a tu tío. Ella te acompañará…

***

William aprovechó que la señora Chapman se estaba haciendo cargo de la situación para llevarle flores a la tumba de su hermana.

A Rosemary le encantaban los girasoles.

No solía visitarla, y no tenía que ver con que no creyera que sirviera de algo sino porque su ausencia era una herida que aún le dolía. Estaba seguro de que nunca se acostumbraría a que su dulce hermana ya no estaba. O al menos mientras tuviera a Hope a la vista, que guardaba demasiado parecido con su madre.

—Hay más problemas de los que podría imaginar —murmuró a la nada—. Los Finlay de nuevo. Y solo una solución que no me gusta nada. ¿Por qué tenías que emparentar con gente como esa, Rosie? Había mil partidos mejores que tu marido. Mira lo que son las cosas. Nos quieren quitar a la enana —suspiró—. No sé qué hago hablando con una lápida. creo que he perdido el norte.

No hacía ni dos meses que se había enterado gracias a confiables fuentes de que los Finlay estaban al tanto de la dote y del fondo que su hermana y cuñado crearon para Hope, y que este lo administraría únicamente su tutor legal. era dinero suficiente para cubrir los gastos de la educación de Hope, y aunque William siempre supo de su existencia, jamás tocó un solo penique de ello.

Regresó a la casa en silencio. Su vida era un desastre y la actitud de Hope no estaba ayudando.

—¿Te gusta la tarta de chocolate? ¿La de queso? ¿La de frutas? A mí me gustan todas. Podemos comer tarta, ¿verdad señora Chapman?

—Lo que debería comer es el desayuno —cortó la cocinera—. No le dé tanta lata a la señorita Dickinson y coma.

William las encontró en el comedor.

Por primera vez en… ¿muchos días? Hope estaba perfectamente vestida, con el cabello atado en moños y una sonrisa deslumbrante.

—¿No os dije que os esperaría en el comedor?

La tal señorita Dickinson, que estaba sentada con desparpajo, se puso de pie e hizo una reverencia. Estaba ligeramente despeinada y el traje marrón tenía algunas arrugas y manchas.

—La señorita Dickinson no creyó prudente esperarlo allí estando un poco desarreglada, y la niña Hope…

—Quería pasar el rato con mi amiga Violet, ¿verdad?

Hope se colgó del brazo de la señorita Dickinson con tanta efusividad que lo sorprendió. A ella no tanto, y eso solo podía significar que en esa media hora no la había dejado un momento para respirar.

—Ella es.. es la persona de la que le hablé ayer.

¿La profesora?

—¿Es ella?

La cocinera asintió.

—Señorita Dickinson, sígame por favor. Quiero hablar con usted.

—¡No! —chilló Hope—. No te la lleves, tío. *Porfi, porfi, porfi,*

porfiiiii.

—Hope, la señorita Dickinson debe estar ocupada. Es mejor que hable con ella cuanto antes.

—¡No! Es mi cumpleaños, ¿recuerdas? Deja que juegue un rato conmigo y después te la puedes llevar. ¿Qué dices, tío?

Hope esbozó esa sonrisa angelical mil veces ensayada, y por mucho que lo intentara, no se veía capaz de negarle nada. Menos aún cuando se la veía tan feliz. Incluso tenía las mejillas sonrojadas. Volvía a brillar como no lo había hecho desde que Anya se fue.

—No puedes disponer del tiempo de la señorita Dickinson. Si ella está disponible, puede quedarse, pero si no tiene tiempo, tendrás que dejarla ir.

Hope hizo un puchero y se giró para verla.

—¿Puedes quedarte, Violet? Hoy cumplo siete años y tío Will me deja hacer lo que quiera. Puedes quedarte si quieres y comer tarta conmigo.

—Si… si a él no le molesta, supongo que puedo.

—A desayunar entonces.

Le ofreció su brazo a Hope, pero ella se colgó del de la profesora y la empujó al comedor. Le sirvió tostadas con mermelada, jugo de naranja, panquecas e incluso una taza de té con canela.

A William su palabrería incesante empezaba a marearlo, y parecía que a ella se le dificultaba seguirle el ritmo.

—¿Cuántos años cumples, Hope?

—Siete —y levantó cuatro dedos en cada mano—. ¿Verdad, tío Will?

—Esos son ocho, Hope. Así son siete —alzó las manos para que pudiera imitar los siete dedos—. Hope aún no sabe leer y escribir.

Un leve rubor le cubrió las mejillas, pero antes de que pudiera añadir algo más, tiró de la mano de la señorita Dickinson y la sacó del comedor.

—Venga a hablar conmigo cuando esté libre —pidió.

Abandonaron la habitación y William se hundió en el asiento.

Si Hope en una hora había hablado y sonreído más que en el último año, incluso si no era una buena educadora, William necesitaba que se quedara a su lado, al menos hasta que se hubiera casado.

—Señora Chapman, cuando Hope se quede dormida o la señorita Dickinson pueda despegarse de ella, pídale que baje a hablar conmigo.

—Sí, milord.

La cocinera estaba por marcharse cuando William tuvo una idea.

—Señora Chapman, ¿usted la conoce en persona?

—¿A la señorita Dickinson? Por supuesto. Además de dar clases en la escuela del pueblo, ayuda con la limpieza en la posada de mi primo. Me parece que tiene uno o dos empleos más. Es muy trabajadora, y ni

él ni su esposa se han quejado jamás de ella. Y ya ve usted, le cayó bien a la niña Hope.

—Sobre eso, ¿sabe qué ocurrió? —tanteó.

—No muy bien, pero por lo que la niña Hope me dijo, estaba atorada en el árbol intentando bajar a ese gato mugroso y la rama estaba por quebrarse, la señorita Dickinson le pidió que saltara y la atrapó. Solo Dios sabe lo que habría ocurrido si ella no interviene a tiempo. Su sobrina no ha parado de repetir la historia a todo el que se cruza en su camino.

—Puede retirarse, señora Chapman.

—Permiso, lord Barclay. —Hizo una reverencia—, si me permite una humilde opinión… hace mucho que no veía a la niña Hope tan entusiasmada con nada. Ni siquiera con el mugroso gato.

Capítulo 4

Había subestimado a la niña, de eso no le quedaban dudas.

En todos sus años como profesora e incluso antes de culminar su educación en la escuela para profesoras de St. Mary, Violet jamás había tratado con una niña como ella. Desbordaba energía de una manera que la dejaba pasmada. Hablaba a prisa y parecía que el tiempo no le alcanzaba para decir todo lo que quería decir, para llevarla a donde quería llevarla y para mostrarle sus juguetes.

Desbordaba una clase de emoción que le estaba costando identificar, pero que era más de lo que había visto antes.

—Y esos son todos mis vestidos. Creo. Tenía más pero ahora soy más alta —Se paró en una esquina y trazó una raya sobre su cabeza.

—Son muy hermosos.

—Lo sé. Algunos son traídos de *País.*

—¿París?

—¡Sí!

—Son muy hermosos. Deberías usar uno distinto cada día.

Hope hizo una pausa, evaluó la habitación y tomó aire antes de volver a la carga:

—¿Te gusta el té? Puedo pedirle a la señora Chapman que nos traiga té y bebemos té. O jugamos a beber té.

La tomó de la mano y la arrastró a una habitación contigua, que estaba llena de toda clase de juguetes, y que en el centro tenía muebles miniatura para tomar el té. Incluso un servicio de tazas y platos en miniatura.

No esperó una respuesta y tiró de la campanilla que había en una esquina. Apenas un segundo después. una joven asomaba la cabeza.

—Trae té para mí y para mi amiga Violet. También pastas, azúcar, leche… ¿qué más se sirve a la hora del té?

—Creo… creo que solo, señorita Finlay.

—Trae eso entonces. ¿Ya conoces a mi amiga Violet? Mae salvó de caerme del árbol mientras rescataba a Nick.

—Bi-bienvenida a Barclay House, señorita.

La doncella le hizo una reverencia y se marchó a toda prisa. Hope le había dicho eso mismo a todo el que se le había cruzado en el camino. Incluso si dos veces vio a la misma persona, dos veces la presentó.

La doncella regresó unos minutos después con un servicio de té completo, pero Hope no la dejó servirlo y la despachó.

—¿Quieres disfrazarte? Me gustan los disfraces, y tío Will ha mandado a conseguir de muchos lugares, hay de muchos colores y muy bonitos.

Volvió a tirar de su mano y le colocó una peluca en la cabeza, le colocó una especie de abrigo de colores sobre los hombros y la sentó de nuevo en los sillones miniatura.

—¿Lo sirvo yo o lo sirves tú?

Temiendo que una niña tan inquieta se fuera a quemar, lo sirvió ella.

—¿De qué hablan a la hora del té las damas?

—No lo sé —se sinceró—, no soy una dama.

—Eso es verdad —respondió con voz cantarina—, eres un ángel.

***

Contuvo la respiración mientras retrocedía a paso lento, sin quitarle los ojos de encima a la cama en el centro de la habitación.

Ya se estaba ocultando el sol, lo que quería decir que eran pasadas las siete de la noche, cuando Hope cerró los ojos por fin.

—¿Sabes? —le preguntó empezando a cerrar los ojos—, ha sido el mejor cumpleaños que recuerdo, porque estuviste aquí.

Violet no supo qué responder a aquello incluso cuando Hope ya estaba completamente dormida.

Volvió a respirar cuando se encontró de nuevo en el corredor. Cerró los ojos intentando recordar el camino de regreso a las escaleras.

Por dentro Barclay House era más grande de lo que había supuesto en un principio.

—¿La señorita Finlay ya se durmió?

Dio un respingo al ver que no estaba sola.

—Sí.

—Ha tardado más de lo usual. Ni siquiera tomó una siesta —negó con la cabeza—. ¿Necesita algo? ¿Un té tal vez? ¿Quiere una silla para sentarse?

—¿Tanto se me nota el cansancio?

—No tanto —negó con timidez—, pero si quiere que le sea sincera, creo que cuidar de la señorita Finlay es el trabajo más agotador que pueda tener alguien en Barclay House. Parece que nunca se cansa.

—¿Siempre es así?

—No exactamente. Suele tomar dos siestas al día y estar más tranquila, pero sí que tiene mucho ánimo durante el día. Cuesta seguirle el paso.

Violet ya se había dado cuenta. Ni siquiera en los días más complicados en los que debía limpiar sola todas las habitaciones de la posada se había cansado tanto.

La doncella le indicó una silla en un corredor y la esperó a que retomara el aliento.

—Creo que lord Barclay quiere verme —recordó—, ¿podrías llevarme?

—Para eso estoy aquí.

La joven la guio hasta un par de puertas dobles y la hizo pasar después de anunciarla.

No estaba segura de lo que esperaba encontrar al otro lado, pero no esperaba encontrarse con una sala pintada de rosa y con muebles femeninos. Tenía las ventanas abiertas y el conde estaba observando el exterior desde allí.

Visto con atención, reparó en que era un hombre atractivo. No guapísimo como un actor de teatro, pero sin duda había algo en él que era lo suficientemente llamativo para que no pudiera definirlo.

Espalda ancha, cabello y ojos oscuros como la noche y un traje completamente negro era lo que más destacaba.

—¿Señorita Dickinson?

Tuvo que sostenerse del pomo de la puerta cuando lo vio girarse en su dirección y se vio atrapada por el embrujo de sus ojos negros.

Las palmas de las manos empezaron a sudarle, y las piernas a temblarle. ¿Cómo podía tener en ella un efecto así y con un solo vistazo?

—M-me dijeron que me estaba esperando.

El conde cerró la ventana y señaló uno de los coquetos sillones blancos para que tomara asiento. Violet se adentró en la habitación conteniendo el aliento. El aire estaba impregnado de un perfume masculino.

—No sé por dónde empezar, así que dígame, ¿ha estado todo bien con Hope? ¿le ha dado problemas? ¿ha sido… grosera…?

—Nada de eso, milord. Hope… digo, la señorita Finlay es muy efusiva y enérgica, pero nada más. Habla mucho, pero no me puedo quejar de su amabilidad y su calidez.

—¿De verdad? —preguntó, sorprendido—. ¿No ha hecho ninguna travesura?

—No —le sonrió—, ha sido amable, y más al querer pasar una fecha tan importante con una desconocida. Espero que no le moleste.

Lo vio guardar silencio tanto tiempo que creyó haber dicho algo incorrecto.

—La he investigado un poco —respondió, viéndola a los ojos—, espero que no le moleste. Todas han sido buenas recomendaciones, incluso antes de conocerla ya algunas personas me habían hablado bien de usted, y supongo que en primera instancia vino porque el trabajo le interesa.

—Por supuesto. Sí. Soy profesora, me eduqué en la escuela St. Marý, conozco excelentes métodos de enseñanza que puedo aplicar con Ho… la señorita Finlay para que pueda aprender a leer en menos de un año.

—¿Cuándo puede empezar?

—Mañana mismo, si gusta. Ahora que la conozco le puedo asegurar que con tres horas al día empezará a ver resultados. Como trabajo en la escuela por las mañanas, podría ser después de la comida que…

—Creo, señorita Dickinson, que no me está comprendiendo. No necesito que le dé clases particulares a Hope.

—¿No? ¿Entonces?

—Quiero que se encargue de su educación al completo. Sé que mi sobrina puede ser atosigante en un principio, pero conforme las emociones se vayan diluyendo dejará de perseguirla.

—¿Al completo? ¿Eso quiere decir que…?

—Que es primordial que se mude a Barclay House, y eventualmente a Londres. No puedo dejarla sola mucho tiempo, y Hope debe adaptarse tanto al campo como a la ciudad.

Mudarse. Londres. Ella.

Apenas pudo refrenar a tiempo el impulso de gritar de la emoción. Le gustaba la educación y dar clases en el pueblo era un trabajo mucho más satisfactorio de lo que creyó en un principio, pero su sueño era otro. Ser una institutriz y poder hacerse cargo al completo (o más o menos) de la educación de una sola persona era lo más cerca que estaría alguna vez de ello. Por no mencionar que la sola posibilidad de ir a Londres sin pensar en los gastos de transporte la acercaba demasiado a su objetivo.

—Me… me parece bien —carraspeó para disimular su emoción—, pero aún hay algunos asuntos que debo resolver.

—Si se trata del pago, le aseguro que es más que generoso, aunque podemos negociarlo.

Le extendió un trozo de papel con una cifra que la dejó pasmada.

—N-no hay necesidad de n-negociarlo. Es… es mucho dinero… pero no me refería a eso.

—¿Entonces?

—La escuela no puede quedarse sin profesores.

—¿Qué propone?

A Violet le costó hilar un solo pensamiento coherente cuando lo vio a los ojos.

—Puedo… puedo buscar a alguien que se haga cargo, y cuando todo esté listo…

—Tiene que ser ahora —cortó. Lo vio tirar de la campanilla y una doncella apareció—. Dile a Archer que venga, tengo que encomendarle algo.

—¿Ahora?

—Venga mañana a primera hora, señorita Dickinson. No le recomiendo llegar después de que Hope se despierte, y no se preocupe por su reemplazo. Yo me encargaré de ello.

Capítulo 5

Mientras un par de lacayos la ayudaban a subir su baúl a un lustroso carruaje, Violet no pudo sino sentirse extraña dentro de la situación. Aún recordaba la última ocasión en que viajó en un vehículo como ese, con apenas seis años, y la piel se le erizaba con solo evocar aquel día.

Eran pocas las cosas que conseguían turbarla, pero esa era en definitiva la más importante: el día en que quedó huérfana y completamente sola en el mundo.

—¿Algo más que deba llevar?

Violet negó y se despidió de los que por años fueron sus caseros, y también las únicas personas que se preocupaban por ella. Eran dos buenas personas y sobre todo, necesitaban el dinero de la renta, así que esperaba poder convencer a quien la fuera a reemplazar de que se mudara allí.

Subió al carruaje con un nudo en el estómago y cerró los ojos, intentando obviar el camino.

Aún se sentía extraña ante la perspectiva de la que, al menos por un tiempo, iba a a ser su vida. También la ponía nerviosa recordar al conde de Barclay.

—Violet, Violet, Violet… —se regañó—, céntrate en lo importante y en la oportunidad de oro que tienes. No lo arruines, y no lo veas.

Pero era más sencillo decirlo que hacerlo, y cuando el carruaje se detuvo, su determinación flaqueó, pues quien le abrió la puerta y ayudó a bajar no fue un lacayo, sino él.

—¿Todo en orden, señorita Dickinson?

—Sí, milord —respondió, haciendo una reverencia.

Le indicó el camino y entraron por la puerta principal en silencio.

Era tan apuesto que la incomodaba. Por suerte, él no se daba cuenta.

—Hope se levanta cerca de las nueve, aún tiene tiempo para instalarse. No ocupará una habitación de servicio, sino una dispuesta al lado de la de mi sobrina, en el ala este. Estará más cómoda y podrá… —se rascó la cabeza—, sígame por favor. Hay algunos temas que aún debemos tratar.

El conde le hizo una señal al lacayo y a una doncella para que subieran el pequeño baúl y la caja de madera que Violet llevaba consigo y la llevó a un despacho.

—Usted dirá.

El conde la hizo tomar asiento frente al escritorio, mientras se servía dos dedos del licor ambarino que había en una botella de la esquina, pero al final dejó allí el vaso y ocupó su lugar.

—Ayer hablamos de su salario y de lo importante que es que estuviera aquí cuando Hope despierte —empezó él, y su gesto sombrío le indicó que se venía una conversación difícil—. Pero hay algunas cosas que debo explicarle sobre ella.

Asintió para hacerle saber que lo escuchaba, pero lo cierto era que ya imaginaba de qué se trataba. La señora McTavish le había explicado la situación en esa casa, y aunque ahora que conocía a Hope no creía que hubiera hecho lo que ella le dijo, su carácter daba pistas de lo singular que era la niña.

—Mi sobrina no tiene madre, y la persona que más se acercó a ejercer ese rol se marchó hace poco más de un año. Hope no se ha adaptado a su ausencia y a veces tiende a ser —se restregó las mejillas— ¿cómo decirlo? difícil de trato.

—Comprendo. No se preocupe, podré lidiar con ello.

El conde negó.

—Lo que voy a pedirle no está a la altura de su educación —reconoció con la boca pequeña—. Habrá un pago extra, por supuesto. Y si funciona, todas las comodidades que se necesiten.

—¿De qué se trata? —curioseó.

—Desde que Anya se fue, Hope no ha vuelto a ser la misma, y nadie en esta casa o las profesoras que han desfilado por aquí en estos últimos meses han conseguido lo que usted ayer.

—¿Qué cosa?

—Verla peinada y aseada —sonrió, tenso y avergonzado—. Le gustan los colores y todas esas cosas, no me malentienda, pero desde la partida de Anya, conseguir peinarla, cambiarle el vestido o incluso que se deje asear ha sido una odisea. Ha inventado toda clase de métodos para escabullirse del baño, del cambio de ropa e incluso de los zapatos… ¡Dios!

—¿Quiere que me haga cargo de ello? —probó al ver que la situación lo superaba—. ¿Es eso?

—Sí. Si supiera cómo se hace algo de eso ya lo habría intentado, pero para serle sincero, la situación me supera y no sé qué más hacer. Hope no era así, pero con la partida de su antigua nana, la ausencia de una figura materna se hizo más evidente. Ayer sonrió por primera vez en mucho tiempo. Está fascinada con usted, y creo que es bueno. Estoy seguro que la obedecerá, señorita Dickinson. Le ha dicho a todos que usted es un ángel —añadió con timidez—. Le prometo que si me ayuda con esto, lo recompensaré.

Los siguientes veinte minutos, el conde los pasó explicando algunos asuntos superficiales sobre el manejo del tiempo y de algunas otras cosas en la casa, y para cuando subió las escaleras a las casi nueve de la mañana, se dirigió directamente a la habitación de la niña.

La vio dormida en una posición imposible, con el rostro cubierto

por una manta pequeña y los pies colgando y se le estrujó el corazón.

Pudo verse a sí misma en la niña. Ella también había quedado huérfana siendo muy pequeña, y aunque conoció a su madre, Violet apenas la recordaba. A su padre sí que lo tenía presente, pero no le había servido de mucho porque a los siete años llegó a una casa de niños sin padres, y creció hacinada con otras tantas chiquillas sin familia y en condiciones desfavorables.

No era igual, por supuesto, Hope tenía un tío que la adoraba, mientras Violet siempre estuvo sola, pero la soledad no distinguía de riquezas, y era evidente que la niña también se sentía desprotegida.

Cuando la niña se quitó de encima la manta, a manotazos, Violet se apresuró a secarse las lágrimas y se sentó en una silla, junto a ella.

—¿Violet?

Habló tan claro y tan asustada, aún sin abrir los ojos, que se apresuró a tomarla de la mano para hacerle saber que estaba allí. La voz no le salió durante unos minutos.

—Buenos días, pequeña.

Hope se sentó, como impulsada por un resorte, y se le colgó del cuello con tanta fuerza que ambas cayeron sobre el colchón de la cama.

—¡No te fuiste!

—Por supuesto que no —respondió, divertida—. ¿Cómo dormiste?

—*Bieeen.* ¿Qué haremos hoy? Podemos jugar a…

—Nada de eso. No al menos hasta que nos encarguemos de algunos asuntos.

—¿Como cuáles?

Violet la sostuvo contra su cuerpo y se incorporó con ella colgada de su cuello.

—Como preparar un baño.

La niña hizo un puchero, pero no se opuso. y diez minutos después, un par de doncellas llevaban los cubos de agua tibia para llenar la tina.

En cuanto se quedaron a solas, tuvo que perseguirla por la habitación hasta que consiguió zambullirla en el agua, y una hora después, le colocaba las medias de lana.

Era una niña demasiado enérgica, y tenía algunos raspones en las piernas y moretones en los brazos. Debía vigilarla de cerca o era probable que acabara partiéndose la crisma en algún momento,.

—No te quejes tanto.

—Me dolió —se quejó.

—Es porque estabas muy sucia. ¿Hace cuánto que no te dabas un baño?

Hope evadió la pregunta, pero Violet conocía la respuesta: hacía mucho.

Casi a las once de la mañana, después de secarle el cabello y limpiarle hasta las uñas, ambas salían de la habitación tomadas de la mano.

En todo ese tiempo, la niña no había hecho una sola pregunta sobre por qué estaba Violet allí. Estaba demasiado feliz, pero era cuestión de tiempo para que lo hiciera, y si tal como el conde le había dicho y ella le tenía tanto recelo a la figura de la institutriz, no sabía cómo iba a reaccionar.

No esperaba encontrar al conde en el comedor, pero en cuanto pusieron un pie en la habitación, Hope se soltó de ella y corrió a los brazos de su tío para plantarle un beso ruidoso en la mejilla.

—Señorita Finlay —Le hizo una reverencia— luce usted espléndida esta mañana.

La solemnidad en su voz la hizo sonreír. La pose preocupada que le vio la noche anterior y esa mañana cuando llegó fue reemplazada por una sonrisa radiante. Tan radiante que se le contagió.

Parecía mucho más joven cuando no estaba tenso. ¿Cuántos años tendría?

—Es porque Violet me bañó. Huelo muy bien, ¿verdad?

El conde la repasó de pies a cabeza y le sonrió antes de devolverle el beso e indicarle que tomara asiento a su derecha.

—Os dejo para que…

—¡Siéntate aquí conmigo! —pidió, señalando un asiento a su lado.

El conde le hizo saber con la mirada que podía hacerlo y aunque incómoda, lo hizo.

Tal como la mañana anterior, Hope acaparó la atención de ambos. le sirvió tostadas, zumo de naranja y fruta. Después se sirvió a sí misma y empezaron a comer.

—¿Qué haréis hoy?

—¡Jugar! —respondió Hope, enérgica.

Capítulo 6

Los siguientes días fueron extraños y tranquilos. Como un sueño.

Hope se había adaptado más que bien a su presencia y a su trato, y cada vez se acercaba más a ser la niña dulce y alegre que recordaba de antes de la partida de Anya.

William pasaba el tiempo entre los libros contables, los arrendatarios, correspondencia de Londres y vigilar de cerca que Hope no hiciera una de las suyas. No quería que espantara a la señorita Dickinson por nada del mundo.

—¿A Londres?

La voz de Hope resonó por toda la habitación, y tan furiosa que incluso la profesora Dickinson retrocedió. William, en cambio, ni siquiera parpadeó más de la cuenta.

—Sí, a Londres —enarcó una ceja—. Preparad las maletas porque partiremos en dos días.

Hope bufó y se marchó del comedor dando zapatazos.

—Iré a empacar, con permi…

—Espere.

La señorita Dickinson volvió a ocupar su lugar y cuadró los hombros. Parecía tan tensa que le dio la impresión de que deseaba fundirse con la silla.

—¿Cómo van las cosas con mi sobrina?

—Van… —Cuadró los hombros—. Las cosas van bien. En estos últimos días he evaluado los conocimientos de la señorita Finlay y aunque hay mucho que hacer, confío en que para finales del invierno sabrá leer y escribir más o menos bien.

—¿De verdad? ¿Tanta confianza tiene?

—Su sobrina es una niña brillante, pero muy inquieta. Costará al principio, pero le puedo asegurar que una vez hayamos empezado con su aprendizaje y vea los resultados, no podrá parar de aprender.

Hablaba con tanta seguridad de las aptitudes de Hope que incluso pudo infundirle la misma confianza que ella sentía.

—Me alegra saberlo, señorita Dickinson. Es importante también pulir sus modales mientras estemos en Londres.

—Con el método de las tres R: Reading (lectura), wRiting y aRithmetic: lectura, escritura y aritmética —explicó con propiedad—. Lo difícil quizá sean los modales.

—Le preveo más trabajo en ello que en nada más —convino—. ¿Conoce a la señora Girard?

—¿A la modista del pueblo?

—Sí. He ordenado un nuevo guardarropas para usted, uno más apropiado. Estará aquí mañana por la mañana.

—¿Qué?

—Para que lo tenga en cuenta a la hora de empacar.

Se despidió con la cabeza previendo que podría enzarzarse en una conversación que no le apetecía tener sobre los inconvenientes de que él, un hombre soltero al que no la unía ningún parentesco le comprara ropa a ella, mujer soltera y sin familia.

Bastaba ver los vestidos de santera que le cubrían hasta el cuello.

Archer entró al comedor cuando William se disponía a salir, y saludó a la profesora de lejos antes de seguirle el paso.

—Ya está instalada el reemplazo de la señorita Dickinson.

—Colabora con ella en lo que haga falta.

Abrió la ´puerta de su despacho y rescató uno de los libros de cuentas de la estantería.

—¿No me vas a preguntar cómo es? ¿No te da curiosidad?

—En lo absoluto. La única profesora que me interesa es la señorita Dickinson —Archer enarcó una ceja, juguetón—. Sabes a lo que me refiero.

—Sí. Pero también tengo ojos, y te aseguro que si le cambias su ropa de santera y ese recogido tirante puede ser atractiva. Tiene una buena figura… aunque no como la de la nueva profesora. Es una belleza, pero con un carácter…

Puso los ojos en blanco y le lanzó un folio para que iniciaran las últimas comparaciones de los libros.

***

Quedaba apenas un mes para que la temporada social finalizara.

Cuando el carruaje llegó a Londres aquella mañana de agosto, la tensión dentro del vehículo era tan palpable que parecía que si no llegaban a su destino, él o Hope acabarían por lanzarse de él.

William había previsto un berrinche en Hope, pero no al punto de tener que llevársela por la fuerza. A la señorita Dickinson no le dirigía la palabra y parecía tremendamente ofendida. Lo único que quería —los tres— era llegar a casa y perderse de vista.

Lo lamentaba por la profesora, que sería quien lidiaría con ella.

—Bienvenida a la primera Barclay House, señorita Dickinson.

Le tendió una mano y la ayudó a bajar.

Era el primer contacto físico que tenía con ella, y no habría podido explicar con palabras la corriente eléctrica que lo recorrió y le erizó la nuca con apenas un roce, y fue tan perturbador que la soltó casi en el acto.

—Cualquier cosa que necesitéis hacédsela saber a la señora Bellamy, el ama de llaves.

Mientras la profesora tomaba de la mano a Hope, William se subió en un carruaje más pequeño y discreto que lo estaba esperando.

—A Fleet Street —ordenó.

***

Un dolor agudo y penetrante le atravesaba las sienes desde hacía más de una hora, por lo que el trayecto desde la calle de los abogados hasta allí fue una auténtica tortura.

El mayordomo recibió su abrigo y su bastón mientras él se casi arrastraba a una sala de visitas y se dejaba caer en el diván más cercano, cubriéndose los ojos con el antebrazo. Se masajeó las sienes y arrojó un cojín a la pared.

Las cosas no estaban saliendo en absoluto como esperaba.

Aunque poseía la fortuna, el abolengo y las conexiones necesarias para quedarse con Hope, los abuelos de la niña estaban dispuestos a demostrar que no era el tutor ideal, y no solo eso: pensaban valerse de un par de escándalos del pasado y del testimonio de algunas institutrices para demostrar su incapacidad para lidiar con ella.

William no recordaba una sola vez en la que algo así hubiera ocurrido. Cuando se trataba de asuntos como ese, la gente prefería llegar a un arreglo en privado, pero ni los Fleming ni él estaban por la labor de dejarle al otro la custodia de Hope.

Ellos querían el dinero que venía con ella, y William no pensaba darles nada. No era esa la voluntad de su hermana y su cuñado, o de lo contrario se la habrían confiado a ellos.

—La solución más simple es que te cases —le dijo el abogado—. Lo que alegan y quieren llevar a los tribunales es que no eres idóneo porque no le puedes proporcionar una familia. Con una esposa a tu lado, Barclay, el único alegato que tienen se vendrá abajo.

William sabía que tenía mucha razón. Su principal problema, le gustase o no, era estar soltero y que en la vida de Hope no hubiera una figura materna.

Solo que William no quería hacerlo. No estaba hecho para el matrimonio y la sola idea de iniciar la búsqueda lo ponía de mal humor.

—¡Es que no quiero casarme! —bramó en voz alta.

—Comparto el sentimiento.

Se puso de pie de un salto al darse cuenta de que no estaba solo y se encontró con la inquietante mirada verde de la profesora Dickinson.

A diferencia de los últimos días —y desde que la conoció, de hecho—, tenía el cabello atado en un rodete flojo y los desgastados vestidos oscuros habían sido reemplazados por uno de los que pidió a la modista. Ese era gris, pero mucho más favorecedor. Ese tono acentuaba la palidez de su piel y resaltaba los rasgos afilados de su rostro, como los pómulos y las dos pecas en la punta de la nariz. No

llevaba pendientes ni ningún colgante, pero se sintió como si hubiera presenciado un milagro.

No tardó en recordar a Archer diciéndole que era una mujer atractiva, y tuvo que darle la razón. Lo era.

—¿Qué hace aquí? ¿Por qué no avisó cuando entró?

La señorita Dickinson cerró con cuidado el libro que estaba leyendo y le hizo una reverencia.

—Ya estaba aquí cuando milord llegó —respondió—, parecía cansado y no quise interrumpirlo. Respecto a qué hacía aquí… me parece que milord dejó instrucciones sobre que se me asignara un salón para darle clases a su sobrina, y que no fuera el de estudio porque a ella no le gusta.

William lo había olvidado.

—¿Cómo van las cosas? ¿Hope?

—Está más tranquila, pero sigue molesta. Creo que le ha retirado la palabra.

William lo sospechaba.

—¿Ya cenó?

—Sí, hace una hora la acosté y no creo que se despierte.

—Me refería a usted. ¿Está cómoda o necesita algo?

—Todo está perfecto, lord Barclay. Ya cené, pero… puedo acompañarlo si no desea comer solo.

Acabó aceptando la propuesta pese a que no tenía apetito y sí mucho dolor de cabeza. Había algo en ella que lo tranquilizó casi de inmediato.

Sirvieron la cena en el comedor familiar —uno de los dos con los que la mansión contaba— y ella lo acompañó con una taza de té de jengibre. No dijeron nada en ningún momento, pero para cuando abandonaron el comedor, uno al lado del otro, el dolor había casi desaparecido.

—¿Sabe algo, señorita Dickinson? Usted me agrada.

La vio esbozar una sonrisa apenas disimulada con los labios apretados.

—Creo que usted también me agradaría si hablara más a menudo

—Ahora mismo lo único que puede escuchar de mí son quejas, señorita Dickinson. Es mejor no tirarme de la lengua.

La señorita Dickinson volvió a sonreírle y se despidió al pie de las escaleras.

—Quisiera pedirle un permiso.

—¿Un permiso?

—Sí. Debo ausentarme un par de horas. Quisiera hacerlo por la mañana, pero Hope no está del todo tranquila, y preferiría que me viera cuando despierte.

—Hágalo al mediodía. Mañana estaré en casa todo el día. ¿Necesita

transporte?

—No. Gracias, lord Barclay.

Capítulo 7

Acababa de dejar de llover cuando escuchó voces en el corredor de la planta baja. En un principio, creyó que su padre estaba de regreso y se bajó de la cama de un salto. Apenas se puso los escarpines y una bata de lana para bajar corriendo a recibirlo, pero conforme se fue acercando al recibidor, que era de donde provenían las voces, más segura estaba de que no era él quien había llegado.

Se quedó en el penúltimo escalón, anclada a él y presa de un temor difícil de explicar. Era una clase de presentimiento, la sensación de que no debía estar allí, y que algo andaba muy mal.

—La niña es el verdadero problema.

—¡Lo sé! La mocosa estúpida es la razón por la que Benjamin dijo que no. ¿Te lo puedes creer? No tiene un peso en el bolsillo y aun así se negó por ella, por la maldita mocosa. Debemos encontrar la manera de deshacernos de ella.

Estaba tan oscuro en la planta baja que no habría sabido de quiénes se trataba si no hubiera reconocido la manera en la que pronunciaba el nombre de su padre.

Intentó retroceder, pero las piernas no le respondían, y pronto un sollozo se le escapó.

No tardaron ni un minuto en dar con ella, que se sostenía de la barandilla con una mano, mientras que con la otra apretaba el nudo de su bata de felpa.

—¿Qué haces despierta, querida?

La voz de esa mujer siempre la había incomodado. no soportaba cuando se dirigía a ella con esa dulzura forzada, y mucho menos cuando le tocaba la cabeza y le acariciaba el cabello. De hecho y a excepción de su padre, Violet odiaba el contacto de los demás.

—¿Dónde está papá?

—Tu padre aún no regresa, queridita. ¿Quieres que te acompañe a dormir? No deberías estar aquí.

—T-tuve una pesadilla —consiguió articular, y se restregó los ojos.

Entrecerró los ojos como si se acabara de levantar y bostezó. No sabía por qué mentía, pero las palabras salían de su boca antes de que pudiera incluso pensarlas.

—¿Quieres que te lea un cuento? Te llevaré a tu habitación. Vamos.

Su tía cruzó desde el recibidor y encendió una de las lámparas que estaban en la mesita, apagadas. Violet retrocedió, pero cayó sentada.

—P-puedo sola. Yo p-puedo sola.

Se puso de pie, temblando de miedo, e intentó subir por su cuenta, pero la mano de su tía se cerró en torno a su muñeca antes de que

pudiera huir de ella.

—Yo te llevo.

La jaló por el corredor con tanta fuerza que Violet no lo soportó y soltó un gemido que incrementó el mal humor de la dueña de la casa.

—Me duele —sollozó.

—No tendría que hacer esto si fueras una niña obediente y te quedaras en tu habitación como corresponde. ¿Ves que tengo razón cuando le digo a tu padre que eres mala? ¿Qué escuchaste allí abajo?

Violet rompió a llorar antes de poder pensar en algo razonable.

—¡Deja de llorar, niña estúpida! ¡No te soporto! —La empujó al interior de la habitación que había estado ocupando—. Te vas a quedar aquí y vas a reflexionar sobre escuchar conversaciones ajenas. Y me llevaré la lámpara. Es un dinero que se desperdicia en ti.

Apagó la lámpara que estaba al lado de su cama, mientras Violet luchaba para no llorar, y cerró la puerta. Escuchó que la trababa con pestillo.

—¡Déjame salir, tía! ¡Me da miedo estar a oscuras!

Le temblaba el cuerpo y sentía tanto frío que se tuvo que abrazar a una sábana que encontró a tientas sobre la cama. Se concentró en normalizar su respiración, y cuando estaba consiguiendo calmarse, un par de manos se cerraron en torno a sus muñecas. Tuvo tanto miedo de que *ella* hubiera regresado, que gritó con todas sus fuerzas:

—¡Suéltame!

Abrió los ojos y la boca, boqueando para que el aire que se le escapaba regresara a ella. Le temblaba todo el cuerpo y escuchaba sus propios latidos a la altura del corazón. Fue entonces cuando se percató, por fin, de cuál era su entorno.

Las cortinas raídas y el papel enmohecido de la habitación había sido reemplazado por los alegres colores de los estampados florales que le daban vida a esa recámara. Entraba luz a raudales y el mareo que le sobrevenía cuando la tenía cerca no estaba. En cambio, sentía el rostro húmedo y el cuerpo entumecido.

Se abrazó las rodillas hasta que las manos le dehjaron de temblar.

—¿Se encuentra bien?

La voz de una mujer la sacó de su ensoñación, y como una autómata, asintió.

Había vuelto a tener una pesadilla.

Había soñado con *ellos* otra vez.

—Estoy bien. Gracias.

—No quise asustarla —se disculpó la joven, ofreciéndole un vaso con agua—. Es solo que… bueno…

—¿Le… le ocurrió algo a Hope?

—No. Ella está desayunando con lord Barclay. Usted, bueno, es que sus gritos se escuchaban por toda la casa. Milord me pidió que

verificara que todo está bien.

Violet cerró los ojos y hundió la cabeza entre las rodillas, avergonzada. ¿Qué le ocurría? Normalmente podía mantener a raya todas sus emociones, tanto las buenas como las malas. Sabía mantener la calma y no demostrarle a nadie las cosas que la atormentaban. Podía afirmar, incluso, que no había soñado con nada de aquello en al menos una década.

Estaba claro que algo estaba mal con ella.

—¿Dije algo mientras gritaba? ¿Algo extraño?

—Solo pedía que la soltara —comentó en voz baja—. En el comedor no se escuchaba más que gritos, ninguna palabra.

—¿Puedo pedirte que no le digas nada a nadie? De lo que decía en sueños.

La doncella bajó la cabeza y asintió.

—Gracias, Mary.

La joven dejó la habitación y Violet se alistó para bajar y disculparse, pero el comedor estaba vacío.

—Milord pidió que se sirviera el desayuno en el jardín —le informaron—. Sígame.

La doncella la llevó al jardín trasero de la casa a través de una puerta que estaba en el solarium.

—¡Violet! —gritó Hope.

La niña se puso de pie y corrió hasta ella para que la abrazara como solía hacerlo cada mañana. Apenas pudo contener un escalofrío cuando la tocó, pero tuvo que obligarse a serenarse.

—Buenos días, milord.

—Buenos días, señorita Dickinson. Acompáñenos.

Hacía un día soleado y no muy lejos de la puerta, una mesa blanca con tres sillas y repleta de comida era cubierta por un paraguas de tela.

Como cada mañana, dejó que Hope le sirviera las tostadas con mermelada, el té y los bollos que quiso. También se obligó a masticar y tragar sin hacer un solo gesto. Durante los veinticinco minutos que duró el desayuno, solo fue consciente de tres cosas: la voz de Hope que llenaba los vacíos lo suficiente para no pensar demasiado, el temblor de sus manos y la mirada inquisitiva del conde.

—¿Qué haremos hoy, Violet?

—Tú y yo —corrigió el conde—. ¿Recuerdas que te dije que pasaríamos tiempo tú y yo?

—¿Y Violet? Ella también puede.

Abrió la boca, pero ninguna mentira salió de ella.

—La señorita Dickinson tiene que ir a otro lugar.

—¿A dónde?

—A comprar algo.

—Voy con ella.

—Hope…

—Quiero ir con ella. ¿Puedo, Violet?

La niña se le quedó viendo tan fijamente que tuvo que hacer un esfuerzo para hilar una frase. de pronto, las manos de su tía en torno a sus muñecas se sintieron como algo real.

—¿No quieres pasar tiempo conmigo? ¿No quieres ver a los caballos?

El conde hizo un mohín de lo más gracioso, y a Hope se le olvidó lo que preguntó. Le estampó un beso en la mejilla a su tío y otro a ella y se marchó corriendo al interior de la casa.

Con los ojos cerrados. notó que el conde se movía de lugar.

—Me iré en un rato, intentaré estar de vuelta antes de que Hope despierte de su siesta de la tarde.

—Si necesita un carruaje, dígale a Barthes que lo mande a preparar.

—Se lo agradezco, pero no es necesario.

Parecía preocupado, y Violet adivinó por su expresión que quería preguntar lo que estaba ocurriendo, pero tan caballeroso como era, regresó a su lugar y terminó de comer en silencio.

***

Hasta donde había investigado cinco años atrás, la última vez que estuvo en Londres, la única manera en que podía encontrar a alguien que desapareció hacía veinte años era con un detective.

En aquel entonces, se reunió con uno de renombre de la calle Bow, pero este le dijo sin miramientos que no podía ayudarla porque no tenía dinero para pagarle.

Así, Violet había pasado los últimos años con más de dos trabajos a la vez, ahorrando cada penique que llegaba a sus manos.

Su primer pago como institutriz de Hope Finlay había acortado de manera significativa el camino que le quedaba por recorrer. Sin ese dinero, estaba segura de que le habría tomado al menos dos años más reunir la cantidad solicitada.

Al cabo de cuarenta minutos andando por la ciudad, y preguntando más de una vez cómo llegar, Violet dio por fin con el viejo edificio en la calle Bow.

Se trataba de una estructura de cuatro plantas en muy mal estado. La persona a la que buscaba estaba en la última planta, segunda puerta a la izquierda.

Llamó varias veces hasta que una mujer mayor abrió.

—¿Quién eres?

—Busco al detective Albert Hanks.

La mujer cerró la puerta tras de sí y la vio de arriba a abajo varias

veces.

—¿Tú también esperas un hijo suyo? Porque si es así, déjame decirte que ni mi…

—¡No! Lo conocí hace algunos años, necesitaba ayuda para encontrar a alguien, pero no tenía el dinero. Me ha costado reunirlo, pero ya lo tengo.

La mujer bajó la guardia de inmediato.

—Mi marido murió hace un mes. Pero si necesitas a un detective, mi hijo se está haciendo cargo del negocio.

Se hizo a un lado y la dejó entrar.

Violet guardaba incómodos recuerdos de la primera vez que estuvo allí. El detective Hanks era un hombre tosco, sin modales, que fumaba frente a sus clientes —o al menos frente a ella— y tenía esa oficina hecha un asco. Pero era el más barato de todo el edificio.

Esta vez, sin embargo, encontró algo muy distinto.

El hombre detrás del escritorio era joven, estaba bien rasurado y aunque modestamente vestido, la invitó a una taza de té mientras anotaba algo en una hoja.

—Así que conoció a mi padre. Lo lamento por usted —torció el gesto—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Necesito encontrar a alguien —respondió, incómoda.

—No te avergüences, hija. No eres la primera a la que se le desaparece el marido por ir detrás de una fulana. En el mejor de los casos, se ahogó con vómito y no te dará más problemas, y en el peor.. en el peor, mi muchacho lo va a encontrar.

—Madre —siseó el joven—. Disculpela por favor. Es muy imprudente.

—No se trata de mi esposo, sino… de mi padre. Hace veinte años que desapareció y quiero encontrarlo.

La realidad era que *necesitaba* dar con él. Sin una explicación del por qué de su abandono, no podría pasar página.

—Cuénteme más. ¿Cómo se llama su padre?

—Benjamin.

—¿Apellido?

—No lo recuerdo. Tenía seis años cuando me abandonó en el camino de Dover.

Cerró los ojos recordando la noche en que la bajaron del carruaje y se quedó, por fin, sola en el mundo.

El detective la escuchó con atención y anotó algunas cosas en la libreta.

—¿Sabe si su padre es natural de la región?

—No lo sé. Recuerdo… recuerdo que mi madre hablaba francés. De hecho, yo lo hablo con fluidez y nunca se me educó para ello. Creo que mi madre era francesa, el acento de mi padre era el de un inglés

de pura cepa.

—¿Recuerda la casa donde vivía con él? O alguna referencia. Dover es un punto de tránsito entre Francia e Inglaterra, es poco probable que sea oriundo de esa región.

—No lo es. Vivo en Dover y no hay rastros de él por allí. La casa… la casa era grande, con un enorme jardín y un solarium. Recuerdo que era blanca, con una fuente en la entrada y una estatua con la forma de un pez en el centro.

—¿El nombre de esa tía de la que me habló? ¿De su madre?

Violet cerró los ojos, como si con ello los recuerdos pudieran llegar a ella con más nitidez.

De su tía solo recordaba el terror que le daba estar cerca. De su madre, en cambio, pudo vislumbrar casi con nitidez su imagen y su voz. La manera en la que se sentía su cariño y los abrazos que le daba.

—Jolie. Mi madre se llamaba Jolie. Pero no sé si le sirva de algo. Murió cuando era muy pequeña.

—Cualquier dato que pueda darme será útil para la investigación, se lo aseguro.

Continuó sin abrir los ojos, diciéndole todo lo que alcanzaba a ver de entre sus recuerdos.

Hubo otras cosas, en cambio, que tuvo que callarse. El color de los ojos de su padre, la manera tierna que tenía de pronunciar su nombre. Su risa.

Pero Benjamin seguía sin tener un rostro, un apellido o un origen. ¿Por qué su mente no retuvo la información necesaria para dar con él?

—Creo que es todo, señora.

—Necesito que por favor me mantenga al tanto de la investigación.

—Deme su dirección para hacerle llegar algunos informes.

No podía dársela, y no solo era por lo riesgoso que sería que William Crowe tuviera ese tipo de información en sus manos. Podría malinterpretarla y querer obtener más dinero de ella, dinero que no tenía y que quizá no podría recaudar en algún tiempo.

—Es mejor que yo venga periódicamente. ¿Me cobrará lo mismo que su padre?

—¿Y eso es…?

—Sesenta libras.

La mujer que le abrió la puerta y él cruzaron una mirada cómplice.

—Es una pequeña fortuna, demasiado dinero —acabó respondiendo—. Creo que podré trabajar por la mitad.

Violet sacó del bolsillo interno de la falda un saquito con monedas y lo vació en en escritorio.

—Son cinco libras. Téngame alguna información importante para la

próxima semana y habrá otro puño de monedas para usted. Si me ayuda, señor Hanks, sabré recompensarlo.

Capítulo 8

Estaba a una sola interacción más de lanzarse por la ventana.

No estaba seguro de si las debutantes siempre fueron tan insufribles o era un defecto que les había achacado en cuanto reconoció su propia necesidad de pasar por el altar.

Esa misma noche había bailado con seis de las jóvenes más solicitadas de su círculo, y no sabría decir cuál de ellas era más insoportable, si la que solo sabía hablar del clima, la que no dijo ni su nombre, o la que le recordó al menos siete veces que su padre era ni más ni menos que el barón Witclife.

La única que se había salvado era quizá lady Ava Doyle, pero hacía mucho que no la veía. Según escuchó, su padre estaba enfermo y ella no quería dejarlo solo ni un solo momento.

—Mi sobrina estará encantada de verlo —decía la señora Hilton, tía de lady Ava—. Si pudiera visitarla…

—Haré todo cuanto esté en mis manos para saludarla. Pero no quisiera importunarla.

—No pasará nada por unos minutos que no esté atendiendo a su padre… Aquí está bien, lord Barclay.

William besó su mano y se despidió de ella para regresar al salón, pero en lugar de buscar una nueva pareja, solo se despidió de los anfitriones, los Remington.

—Es una pena que no pueda quedarse.

—¿Me va a extrañar, mi señora?

—Por supuesto que no. Solo te endulza el oído, querida. Váyase ya, Barclay.

El señor Remington le dio un efusivo apretón de manos y lo despidió, enviándole saludos a Hope, a quien conocieron cuando nació, pues la señora Remington había trabado amistad con su madre cuando eran jóvenes.

El silencio que reinaba en su casa cuando llegó, lo aturdió. De pronto, recordó a sus padres y la magnífica pareja que hacían. Se adoraban y cuando alguno de los dos salía solo, el otro lo esperaba sentado en un cómodo sillón en la biblioteca, con un libro en la mano y una taza de té.

A él solo lo esperaba el viejo mayordomo.

Siempre quiso lo que ellos tuvieron. Ese cariño sincero, la alegría en sus miradas, el trato cálido y la tranquilidad que se respiraba cuando ellos estaban en una habitación y sus ojos se encontraban un segundo. William había crecido rodeado de amor, de respeto y de compromiso, y ahora, tras haber visto a los Remington, grandes amigos de su padre, interactuar y verse con esa complicidad, volvió a añorar algo así para

él. Para él y para Hope. Ella merecía sentir un poco de ese inmenso cariño que se tenían Rose y Arthur, y que le habrían dado si no hubieran muerto tan precipitadamente.

Le entregó su abrigo a Hodges y lo mandó a dormir mientras él empezó a deambular por la planta baja.

Barclay House de Londres estaba impregnada de recuerdos de su infancia, cuando eran una familia completa y muy ruidosa. Ahora, estaba solo en el mundo, con una niña de siete años a la que cada día se le complicaba más orientar y educar, y con la certeza de que lo estaba haciendo todo mal.

Más allá de que los Finlay estaban dispuestos a valerse de cualquier error o carencia en él para quedársela, William, sabía que debía encontrar una esposa para asegurar el legado de los Crowe, pero sobre todo… muy en el fondo, añoraba volver a sentir la calidez de una familia, y la tranquilidad de llegar a un sitio y llamarlo hogar.

Se sirvió dos dedos de whisky, se llevó la botella y abrió una puerta al azar, luego otra, luego otra, hasta dar con la última del corredor, que abrió con el mismo desinterés que las anteriores.

Sin embargo, la biblioteca no estaba vacía.

En un sofá cerca de la chimenea, con el cabello oscuro atado a una trenza mal hecha, las piernas cruzadas y en ropa de dormir, la señorita Dickinson leía un libro.

No era una escena común de encontrar. De hecho, William estaba seguro de que en el más de un mes que llevaba trabajando para él, era la segunda o tercera vez que la veía sin Hope a su alrededor.

Estando allí parecía menos tensa. *Más atractiva*.

Darse cuenta de sus propios pensamientos lo asustó. ¿Desde cuándo le parecía *atractiva*? Es decir, tenía ojos en la cara, por supuesto que se había dado cuenta de que Violet Dickinson además de joven, era bella, pero saberlo y darse cuenta de ello eran dos cosas diferentes, y a William no debía interesarle que fuera o no atractiva.

Aunque por no deber, tampoco debía fijarse en su camisón blanco desgastado por el uso; en cómo se ajustaba a su cuello, o en el pequeño par de pies pálidos que sobresalían por encima de los cojines.

Se le aceleró el corazón, y antes de que pudiera hilar un solo pensamiento coherente, se encontró excitado.

Reparó entonces en que el camisón no disimulaba ni el color ni la forma de sus pezones, y si se ponía de pie…

Sacudió la cabeza. ¿En qué estaba pensando? Violet Dickinson podía ser muchas cosas, pero no una mujer deseable, no para él, no cuando la persona más importante de su vida dependía de ella.

Tragó saliva, incapaz de despegar los ojos de su pecho. ¿Sería culpa del whisky?

Observó el vaso, y no había bebido ni la mitad del primero. Apenas un trago, y en la botella que llevaba en la otra mano no había mucho tampoco. Un dedo de licor no podía nublarle los sentidos y la percepción de las cosas ni siquiera a un adolescente, mucho menos a un hombre de casi treinta años.

—¿Lord Barclay?

La voz de la señorita Dickinson lo sacó de su ensimismamiento, mientras la veía cerrar el libro con cuidado y ponerse de pie.

El camisón le llegaba a la mitad de la pantorrilla.

—Buenas noches, señorita Dickinson. No quise interrumpirla.

Dio un paso atrás, listo para abandonar la habitación y hacer de cuenta que esa escena que no se había dado, tampoco la había pensado.

—No interrumpe. ¿Acaba de llegar?

—Así es. Fui por un trago y vi la puerta abierta —Titubeó—.¿Va todo bien?

Palideció y William supo que no debió preguntar. El problema era que la veía y en su cabeza aún resonaban los gritos que escuchó por el corredor aquella mañana hacía un par de días. Solo porque debía vigilar a Hope y evitar que se diera cuenta de aquello fue que no corrió a su habitación para saber qué ocurría. Lucy le repitió palabra por palabra de lo que ella balbuceaba, y le informó que le pidió discreción.

—A veces tengo pesadillas —acabó confesando. Se sentó de nuevo y se cubrió el rostro con las manos. William se sentó a una distancia prudente, en el mismo sofá y entonces ella continuó—: crecí en un hospital de caridad, en Manchester, pero antes de eso tuve padres. No recuerdo mucho de ese entonces, pero algunas veces…

—Sueña con ello —comprendió—. Supongo que no son recuerdos agradables.

Se hizo un silencio largo entre ambos, y William se bebió lo que quedaba de whisky y se sirvió otro vaso de la botella que llevaba consigo.

—Estoy segura de que mi madre me quiso mucho. Me recuerdo siendo una niña muy feliz cuando ella vivía. A veces creo que mi padre también lo hacía, solo que… acabó abandonandome, así que no puedo fiarme de mis impresiones.

William no supo qué decir. No era lo mismo saber que no tenía familia y deducir que habían muerto a la certeza de que tuvo una infancia difícil.

—Cuando Rose murió, tenía pesadillas casi todas las noches. Soñaba una y otra vez que en lugar de cabalgar de regreso a Dover, elegía el carruaje y no llegaba a tiempo para despedirme de ella. Otras veces, soñaba que Hope no nacía bien y era mi culpa por no haberme

quedado con ellas, y tenía que correr a su habitación y cargarla para estar seguro de que estaba bien.

—¿Cómo dejó de tener pesadillas?

—No dormía, o lo hacía muy poco. De día.

—¿Es así ahora?

—Hope empezó a crecer y a dar dolores de cabeza. Ya sabe, aprendió a caminar y lo tocaba todo, Anya no era suficiente para perseguirla por la casa o vigilar que no se hiciera daño, así que cuando no estaba trabajando, cuidaba de ella. Usted mejor que nadie debe saber lo agotador que es estar al pendiente de alguien con tanta energía. Jamás se cansa.

Limpió los bordes del vaso con un pañuelo, sirvió más whisky y se lo ofreció.

—No, milord, no bebo y menos cuando trabajo.

—Ahora mismo no está trabajando —cabeceó—. Si le preocupa que el señor de la casa la vea, puedo cerrar los ojos.

—Pero no podré dormir.

—Oh, sí que podrá —aseguró—, y no habrá dolor de cabeza porque es muy poco para emborrachar a nadie, señorita Dickinson.

Tomó el vaso, dubitativa, y antes de beber, volvió a hablar:

—¿Puedo pedirle un favor? —William asintió—: puede llamarme Violet si gusta. Lo de señorita… siempre he creído que para serlo se necesita abolengo, y yo no lo tengo.

—Está bien, *Violet*.

Paladeó su nombre como quien disfruta de un buen vino. Suave. Sonoro. Cálido. Llamarla por su nombre de pila era como borrar de un plumazo la barrera de la formalidad que los separaba y mantenía alejados, y nada le había parecido nunca tan natural como aquello. A fin de cuentas, ella estaba supliendo el papel de una madre para Hope —aunque no hubiera sido la intención inicial— y él a un padre.

Hizo un puchero.

—Arde.

William rio.

Violet le devolvió el vaso y William se sirvió otro poco.

—¿Usted cree que Hope esté bien? ¿que vaya a estarlo?

—Por *estar bien* ¿se refiere al miedo que le da ser abandonada? —William asintió—. No lo sé, pero creo que sí. Lo que sí le puedo asegurar es que cuando ella vaya a una escuela de señoritas y descubra que hay un mundo allá afuera, lleno de cosas que no conoce, será usted quien no la dejará marchar. Es muy inteligente, y ya empieza a ansiar saber más.

La vio dirigirse a una estantería y no pudo despegar los ojos de ella ni siquiera por decencia cuando se puso de puntillas y el camisón se levantó un poco más, dejando a la vista un par de pantorrillas muy

bien definidas.

Tragó saliva.

—¿Qué es esto?

—Lo que hizo hoy.

En un cuaderno de dibujo, con las acuarelas de colores que le compró en Well Lane para su cumpleaños, Hope había hecho un dibujo apenas comprensible. Se trataba de un paisaje rural, había flores, árboles, un sol brillante y algunas nubes. En el centro de la hoja, una casa con los mismos colores de Barclay House de Dover, y frente a esta, una niña tomando de la mano a dos personas. Hope, él y Violet.

El William del papel llevaba un sombrero de copa gigantesca y bigote, y Violet, un vestido amarillo y flores en las manos.

—¿Somos nosotros?

—Sí. En Dover. Incluso hay un cachorro allí —señaló una mancha oscura en una esquina—. Creo que quiere una mascota.

William sostuvo el dibujo un buen rato, dándose cuenta de que eso era lo que Hope anhelaba, y en el fondo, él también deseaba: una familia.

Capítulo 9

No era una mala idea.

Tras reflexionar al respecto durante el resto de la noche y parte del día siguiente, William llegó a una conclusión más que evidente: debía casarse con alguien que a Hope también le agradase.

William había hecho un balance sobre las ventajas y desventajas de casarse, más allá de que necesitara hacerlo, y el panorama no era del todo alentador. Su principal duda era cómo saber que estaba tomando la decisión correcta, que aquella mujer le convencía, a largo plazo, más que la otra.

Pero lo peor era que para elegir una esposa, primero necesitaba tener candidatas, y ni siquiera creía conocer a más de dos que le inspiraran poco más que bostezos.

—¡Tío Will!

El grito de Hope lo hizo soltar la pluma en el tintero y regarla en las hojas que tenía sobre el escritorio.

Se quitó las gafas y esperó a que Hope entrara, cosa que hizo un minuto después.

—¿Qué ocurre ahora?

Le pareció extraño que Violet no la acompañara, pero no dijo nada y permaneció de brazos cruzados hasta que la escuchó hablar.

—¡Mira lo que encontré en el jardín! ¿Me lo puedo quedar?

Oculto, bajo una manta que llevaba en brazos, Hope llevaba ¿un ratón?

—No.

—¿Por qué no? ¡*Porfiiiii*!

Al ver que se le acercaba, empezó a retroceder.

—Aleja eso de mí, Hope Amalie Finlay.

—¡*Porfiiii*!

—No.

—¡Sí!

—No.

—¡Es que quiero una mascota, tío Will!

Recordó el dibujo que Violet le mostró un par de noches atrás. Un cachorro.

—Tendrás un cachorro. Tendrás un cachorro si alejas eso de mí.

—¿Me lo prometes?

Le había tendido una trampa. Esa pequeña revoltosa.

—Está bien, pequeña tramposa.

—¡*Síííí*!

Violet entró con el ceño fruncido mientras Hope daba saltitos.

—¡Aleja eso de mí! —gritó cuando vio el ratón que llevaba Hope.

Retrocedió alrededor del salón, alejándose de Hope tanto como le era posible, hasta que acabó pegada a él.

William no se pudo mover, demasiado consciente de su cercanía, y sobre todo, con el recuerdo de ella en ropa de dormir aún fresco en la memoria. Las capas de tela del vestido y las enaguas ayudaban a mantener la decente distancia, pero eso no le impidió sentir su perfume. Olía a flores silvestres.

—Hope, por favor, llévate a ese animal de aquí.

La niña les dedicó una sonrisa traviesa, dio dos pasos más hasta que quedaron completamente arrinconados contra la pared, y después salió corriendo y gritando:

—¡Voy a tener una mascota! ¡Voy a tener una mascota!

Rígido como nunca antes en su vida, no fue capaz siquiera de respirar, y ella tardó al menos un minuto en reaccionar y separarse, como impulsada por un resorte.

—Nos ha manipulado —reconoció William, para llenar el silencio —. Ahora debo conseguir un cachorro.

Violet asintió, y la situación se volvió aún más incómoda. William aún podía sentirla cerca pese a los cinco metros de distancia que había entre ambos, y no sabía qué hacer con sus dedos, cuando el impulso que primaba era el de ponerle las manos encima. Ilógico, cuanto menos.

—Me dan asco los roedores.

—A mí también —bufó—. No quiero ni saber de dónde lo ha sacado, o cómo lo atrapó.

—Iré… iré a supervisar que lo deje libre lo más lejos que se pueda de aquí.

—Por favor.

Violet salió corriendo de su despacho y casi se tropezó con Hodges, que entraba en ese momento con la bandeja de la correspondencia y a William le sirvió para darse cuenta de que no fue el único que sintió algo cuando se acercaron de más.

***

Quizá lo que en realidad necesitaba para dejar de pensar en absurdos como el perfume de Violet Dickinson era un poco de distancia, y empezar a poner orden en su vida.

Noches atrás, cuando acompañó a la señora Hilton a esperar su carruaje para marcharse de casa de los Remington, le prometió visitar a su sobrina.

Había recibido una respuesta positiva y casi inmediata de la joven sobre si podría o no recibirlo esa misma tarde, y una hora antes de que se acabara la hora de visitas, William estaba allí, esperando a que la dama bajara.

El mayordomo o guio a la sala personal de lady Ava, mientras un par de doncellas permanecían en la esquina del salón en completo silencio.

—Lamento la demora, lord Barclay. Amy, ve a vigilar a mi hermano, no quiero que haga otra de las suyas.

—Sí, milady.

Lady Ava se veía un poco desmejorada, pero no había perdido esa elegancia nata que llamaba la atención de todo el que la viera. era una perfecta flor inglesa: rubia, ojos verdes y pose altiva. Tenía una sonrisa brillante que encandilaba, pero su mayor virtud era su agudeza.

—¿Cómo ha estado, milady?

Esperó a que lady Ava tomara asiento para imitarla. La vio ordenar un servicio de té mientras la doncella que se quedó se quedaba en una esquina.

—Mucho mejor de lo que parece, sin duda. Padre no está muy bien de salud, por desgracia, y mi tía tampoco, así que me estoy haciendo cargo de todo mientras las cosas mejoran.

—¿Es serio lo de su padre?

—Problemas del corazón —suspiró—, y tía Agnes… supongo que es la edad. Pero cuénteme, ¿cómo ha estado? ¿Hope?

Hope era la persona más importante de su vida, y jamás se había molestado en ocultarlo, y le daba gusto que al menos por educación, preguntara por ella. Ese era un asunto que los había unido cuando se conocieron: él tenía a Hope y ella a su hermano menor.

—Mucho mejor. Más tranquila ahora que tiene una institutriz de su agrado.

—¿De verdad? Me da gusto. Supe que la señora McTavish no tuvo éxito.

William le sonrió a modo de disculpa. La señora McTavish había llegado a Dover exclusivamente por él. Lady Ava la recomendó, pues fue su institutriz hasta que entró a una escuela de señoritas a los catorce años, y le tenía un especial respeto.

—En lo absoluto. Lamento lo ocurrido.

—No se disculpe, milord. La conozco y sé que es una magnífica educadora, pero también soy consciente de lo difícil que es complacerla, de lo estricta que es, y sobre todo, de su intransigencia —Hizo una pausa significativa—. Es una buena noticia que su sobrina esté a gusto con su nueva institutriz. ¿Quién se la recomendó?

El servicio del té llegó pronto, y a William no le pareció mala idea ponerla al tanto de lo ocurrido —o de una parte—, y acabó contándole cómo Hope se negaba a dejarla ir sola a algún sitio..

—A veces me preocupa que esté tan apegada a ella. La señorita Dickinson sabe controlarlo, pero no sé si podrá seguirle el ritmo

mucho tiempo.

—Parece una mujer interesante —convino—. Si la deja ir, por favor envíela aquí. Quizás ella sí pueda poner en orden algunos asuntos respecto a Andrew.

—¿Sigue siendo un dolor de cabeza?

—Es un rebelde. Me temo que si las cosas siguen así, no irá a Eton College en el curso que viene. Además, no me gustaría… no me gustaría que esté lejos si a padre le ocurre algo.

William se fijó entonces en que más que exhausta, parecía desesperanzada. Una de las tantas virtudes que había visto en ella era justamente la sinceridad en el cariño que demostraba por su padre y hermano. tenía un gran instinto con los niños. Lamentó no haberla visitado antes.

—¿Los médicos le dan esperanzas?

—No demasiadas. Las justas para que no nos rindamos aún, pero no tantas para hacernos ilusiones.

Podía ver la preocupación en su rostro y la entendía. Sabía lo que era que de buenas a primeras, todo el peso del mundo estuviera sobre sus hombros, y a una edad tan temprana. Lady Ava adoraba a su padre y hermano, y a uno no lo podía salvar por mucho que lo desease, y al otro no lo podía corregir por mucho que lo intentase.

—¿No le gustaría dar un paseo por el parque en algún momento? Quizá despejarse un poco le ayude.

—Me encantaría —respondió con una sonrisa—, pero no puedo estar demasiado lejos. Le agradezco su amabilidad.

De pronto, no solo vio las ventajas de casarse con una mujer como ella, con su madurez, su sensibilidad y su personalidad, también vio las cosas en común, la serenidad que irradiaba y la inexplicable familiaridad que sentía en sus gestos. Con ella no estaba en guardia. Con Ava Doyle se notó cómodo.

—Entonces… ¿puedo visitarla otro día?

Capítulo 10

El haber tenido la formación académica que tuvo y crecer bajo la tutela de personas tan estrictas como la regidora del hospital de caridad de Manchester al que fue a parar con apenas ocho años le habían servido para cultivar una paciencia que no cualquiera tenía.

Violet la consideraba su mejor virtud y también lo que la mantenía alejada del mundanal ruido del exterior.

No por nada había pasado cinco años ahorrando cada moneda con la meta de poder pagar al detective que le proporcionaría respuestas a las preguntas que le bullían en el pecho desde que empezó a tener consciencia; no por nada pasó tres años indagando por su cuenta en los poblados cercanos a Dover, intentando dar con un dato relevante sobre Benjamin o sobre su madre; no por nada se había quedado en el pueblo en el que fue abandonada a su suerte, con la esperanza de en algún momento encontrar una sola pista que la llevara a él.

Encontrarlo era la máxima de su vida. Su mayor motivación y también su más grande pesadilla. Temía lo que pudiera encontrar una vez estuviera cara a cara con él o con su pasado, pero la incertidumbre de no saberlo era incluso más aterrorizante. Quería al menos saber de dónde venía, si tenía más familia y el nombre de su madre. Quería saber quién era y tener la oportunidad de renunciar a ello por su propia voluntad.

No sabía con qué se encontraría el detective, pero sí que fuera lo que fuera, su nacimiento fue un error, una especie de accidente que cambió el rumbo de la vida de sus padres, y necesitaba poder renunciar a todo aquello para seguir adelante.

Tenía veintisiete años, por Dios. Ya era momento de pasar la página.

—¡Violet!

Hope estaba sentada frente a la mesa de trabajo, con un libro en la mano y el ceño fruncido.

—¿No te dije que dejaras el libro para otro momento?

—¡Quiero aprender a leerlo!

Violet lo cerró y le acercó las hojas en las que se suponía que practicaría a escribir las letras del abecedario.

—No puedes aprender a leer si no conoces las letras.

—Sí puedo —se quejó.

—No, no podrás, y mientras más te obceques en no hacerlo, más tardarás en aprender.

Como toda respuesta, la niña bufó y tomó el carboncillo.

Hacía apenas un par de días que Hope había terminado de memorizar las letras del abecedario, pero se negaba a aprender a

escribir y eso era un problema.

Era una niña sedienta de conocimientos y muy inteligente, pero demasiado necia para dejarse guiar.

Violet solía tenerle toda la paciencia del mundo porque la apreciaba sinceramente, y porque una parte de ella se veía reflejada en la situación de Hope, pero ese día estaba demasiado inquieta para hacerlo.

Tenía un mal presentimiento y no sabía de dónde venía o cómo expresarlo, solo que cuando lord Barclay cruzó la puerta y anunció que llevaba un regalo para Hope, volvió a respirar tranquila. La sensación de que algo andaba mal no se iba, por supuesto, pero viendo que las dos personas que más le importaban en el mundo estaban bien, se permitió relajarse.

—¿Qué es? ¡*Dimeeeeeeeee*!

—Primero quiero saber si te has portado bien —respondió el conde, acuclillándose frente a ella—. ¿Has sido obediente y buena?

—Siempre lo soy.

El conde enarcó una ceja, divertido, y Hope aprovechó para colgarse de su cuello y llenarle de besos las mejillas.

La escena en sí misma era enternecedora, lo que le recordó que por mucho que se sintiera reflejada en las vivencias de la pequeña, sus vidas eran muy diferentes. Violet nunca tuvo a nadie, y Hope sin embargo, lo tenía a él.

—Está bien, está bien, te daré tu regalo —accedió el conde, poniéndose de pie, con la niña en brazos.

Los siguió por inercia hasta el exterior. Frente a la puerta de entrada, estaba sentado un adorable cachorro de pelaje rubio que movía la cola y la lengua con insistencia.

Hope saltó de los brazos de su tío hacia el cachorro en un segundo, y el animal le devolvió el saludo con mucha efusividad.

—¿Es mío, tío Will?

—Lo es —confirmó él—. Tienes que ponerle un nombre y prometer que cuidarás de él… o te lo quitaré. Un cachorro no es un juguete sino una responsabilidad.

La niña, sin embargo, ya estaba de rodillas frente al animal, observándose detenidamente.

—¡Manchas! ¡Se llama Manchas!

—Pero no tiene una sola —protestó el conde.

Hope, sin embargo, ya no le prestaba atención a su tío, y solo se limitaba a acariciar el lomo del animal mientras reía sin parar.

Violet dio por concluída la lección, pues era evidente que la niña solo tenía ojos para el cachorro.

—No sé quién tiene más energía, pero apuesto a que alguien hoy dormirá como nunca.

—Creo que el cachorro.

Ambos rieron mientras veían a Hope y Manchas correr uno detrás del otro en el jardín.

El almuerzo se sirvió en el exterior. Hope apenas probó bocado antes de volver con el animal. estaba tan feliz que no quiso interrumpirla ni siquiera para que bebiera té.

Lord Barclay tampoco le había quitado los ojos de encima por más de un minuto. Parecía tan tranquilo que de inmediato su serenidad le fue contagiada.

Pasaron el resto de la tarde en silencio, solo disfrutando del magnífico clima y de la risa de Hope.

—¡Hope! ¡Hope! ¡Hora de irse a la cama!

—¡No quiero!

Con el cabello revuelto, un mechón pegado a la frente y la ropa llena de barro, se acercó dando saltitos a la mesa en la que estaban y los tomó de las manos a ambos.

—¿Puede Manchas dormir conmigo?

—No —dijeron al unísono. Fue lord Barclay quien habló—: el cachorro debe dormir en un sitio alejado de ti para que puedan descansar ambos, y tú, deberías darte un baño.

Hope se le tiró encima para darle un beso en la mejilla y le llenó de barro la otra con una mano.

—A bañarnos —sugirió Violet.

La tomó en brazos y pidió una tina de agua caliente. La iba a necesitar.

***

Dormirla le costó más de lo que era usual. Hope estaba tan entusiasmada que no dejaba de hablar sobre Manchas y lo tierno y juguetón que era.

Cerca de las ocho, bajó para saber qué se haría con el animal, y lo encontró correteando aún por el jardín, mientras lord Barclay le lanzaba un palo de madera.

—Ya está dormida. Costó, pero se consiguió.

—Él, en cambio, parece que no se cansa nunca.

Violet lo cargó entre sus brazos y al cabo de unos minutos, lo dejó en un asiento acolchado.

—¿Dónde debería dormir?

—He mandado a acomodar una habitación exclusiva en la planta baja.

Le ajustó una correa en el cuello con sumo cuidado para no despertarlo y después se alejó y se recostó en una de las columnas del cenador, con la mirada fija en el jardín.

Guiada por su propio instinto, Violet lo imitó y se quedaron allí

solos y en silencio.

No habría podido explicar ni queriendo lo que sentía con su cercanía. El calor que emanaba y ese magnetismo exótico la hacían doblemente consciente de cada parte de su propio cuerpo y de lo fácil que sería tocarlo, o lo mucho que disfrutaría estar entre sus brazos.

No era algo en lo que pensara a menudo, pero desde que bebiera whisky con él aquella noche o cuando quedó pegada a él por causa de aquel ratón, algo cambió en ella.

Decidida a dejar de pensar en ello, dio un paso hacia atrás, pero tropezó con algo y par ano caer, se asió del brazo del conde.

El resultado fue lamentable, porque no pudo evitar caer de espaldas y llevarlo a él consigo. Antes de que pudiera reaccionar, los dos brazos a ambos lados de su cintura eran todo lo que impedía que el peso de él quedara por completo sobre ella.

Tragó saliva cuando sus ojos se encontraron. Estaba tan cerca. Con el rostro a menos de un palmo de distancia y tan tenso que parecía que iba a romperse.

Y entonces ocurrió lo impensable, Violet lo supo en el momento exacto en que sus pupilas se dilataron, y antes de poder asimilarlo, la boca de William Crowe estaba sobre la suya en una caricia sutil e íntima. Besaba despacio, pero de manera tan persuasiva que pronto se notó enredando los dedos en su cabellera oscura y devolviendo el beso.

Todo el cuerpo le ardía, y solo podía pensar en lo fácil que era dejarse llevar y en lo mucho que le habría gustado que le pusiera las manos encima y la tocara.

Capítulo 11

¿En qué estaba pensando?

Había una diferencia pequeña pero muy significativa entre aceptar un beso y devolverlo. Ambos tenían un significado implícito y era que existía cierta atracción, Violet no estaba en condiciones de admitir tal cosa.

No podía perder de vista que ella solo era la institutriz de Hope, y la niña era demasiado importante para ella, además de que enredarse con él solo podía traerle problemas porque en algún momento, más temprano que tarde, él elegiría una esposa y en el momento en que la nueva condesa entrara a la casa, ella debía salir. No pensaba ser la querida de nadie.

Además, perder un empleo como ese por un impulso era lo peor que podía pasarle. En el pasado necesitó reunir todo el dinero posible para ponerse en la tarea de encontrar a su padre, pero después de eso, lo necesitaría para los difíciles años en los que ya no pudiera ejercer como profesora. No quería vivir de la caridad de desconocidos y mucho menos de lo que la parroquia pudiera darle.

—Dice el detective Hanks que puede pasar.

La tenue luz del corredor, la capa y el sombrero del hombre y la posición en la que le informó que era su turno le impidieron ver su rostro. Parecía que se ocultaba de todos, y a plena luz del día.

Entró a la oficina, encontrándola aún más ordenada que la última vez, lo que la hizo sentir más cómoda.

—Pase, por favor, señora.

La señora Haskins, madre del hombre que tenía frente a ella, le sirvió una taza de té de canela y se retiró.

El corazón le latía en los oídos mientras esperaba a que dijera algo.

—He de admitir que me sorprende la precisión de sus recuerdos, señora. Pude dar con la casa de la que me habló.

—¿Está cerca de Dover?

—No. Está en un pequeño poblado llamado Newbury en Berkshire.

—¿Quiénes son los dueños?

—En la actualidad, a su Gloriosa Majestad la reina Victoria de Reino Unido.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Hace poco más de veinte años se extinguió una de las familias más antiguas del reino, a ellos pertenecía esa propiedad.

—No entiendo —balbuceó con el pulso acelerado.

—El último hombre de la familia, el treceavo barón Redman, murió en 1832 de un infarto. Según la información recabada —añadió, revisando sus notas—, en 1834 ya el título había sido recogido por la

corona por falta de herederos. Así que creo que es imposible que usted o su padre estén relacionados con ellos.

—¿Por qué?

—Si su padre fuera familiar de los barones Redman, habría entrado en la línea de sucesión y el título estaría en sus manos, sin embargo, no hay registros de descendencia masculina después de los tres hijos hombres de Thadeus Lyndon. El heredero murió en un accidente de caza dos meses después de heredar el título, sin hijos o esposa. El segundo hijo fue el último barón Redman, y murió de un infarto al ver morir a su hermano menor en manos de unos salteadores de caminos.

—Y todo esto ocurrió antes de 1834, el año en que yo estuve en esa casa —comprendió—. ¿Podría rastrearse a algún empleado de la propiedad? Quizá mi padre trabajaba allí.

—Es improbable. Tuve acceso a los registros, y la casa fue cerrada en el verano de 1833, tras la resolución de la Cámara de recoger el título, y se liquidó a todos los empleados. desde entonces ha permanecido cerrada.

—Pero yo estuve allí —insistió—. Sé que no lo imaginé.

—No dudo de su versión —confirmó el detective—, pero está claro que no obtendremos ninguna información investigando los registros de la mansión o algo relacionado a los Redman, si al menos en teoría, no había nadie en la propiedad desde el año anterior.

Violet sintió que todo a su alrededor daba vueltas. No podía ser. Tenía que existir alguna manera. Debía haber algo que conectara a su padre a esa casa, o no la habría dejado allí por tanto tiempo. Algo se le estaba escapando y no conseguía dar comprender qué era.

—¿Qué procede, detective? No puede ser el final de todo, ¿verdad?

El detective cerró su libreta y negó muy despacio.

—Será más complicado de lo que supuse en un principio —admitió—, pero creo que un hombre con las características de su padre, o con una niña de la mano, no puede pasar desapercibido. Debe haber alguien en ese pueblo que lo haya visto. quizá con otro nombre, pero no pudo solo aparecer en esa casa.

—Investigará en el pueblo —comprendió.

—Y en los alrededores. Quizá fue empleado de los barones Redman o conocía a alguien de allí. ¿De qué otra manera, si no, supo que la mansión estaba desocupada? Si era un extraño, tuvo que llegar a Newbury de alguna manera y por alguna razón, ¿no? Creo, señora, que tanto si se llama Benjamin como si no, nuestra oportunidad de dar con las respuestas que está buscando, está en ese pueblo.

—O en los vecinos.

—O en los vecinos —confirmó él—. No me quedé a investigar esta pista ahora que fui porque asuntos de gran importancia me requerían de nuevo en Londres.

Violet tuvo que sostenerse de la orilla del escritorio con todas sus fuerzas para no ceder al repentino impulso de cerrar los ojos.

—Dígame si necesita más dinero.

Capítulo 12

A William no se le ocurría nada tan efectivo para despejar su cabeza de ideas absurdas, besos e institutrices como concentrarse en otra mujer, en este caso, la encantadora y muy apropiada lady Ava Doyle.

La situación no había cambiado nada desde la última vez que estuvo en su casa, hacía una semana.

Las mismas dos doncellas permanecían en la habitación a la espera de que lady Ava hiciera su aparición, las mismas flores en un jarrón de la esquina e incluso el mismo vestido en la dama.

—Lady Ava —Hizo una reverencia, besó su mano y esperó a que tomara asiento para hacer lo mismo—, tan bella como siempre.

—Es usted un adulador —rio con gracia—. Amy, ve con mi hermano. Vigila que no vuelva a tomar un par de tijeras.

La doncella se retiró, la otra se quedó de pie junto al jarrón de azaleas blancas de la esquina y lady Ava pidió un servicio de té para ambos.

En su última visita, William no tuvo cabeza para prestar atención a detalles sumamente importantes sobre la personalidad de la dama, como por ejemplo su facilidad de trato o el hecho de que aún en un momento como aquel, con su padre sumamente enfermo, seguía siendo una excelente anfitriona.

—¿Un niño y un par de tijeras? —inquirió mientras le servían el té.

—Un niño bastante rebelde y un par de tijeras —corroboró.

—Supongo que he de agradecer que Hope no las haya descubierto o le parezcan interesantes. ¿Puedo saber qué hizo?

—Chris hizo girones unas cortinas —suspiró—. Desde que padre cayó en cama, está incontrolable. Siempre está haciendo una travesura o causando problemas.

—Es una situación difícil —convino.

—Lo es. Lo peor es que no parece que me ve como una figura de autoridad, y no me obedece en nada. Lo único que puedo hacer es vigilarlo, porque controlarlo es casi imposible.

—¿No ha pensado en llamar a la señora McTavish? Es una institutriz que inspira temor.

Lady Ava se llevó una galleta a la boca y negó.

—Disculpe que lo diga de esta manera —empezó, risueña—, pero si no pudo corregir a su sobrina, que es más pequeña y menos peligrosa, dudo que pueda hacer algo con Chris y su infinito ingenio para sacar de quicio a los demás.

— ¿Lo sabe su padre?

Negó.

—No quiero darle más preocupaciones. El médico dijo que su corazón resiente los problemas y las impresiones fuertes.

Pensó en Violet y en lo sencillo que era para ella controlar a Hope, sin siquiera forzar las cosas. Poseía un encanto natural e imponía con solo abrir la boca. Era una mezcla extraña pero surtía efecto. Hope la adoraba y él…

—¿Ocurre algo? Se quedó pensativo de pronto.

—Pensaba en lo tranquila que está Hope.

—¿De verdad? ¡Oh! Debe ser por esa institutriz que tiene. Lo envidio, milord. Aquí también necesitamos algo así. ¿Qué le parece acompañarme a dar un paseo por el jardín? Hace muy buen día.

William le ofreció su brazo y la acompañó al exterior. No hacía un buen día, al contrario, parecía que en cualquier momento llovería, pero le agradecía que hubiera interrumpido sus pensamientos. Para borrar de su mente a Violet y ese endiablado beso era que estaba allí.

Caminaron por el jardín durante un buen rato. Lady Ava era agradable y muy bella. La clase de mujer en la que pensaba cuando la idea del matrimonio se materializaba. Sin embargo, a pesar de sus muchas virtudes, no se veía capaz de tocar el tema, y menos aún, de formar una familia con ella.

No podía.

Cuando pensaba en un hogar, los únicos rostros que veía eran el de Hope y el de Violet.

—Oh, oh, oh. Aquí viene.

Siguió su mirada en el momento exacto en el que un niño de cabello oscuro y pantaloncillos cortos se acercaba a ellos dando enormes zancadas. Tenía una pequeña cicatriz en la frente, sobre la ceja izquierda, y llevaba en la mano una espada de madera.

—Chris, ¿qué haces aquí?

Chris no respondió.

—Soy William Crowe, conde de Barclay —extendió su mano y el niño devolvió el apretón sin quitarle los ojos de encima.

—Lord Christian Doyle, vizconde Latore. Su hermano.

—Lady Ava me ha hablado mucho de ti. ¿Cuántos años tienes?

—Nueve.

—Nueve. Dos más que Hope.

—¿Quién es Hope? ¿Su hija?

—Mi sobrina. Tiene siete años, es una niña encantadora, y tiene un cachorro.

—¿Una mascota?

Se le quedó viendo a su hermana un momento.

—¿Y… podría conocerla?

—¿A mi sobrina?

—A su mascota.

Lady Ava asintió de manera imperceptible.

—Lo prometo.

***

El reloj de péndulo del recibidor anunció la medianoche en el momento exacto en que William le entregó su abrigo a Hodges y lo mandó a dormir.

—La señorita Dickinson está en la biblioteca, milord —Hizo una reverencia— que descanse.

Entró a su despacho y se bebió dos dedos de whisky de golpe.

Tras salir de casa de lady Ava al finalizar la hora de visitas, se dirigió a White´s con el único objetivo de matar el tiempo, para no encontrarse con ella en el comedor a la hora de la cena. Se sentía ridículo por estar huyendo de una mujer, pero no perdía de vista que si él cometió el error de besarla, ella no se mostró inconforme al respecto, al contrario, devolvió el beso con tanto ímpetu que era casi un milagro que hubiera sido solo uno.

Tal vez ese era el problema principal y el motivo de su mal humor: quería más. Ese beso despertó en él una sed de ella y un deseo tan profundo que no sabía cómo lidiar con ello, y tanto si Violet estaba igual como si no, las cosas debían quedarse justo allí.

Se mesó el cabello, desesperado, y decidió que lo mejor que podía hacer era marcharse a dormir.

Estaba a mitad de las escaleras cuando se detuvo, recordando que ella estaba en la biblioteca, y que eso significaba que no podía dormir porque las pesadillas estaban de regreso. ¿O sería por él?

Soltando un gruñido, rehizo el camino al corredor y abrió la puerta de la biblioteca de golpe, justo antes de arrepentirse.

Lo que se encontró allí no fue de ninguna manera algo que se le habría ocurrido solo a él ni en sus sueños más alocados. Violet Dickinson no estaba recostada en el sofá con un libro en la mano y esa pose que la hacía aparecer etérea, no. Estaba sentada, con las piernas recogidas y una botella y un vaso de whisky en las manos. A William le dio sed.

Retrocedió para marcharse, lo último que necesitaba era encontrarse con una Violet desinhibida, porque si se le insinuaba aunque fuera un poco, William dudaba poder contenerse y no besarla otra vez.

—¿Lord Barclay? Buenas noches.

Se inclinó hacia adelante, tambaleándose un poco. Arrastraba las palabras de manera casi imperceptible, pero lo hacía, y eso significaba que estaba mucho más afectada y bebida de lo que creyó en primera instancia.

—Violet —cabeceó—, buenas noches.

Dio un paso atrás para marcharse.

—No tiene que huir.

Sus palabras lo detuvieron y se giró.

—¿Perdón?

—No tiene que huir de mí ni evitarme como lo ha estado haciendo desde la otra noche —balbuceó—. No soy una niña que se asusta con facilidad, y mucho menos tan ingenua para…

Un leve mareo la calló, pronto William se vio a sí mismo quitándole la bebida de la mano y moviéndola para que no se fuera de bruces.

—No huyo —respondió al final.

—¿No? Pues lo parece —hipó—. Hace tres días que ni siquiera cena con nosotras. Hope lo espera, lo espera hasta que la vence el hambre. No huya más porque yo no voy a huir de la casa. No.

—¿No lo hará? —preguntó, divertido.

Había algo tremendamente gracioso en la manera en que movía la cabeza cuando hablaba y parpadeaba a prisa.

—¡No! ¿Por quién me toma? Soy una mujer *adultaa* no una niña asustadiza. Yo sé por qué me besó.

—Ah, ¿sí?

—Sí —hipó—: por un impulso. Las personas tienen impulsos si se da una situación en específico. No… no pasa nada. No me tiene que dar explicaciones ni… ni. Ni nada.

Violet resultó ser una mujer con las cosas claras. Bastante más claras que él, y parecía no darle importancia a las cosas que no lo eran. Fue solo un beso y como tal lo trataba.

El problema, según pudo darse cuenta a lo largo de ese día, en casa de lady Ava o en el club, cuando todo le recordaba a ella, era que para él no fue *solo un beso*.

Pero Violet tenía razón en que no podía huir, y no solo por Hope: él no era ningún cobarde.

—Tiene razón. ¿Han vuelto las pesadillas?

—No, pero sé que lo harán y… y no puedo dormir, así que decidí seguir su consejo.

—¿Mi consejo? No recuerdo haberle dicho que se emborrachara para no tener pesadillas.

—Usted me ofreció un trago para relajarme y dormir, pensé que con más tragos sería más sencillo conciliar el sueño. ¿Quiere uno?

Le sirvió whisky y se lo ofreció.

Lo aceptó para no contrariarla, aunque lo cierto era que estaba meditando al respecto. Violet tenía razón. No eran niños. Los dos eran adultos y así como en su momento cedieron al impulso, podían decidir que eso era todo y no volver a hacerlo. Hope estaba cómoda con la situación general, con tenerla como institutriz y compañía, y con él, y negarle aquello por algo tan banal como un beso era

simplemente absurdo.

Se bebió el whisky, listo para darle la razón, y entonces se dio cuenta de que Violet estaba dormida y con la cabeza recostada en un cojín.

Sin pensarlo demasiado y tras hablarle varias veces para que despertase, la tomó en brazos y la llevó a su habitación.

En algún momento, mientras subía las escaleras, ella se movió, se colgó de su cuello y se acurrucó contra su pecho. Parecía tan profundamente dormida que no temió que los acelerados latidos de su corazón la despertaran.

La metió a la cama y la arropó con cuidado.

Cuando estaba por salir, decidió que era el momento para ceder a un último impulso y le besó la frente.

Capítulo 13

Estaba al borde de la muerte.

Aquella fue la única explicación lógica que Violet encontró al despertar esa mañana con el dolor de cabeza más terrible que hubiera experimentado jamás.

En cuanto se sentó en la cama, tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no correr a vomitar al bacín. Moría de sed y se sentía tan mal que conseguir asearse, peinarse y vestirse fue toda una odisea.

—Señorita Dickinson, milord la está esperando en su despacho.

—¿Tiene que ser ahora?

—Pidió que se le informara en cuanto despertara.

Suspiró, se terminó de abotonar el redingote y bajó las escaleras tan despacio como pudo.

Eran las ocho de la mañana exactas cuando abrió la puerta del despacho del conde. Le sorprendió encontrarlo perfectamente arreglado tras su escritorio, enfundado en un traje gris de tres piezas y con el cabello húmedo.

Incluso el dolor de cabeza desapareció por un momento. Estaba tan absorta viéndolo trabajar que no notó la diminuta sonrisa que se le formó cuando la vio entrar.

—¿Va a quedarse allí toda la mañana, Violet?

Su tono entre divertido y coqueto le pasó desapercibido al escucharlo llamarla por su nombre.

—No. Buenos días, milord —Hizo una reverencia—, Lis me dijo que quería verme.

Lord Barclay le señaló la silla frente a él y tomó asiento.

—Supongo que la cabeza le explotará en cualquier momento. Tómese esto y respire cinco minutos antes de ponerse de pie.

—¿Qué es?

—Zumo de naranja, con zanahoria, limón, miel y jengibre. Para la resaca.

Detuvo el vaso a medio camino de su boca, con la mandíbula desencajada.

De pronto, la tensión en sus hombros desde que Lis le dijo que milord requería su presencia se intensificó tanto que apenas pudo sostener el vaso.

—¿Qué…?

—¡Ah, qué mala borracha es! Ya olvidó todo lo que pasó anoche —chasqueó la lengua—. Ya lo recordará, beba eso, lo pedí para mí.

—¿Para usted? ¿También bebió?

Se dio cuenta de su error en cuanto lo preguntó. Ese «también» era de lo más revelador. Como ya no tenía caso negarlo, suspiró y se lo

bebió de un solo trago.

—No, en realidad. Pero supongo que no querrá que nadie sepa que la institutriz de mi sobrina estuvo bebiendo.

—¿Dije o hice algo inapropiado anoche?

Lo vio sonreír como un pícaro y comprendió que se estaba divirtiendo a su costa.

—No mucho en realidad. Más allá del abrazo —dejó caer—, solo cuando me dijo que lo ocurrido la otra noche no tenía importancia.

—¿De qué habla?

Lord Barclay no tuvo que responder porque de pronto recordó cada palabra que dijo la noche anterior. Cuando le dijo que no pensaba huir de la casa solo por un beso. cuando admitió saber por qué la había besado.

—Será mejor que no responda. Lamento las molestias causadas —se puso de pie a prisa e hizo una reverencia para retirase y entonces recordó algo importante—. ¿Cómo… cómo llegué a mi habitación?

—¿No lo recuerda?

Su ceja alzada y la sonrisa que apenas podía disimular la hicieron retroceder y no esperar más respuestas.

Fue a la habitación de Hope a preparar su ropa y esperar que despertara, pero a mitad del camino, otro recuerdo llegó a ella. Le sirvió whisky y lo estaba viendo con una sonrisa. Parecía pensativo y ella tenía mucho sueño, pero su perfil izquierdo le pareció demasiado bello para cerrar los ojos.

En el estado en el que estaba, casi podía asegurar que era imposible que se pusiera en pie por su cuenta, entonces…

Se cubrió el rostro con las manos y ahogó un grito. Solo podría haber llegado a su habitación si él la llevara. ¿A eso se refería con el abrazo? ¿Se le lanzó encima?

—No volveré a beber ni siquiera vino de consagrar—bufó.

***

—¡Déjame ir, Violet!

Hope hacía un puchero tan adorable que negarse le costó, pero era por su bien. O por el de ambas.

Una de las condiciones que su tío le puso a Hope para que Manchas se quedara en la casa y en el futuro durmiera en su habitación era que no podía saltarse las lecciones. Violet estaba encargada de supervisar que fuera así, de no ceder a *lo hacemos otro día* y a avanzar tanto como les fuera posible.

—Aún no terminamos la lección.

—¡*Porfiiii*! —juntó las manos en un ruego.

—No. Tenemos que terminar o no irás a jugar —Manchas se sentó y ladró dos veces—. Incluso él sabe que debemos terminar con esto

antes de ir al jardín.

—Ya.

—Ya.

Hope cuadró los hombros, tomó el libro y se aclaró la garganta:

—Estación de las nieblas y fecundas sazones,
colaboradora íntima de un sol que ya madura,
conspi…

—Conspirando —corrigió Violet.

—*Conspirando* con él cómo llenar de fruto
y bendecir las viñas que corren por las *barbas*

—Bardas.

—Bardas —retomó Hope con un suspiro—
encorvar con manzanas los árboles del huerto
y colmar todo fruto de madurez profunda;
la calabaza hinchas y engordas *ballenas*

—Avellanas.

—*Avellanas* con un dulce interior; haces brotar tardías
y numerosas flores hasta que las abejas
los días calurosos creen interminables
pues rebosa el estío de sus celdas viscosas.

—Repite conmigo: cons-pi-ran-do.

—Cons-pi-ran-do.

—Conspirando.

—Conspirando. Conspirando. Conspirando. Conspirando.

—¿A qué conspirais?

Violet dio un respingo.

—Es una palabra que le cuesta pronunciar a Hope —le explicó—. Ha llegado temprano.

—Las reuniones en la Cámara terminaron antes de lo previsto. ¿Cómo vais?

Se sentó en el sofá libre, con la pierna cruzada y les hizo una señal para que siguieran con lo suyo.

—A-ve-lla-nas.

—A-ve-lla-nas.

—Avellanas.

—Avellanas. Avellanas. *Avellenas.* Avellanas.

—Continúa.

No necesitó especificar nada, y tampoco decirle qué hacer. Hope comprendió que era el momento para darle una sorpresa a su tío, así que cuadró los hombros y se aclaró la garganta antes de girarse hacia él con el libro de la mano y empezar a leer:

—¿Quién no te ha visto en medio de tus bienes?
Quienera que te busque ha de encontrarte
sentada con descuido en un granero

aventado el cabello dulcemente,
o en surco no segado sumida en hondo sueño
conspirando amapolas, mientras tu hoz respeta
la próxima gavilla de entrelazadas flores;
o te mantienes firme como una es-espigadora
cargada la cabeza al cruzar un arroyo,
o al lado de un lagar con paciente mirada
ves *resumir* la última sidra hora tras hora.

Lord Barclay estaba muy quieto en su asiento, alternando miradas entre una orgullosa Hope y ella, que asistía al momento con el corazón enternecido.

Cuando llegó a Barclay House meses atrás, Hope se negaba a aprender las letras, no digamos aprender otras cosas, pero a base de esfuerzo y paciencia, Violet consiguió que memorizara las letras, que aprendiera a escribirlas y que los libros le llamaran la atención. Aún le costaba leer, confundía las palabras y hablaba despacio, pero dueña de una resolución que nunca había visto en una niña tan pequeña, Hope estaba aprendiendo en tiempo record a conectar palabras y frases.

Y su tío no lo sabía.

Hope quería sorprenderlo, y por la mirada confundida de él, estaba claro que lo consiguió.

—¿Acaba de leer la estrofa de un poema de Keats? —preguntó al cabo de un rato— ¿o lo estoy soñando?

—Acaba de leer un fragmento de un poema de Keats —confirmó y después se dirigió a la niña— o más o menos. Se dice «rezumar».

—Acaba de leer —repitió—. ¿Desde cuándo lee?

—Desde esta mañana —anunció Hope con orgullo.

—¿Aprendió a leer hoy y ya lee así de fluido? —preguntó con la voz ahogada.

Violet asintió, pues, aunque el ritmo de lectura de Hope podía ser muchas cosas, pero fluido no, entendía lo que estaba diciendo.

—¡Sabes leer! —exclamó en voz muy alta—, ¡mi pequeña Hope ya sabe leer!

Hope empezó a reír mientras él la tomaba en brazos y daba vueltas con ella.

Mientras los veía tan felices, riendo y con esa conexión tan difícil, le fue imposible no admirar lo que tenían: era el único padre que la niña tenía e iba a conocer, pero más que una obligación moral, la adoraba con locura, y Hope lo quería tanto que se había esforzado por complacerlo. Quizás ese era su mayor atractivo: ser un padre ejemplar,

Dejó a en el suelo, que sin dejar de reír y tambaleándose, se le acercó a Manchas, que ladró dos veces. Lord Barclay aún eufórico, se acercó a ella y la fundió en un abrazo tan fuerte, tan profundo y cálido

que Violet solo pudo dejarse llevar y enterrar el rostro en su pecho. El único lugar en el que se había sentido segura de verdad en veinte años.

—Gracias —susurró él.

Capítulo 14

Si no hubiera estado tan impaciente y tan intrigado, William habría abandonado la oficina de su abogado en el corazón de Fleet Street durante los primeros cinco minutos de tardanza. No estaba acostumbrado a que alguien lo hiciera esperar, y definitivamente ese no era su fuerte.

Sin embargo, la misiva que Whitman le hizo llegar esa mañana era bastante clara: tenía noticias importantes para darle, y William necesitaba buenas noticias para poder respirar tranquilo.

—Lamento la demora —escuchó que este le decía justo cuando revisaba en el reloj que estaba allí desde hacía media hora—. El magistrado me mandó a llamar a la oficina de un colega y... En fin, te tengo noticias.

Cerró la puerta, guardó unos documentos en un mueble y tomó otros tantos antes de sentarse frente a él. Llevaba las mangas de la camisa dobladas hasta los codos y solo un chaleco.

Connor Whitman era quizás la única persona en todo el reino al que le importaba tan poco su apariencia como para no arreglarse un poco antes de recibir a un cliente. Justo por eso a William le agradaba tanto.

—No lo lamentas en lo absoluto.

—Es verdad. Pero te tengo tan buenas noticias que mi tardanza te tendrá sin cuidado.

—¿Buenas noticias?

—Sí. Las mejores, diría yo.

—¿De qué se trata?

Whitman abrió uno de los folios que llevaba y se lo extendió.

—Hablé con algunas personas, moví mis hilos aquí y allá —le restó importancia— y he conseguido en tiempo récord que a los Finlay se les niegue la custodia. Están arruinados.

Leyó las hojas. Se trataba de un detallado informe sobre los Finlay. Incluía un informe sobre sus actividades económicas de la familia. No tuvo que pasar de la primera página para darse cuenta de que en efecto, estaban en la ruina absoluta.

—Ahora Finlay es adicto a las apuestas. Han perdido tanto dinero en el último año que incluso conservar la casa es un milagro.

—Así que yo tenía razón y querían a Hope por su dinero.

—Así es. La idea de quedarse con la custodia de la niña en lugar de que lo hicieras tú por estar soltero, entre otros, llegó tan lejos por el apoyo de algunas personas importantes que le debían favores al viejo de cuando fue juez de los Tribunales del Old Bailey, pero al parecer, eso se ha acabado. No sé qué hizo el viejo, pero nadie quiere ni

escuchar su nombre.

—Así que la idea de que se puedan quedar con Hope está descartada.

—Es imposible. Ya un magistrado firmó esto —Le entregó uno de los documentos que llevaba cuando entró—. Con esto, los Finlay no volverán siquiera a pensar en Hope.

Se trataba de un escrito simple: se les negaba la posibilidad de ser los tutores legales de Hope por el estado de las arcas de la familia, y se especificaba que la niña estaría a su cargo hasta que le fuera entregada a un esposo.

—¿Eso es todo?

—Es todo. Ni siquiera tendrás que pasar por el altar para quedarte con tu sobrina —cabeceó—. Se ha resuelto bastante fácil.

—Te tardaste demasiado para que digas que fue «fácil».

—Tengo más cosas que hacer que ocuparme de ti —rio, señalando la puerta—, ya puedes largarte Barclay.

—¿Los Finlay lo saben?

—Aún no, pero creo que esta misma tarde el magistrado en persona les dará la noticia. Creo que por ese pequeño placer fue que aceleró el proceso —se encogió de hombros—. No digas nada hasta dentro de una semana, no querrás arruinarles la sorpresa.

William cedió al pedido de su antiguo compañero de Eton y se marchó, no sin antes decirle que esa misma tarde le haría llegar sus honorarios.

—Ya lárgate.

William regresó a casa a la hora de la siesta de Hope. Tanto ella como el perro estaban en la habitación, dormidos. A Violet, sin embargo, la encontró en el solárium, tranquila y con un libro en la mano.

Con la escasa luz de ese día bañando sus finos rasgos, la encontró preciosa.

—¿Lord Barclay?

—Violet —cabeceó—. Hope está dormida, ¿no?

—Sí. Es la hora de la siesta. Me costó horrores arrancarle el libro de las manos —suspiró—. ¿Va todo bien?

No pudo resistirse más y terminó de entrar a la habitación y se sentó a su lado, a una distancia tan ínfima que le llegó el discreto olor de su perfume. Desde el abrazo de aquel día, cuando supo que su sobrina ya sabía leer, no se lo había podido sacar de la cabeza.

—Más que bien —confesó—, hoy me han dado una magnífica noticia.

—Para ser tan buena, parece bastante tenso.

—La familia paterna de Hope, los Finlay, estaban dispuestos a todo por quitármela —confesó—. La solución más factible era el

matrimonio. Querían quedarse con ella para acceder a su dote y al dinero que mi cuñado y mi hermana dejaron para ella.

—¿Pueden llevársela? —se alarmó.

—*Podían* —corrigió—. Ya no. Hoy me dieron esa magnífica noticia, los Finlay no podrán acercársele a Hope. No me la pueden quitar.

—¿De verdad no se la van a llevar?

—Es oficial. Mi abogado se encargó de todo. Me quita un gran peso de encima.

—Felicidades. Esa sí es una buena noticia.

Violet dejó de lado el libro y le pasó los brazos por la espalda en un abrazo torpe que lo hizo sonreír.

Se puso de pie y tiró de ella para arreglarlo. La pegó a él y hundió la cabeza en su cuello, tranquilizándose de inmediato, pero solo por un momento, por su cercanía. Ella apretó los brazos en su espalda y suspiró.

Fue ese suspiro el que lo hizo perder la cabeza y buscar su mirada verde.

Estaban tan cerca el uno del otro que podía ver las dos pequeñas pecas en la punta de su nariz, que tenía una ceja un poco más larga que la otra, y el lunar claro cerca de su ojo izquierdo. Tenía un rostro precioso. Toda ella lo era.

Violet entreabrió la boca y pudo sentir de ella un anhelo que le traspasaba la piel, y tan similar al deseo que a él le nacía de las entrañas con tanta fuerza, que antes de que pudiera pensar en todo lo que podría salir mal, bajó una mano a su cintura y la otra a su nuca y le rozó los labios.

Ese beso no se parecía al de aquella noche. No estaba cargado de la urgencia casi animal con la que saqueó su boca, al contrario, sintió que le nació de muy dentro y que aunque era una necesidad, más que absorber todo de ella, quería que ella también le devolviera el beso.

Violet no lo decepcionó, y con un poco de timidez, empezó a mover la lengua para participar. William la alzó por la cintura, la pegó a la pared más cercana y le levantó los brazos con una mano. Al principio pareció desorientada, pero no tardó en vibrar en la misma sintonía y moverse contra él, como necesitando más.

Abandonó su boca, odiando no por primera vez, sus vestidos de institutriz, que cubrían cada porción de piel que a él le habría gustado probar, como ese delicioso cuello que solo había visto una vez, y que aún así besó por encima de la tela.

Estaba tan absorto en su exploración, en ese deseo irrefrenable de fundirse con ella, por la hipnótica visión de algunos rayos de sol sobre su rostro brillante, mareado por sus propias emociones y por el delicioso perfume de flores silvestres que manaba de su piel caliente, que para cuando se dio cuenta de que no estaban solos, fue demasiado

tarde.

Cuando el dolor en su pierna se hizo insoportable, la soltó y retrocedió.

Tenía los dientes de Manchas clavados en la pantorrilla y no había manera en que lo soltara. No traspasaban la tela, pues eran diminutos, pero dolían como el infierno.

Violet demoró un poco más en abandonar la nube de calor en la que estaba envuelta, y cuando lo hizo, se apresuró a tomar al animal, que lo soltó en cuanto sintió su contacto.

—¿Está bien?

—Ese endemoniado animal —gruñó, conteniendo un improperio.

Capítulo 15

Cuando Violet estaba al cuidado del hospicio en el que creció, había un perro, y solía atacar cuando ella o algunas de las niñas que cuidaban de él se sentían en peligro o eran atacadas. A Manchas le había ocurrido algo similar hacía unos días.

Esa era la respuesta más lógica que se le había ocurrido tras el incidente en el que atacó al conde. Y en cierta manera, así era. Violet estaba en peligro en ese momento, pero no la clase de riesgo que existe porque le puedan ocasionar daño, el de esa tarde era distinto. Podía haber cometido una tontería mayor que besuquearse con el conde, podía haber perdido la cabeza por completo, así que en cierta manera, Manchas la había salvado. Salvado de sí misma.

—Eres un buen cachorro —susurró, acariciándole el lomo—, ¿a que sí lo eres?

—¡Terminé! —anunció Hope, levantando por todo lo alto la hoja en la que estaba escribiendo los números del uno al cien—. ¡Revisa, revisa, revisa!

Bajó a Manchas, que se sentó a su lado, bien portado, mientras Violet revisaba la tarea de Hope. Solo si estaba bien hecha podrían ponerse a jugar en el jardín.

—Podéis jugar.

Hope saltó de su asiento y rodeó la mesa para hacerle mimos al animal.

Tomó una rama de madera y se la lanzó a Manchas, y de inmediato inició una carrera por todo el jardín. Hope lo lanzaba tan lejos como podía y él iba a por la rama y se la regresaba. Era un juego muy sencillo que los mantenía entretenidos a cambios, y para. cuando llegaba la hora de dormir, estaban tan cansados que no daban problemas.

—¿Quieres algo de beber?

—Una limonada —gritó.

—No hagáis ninguna travesura —pidió—, ahorita regreso.

—¿Necesita algo, señorita Dickinson?

—Una limonada para Hope.

—Pudo tocar la campana y pedirla, no necesitaba venir —respondió la cocinera con amabilidad—. ¿Puedo saber cómo van las clases de la señorita Hope?

—Por supuesto. Ya aprendió a leer, aún necesita mucha práctica, pero lo solucionaremos pronto.

—Se la ve muy contenta a la niña desde que llegó de Dover con usted. Se ve que la aprecia mucho.

—Es una niña encantadora. A veces es complicada, pero una vez te

ganas su respeto, las cosas son más sencillas.

—Ay sí, en eso tiene razón. Nunca la había visto tan bien portada, tan educada, tan amable. Y a milord tan tranquilo. Se ve que sabe que su sobrina está en buenas manos con usted.

—Procuro hacer mi trabajo lo mejor posible —convino—, y a Hope la aprecio muchísimo.

—¡Ay, señorita! —gritó una doncella desde la entrada de la cocina —, ¡qué bueno que la encuentro!

—¿Ocurre algo, Lis?

Antes de que la doncella respondiera, los ladridos de Manchas la pusieron alerta. No esperó a que le respondiera y regresó corriendo al jardín.

—¡Salga ahora mismo! ¡Usted no tiene permiso de estar aquí!

—Quítate ya, criada estúpida. No intervengas, yo solo vine por mi nieta.

—No se le acerque.

Un hombre mayor, corpulento, acompañado de otros tres hombres y una mujer mayor, también muy elegante, forcejeaban con algunos empleados.

Ese mismo hombre empujó a la joven y tomó a Hope del brazo, y fue entonces cuando Manchas empezó a ladrar y se le lanzó encima. Fue en ese momento cuando Violet llegó y observó la escena. Los hombres ya habían reducido a los empleados que se oponían.

—¡No, suélteme!

—Vas a venir conmigo, niña. Soy tu abuelo, es tu obligación estar con nosotros.

—¡No! ¡Yo quiero quedarme con mi tío Will!

—Te he dicho que vengas.

A pesar de Manchas, la levantó del suelo y se la echó al hombro.

—Manda a llamar a milord. Debe estar en la Cámara de los Lores. Que le digan que quieren llevarse a Hope, yo intentaré evitarlo —la apremió.

Lis salió corriendo por la salida de servicio y Violet tomó la tabla de madera en la que le estaba enseñando a Hope y se lanzó a golpearlo con todas sus fuerzas.

—¡Suéltela ya mismo!

—¡Violet!

Hope apenas podía hablar, y se revolvía en la espalda de ese hombre tanto como podía.

—Si dejáis que nos la llevemos por las buenas, no os pasará nada.

—No se la va a llevar —siseó, golpeándole el brazo con la tabla, antes de que uno de los hombres que había doblegado a los empleados la inmovilizara—. Cobardes, ¡soltadla!

—Es mi nieta —aclaró el anciano—, y me la voy a llevar. Ninguno

de vosotros va a impedirlo. Decidle a Barclay que yo soy quien decide.

Se sacudió a Manchas de la pierna con un movimiento y se giró para marcharse.

Violet sentía el corazón latiéndole en la garganta. Ese hombre era el abuelo de Hope, el señor Finlay, y si salía de allí con ella, intuía que no volvería a verla. No podía permitir que Hope estuviera sola.

—Puedo irme con usted si me paga bien —ofreció—. Hope es una niña muy revoltosa, pero yo sé mantenerla controlada.

—¿Por dinero?

—Por dinero es que trabajo —se aventuró—, pero las exigencias del conde son insoportables y por más problemas que dé la cría, no deja que se le aplique un correctivo. no puedo ayudarla.

Hope no dejaba de golpearle el hombro y moverse, tampoco de gritar, y eso le crispaba los nervios a cualquiera.

—Suéltala —le ordenó al hombre— y vigílala. Nos vamos.

—Puedo llevarla yo para que no moleste —respondió, dando un paso al frente.

Se la puso en brazos y dejó de llorar.

—Tranquila, pequeña —susurró—. solo hazme caso y todo estará bien

—No me quiero ir con mi abuelo. Él nunca me ha querido.

Empezó a caminar tan despacio como pudo. Solo deseaba que Lis le diera la noticia a William tan pronto como le fuera posible.

—Cuando llame a Manchas, quiero que corras lo más rápido que puedas y te escondas en tu lugar secreto.

—¿Cómo sabes de ese lugar? —preguntó bajito.

—Escóndete allí y no salgas pase lo que pase. William está en camino.

Tenía a Hope tan aferrada a su pecho que nadie las escuchó. Violet dudaba que su plan fuera efectivo, pero necesitaba ganar tanto tiempo como pudiera, y confiar en que, en efecto, William llegaría a tiempo.

Echó un vistazo a su alrededor y se sorprendió al ver que las doncellas estaban en una esquina, sin molestar o parpadear —a excepción de Josephine, la joven que intentó defender a Hope—, y los hombres estaban en el suelo muy malheridos eran solo el lacayo que abría la reja, el ayuda de cámara de milord y el lacayo de las caballerizas. Hodges el mayordomo era tan viejo que ni siquiera pudo intentar ayudar.

Manchas, malherido, los seguía de cerca.

—La voy a bajar porque pesa —le explicó al hombre detrás de ella —. Ya está calmada.

La bajó con cuidado y la tomó de la mano. Hope se la apretó con fuerza y se secó los ojos con la otra mano, fue entonces cuando Violet

gritó:

—¡Manchas!

El perro empezó a ladrar y se abalanzó sobre el hombre que la vigilaba, mientras Violet soltaba a Hopo y esta echaba a correr a la casa, por la entrada de servicio y sin mirar atrás.

—¡Corred tras ella!

Violet se hizo a un lado, porque sabía que bloquearles el paso no serviría de nada, y antes de que el abuelo de Hope pudiera reaccionar, ya se había levantado la falda, dado un pisotón al hombre al que Manchas aún intentaba morder, y salido corriendo en la dirección opuesta a Hope.

La alcanzarían en un segundo, lo sabía. No era buena corriendo y definitivamente el vestido n o ayudaba, pero si podía ganar un solo minuto para que Hope se pusiera a salvo, habría valido la pena.

Sin embargo, las doncellas le bloquearon el camino a los dos hombres que iban tras ella y pudo entrar a la casa por la puerta del solárium.

Le había dicho a Hope que corriera a su lugar secreto porque sabía que tenía uno, pero no dónde, así que corrió hasta el despacho y se escondió bajo el escritorio, rezando para que todo acabara pronto.

Capítulo 16

Para cuando su secretario le hizo llegar una nota en la que le decía que había una emergencia, el receso para la comida estaba por empezar.

No le tomó ni medio minuto comprender que lo necesitaban en Barclay House, así que dejó la orden de que buscaran al Inspector de la policía de Scotland Yard y que avisara que no regresaría a la reunión.

En cuanto puso un pie fuera del palacio de Westminster, su carruaje ya lo esperaba. Ayudó a Lis a subir y arrancaron a toda prisa.

—¿Dices que unos hombres entraron por la fuerza a Barclay House y querían llevarse Hope? —repitió, pasmado.

—Sí. La señorita Dickinson m-me pidió que viniera por usted, que ella se haría cargo hasta que lleguemos.

Su preocupación aumentó el doble al escuchar aquello. No necesitaba más información que saber que querían a su sobrina para entender que se trataba de los Finlay, que al no obtener su custodia por las buenas, estaban actuando al margen de la ley. El viejo debía estar más que desesperado para arriesgarse de esa manera y a plena luz del día.

Y Violet debía estar loca para decidir actuar. ¿Qué tal si la herían a ella?

Cuando el carruaje se detuvo frente Barclay House, uno con el emblema de Scotland Yard estaba frente a la reja.

Algunos curiosos se amotinaban frente a ella, pero algunos policías lo dejaron pasar en cuanto lo reconocieron.

—Llegasteis antes que yo —le dijo al inspector.

—¿Nos mandó a llamar? Vinimos porque alguien nos informó de actividades sospechosas y hombres armados aquí.

William cerró los ojos. Eso era un maldito caos.

—¿Mi sobrina?

—No hemos encontrado a la niña aún. No sabemos si…

—L-lord B-barclay.

Reconoció la voz de Hodges, su mayordomo, y se apartó para hablar con él.

—¿Qué ocurrió? ¿Dónde está Hope? ¿Violet? ¿Se la llevaron?

Si usar el nombre de pila de la muchacha significó algo para el anciano, no lo demostró.

—Unos hombres armados entraron por la niña Hope, pero la señorita Dickinson lo evitó.

—¿La hirieron? —preguntó, alarmado.

—No lo creo.

—¿Se la llevaron?

—No. La niña Hope corrió a la casa por la puerta de servicio y la señorita Dickinson por el solárium. Entraron a buscarlas, pero no pudieron dar con ellas porque llegó la policía y huyeron. Aún están escondidas.

No necesitó que le dijera nada más para adentrarse en la casa. Los policías no habían traspasado el umbral y no sabían nada de ellas, pero no se le ocurría dónde podían estar.

Entró a cada habitación de la planta baja desde el área de servicio y las llamó a ambas. No sabía si estaban juntas o no, pero tenía que dar con ellas cuanto antes. Hope lo necesitaba.

Cuando ya solo quedaban la biblioteca, su despacho y una de las salas de estar, escuchó un ruido proveniente del recibidor. Abrió la puerta de los abrigos, pero antes de que la cerrara de nuevo, Manchas entró por la puerta principal y empezó a ladrar para después meterse entre los abrigos.

William escuchó un quejido y eso le bastó para lanzar la ropa al corredor. Dentro de una caja de madera, estaba Hope acurrucada y con los ojos cerrados. Temblaba como un pájaro mojado y verla así le partió el corazón.

—Hope, nena —susurró—. Ya estoy aquí.

Hope continuó sin moverse, así que él terminó por acuclillarse y sacarla de allí con mucho cuidado. La pegó a su pecho y buscó una sala para sentarse con ella en brazos hasta que se tranquilizara.

Su pequeña y dulce Hope.

—¿Dónde está Violet? —preguntó al cabo de un rato, sin moverse —. ¿Le hicieron algo malo? Me dijo que corriera y te esperara, pero…

—Ella está bien —murmuró—. También se escondió.

—Manchas —susurró de nuevo—. Intentó protegerse, ¿le pasó algo malo?

—Manchas está bien. Está aquí, sentado, esperando a que estés mejor.

Hope movió la cabeza hasta que sus ojos se toparon con el animal.

—Ve a buscarla —gritó—, ve por Violet.

Manchas ladró y corrió a obedecer. William no pudo contener el impulso de seguirlo, así que sostuvo con fuerza a su sobrina y siguió los ladridos del animal hasta la biblioteca, y esos mismos ladridos la hicieron salir.

Pálida, temblando y con una película de sudor en la frente, pero en una sola pieza.

Sin soltarla a su sobrina, corrió hasta ella.

—¿Violet? ¿Estás bien?

Primero lo vio a él y después a Hope, a la que llevaba en brazos, y se acercó a ella.

—¿Mi niña? —le tomó el rostro entre las manos—. ¿Te escondiste bien?

—¡Violet! —chilló Hope, lanzándose a sus brazos.

A Violet la tuvo que sostener, porque apenas se podía mantener en pie, y sin pensarlo dos veces, las fundió en un abrazo.

***

—¿Me estás diciendo que no tienes idea de dónde está ese infeliz? —gruñó.

—*Shhhh*. Está dormida, haced el favor de hablar más bajo.

William cerró los ojos para calmarse.

No hacía ni dos horas que la policía se había retirado por completo de la propiedad y el inspector en persona le hubiese dicho que él personalmente se encargaría de darle seguimiento al caso, y que podía dormir tranquilo. Pero William no lo estaba.

De hecho, lo único en lo que pensaba era en ponerle la mano encima a Finlay, y si no había salido aún en su búsqueda era por ellas. Las dos personas en el sofá que lo necesitaban allí más que nunca.

Hope tenía miedo de quedarse sola, y Violet no podía quitarle los ojos de encima, y él no estaba tranquilo si no las tenía cerca.

Por eso estaba allí Connor Whitman, su asistente y otro hombre que al parecer trabajaba con él.

—Hanks ha intentado rastrearlo, pero al menos en la ciudad, el viejo no está.

El tal Hanks asintió, sin despegar los ojos de Violet. ¿Por qué la veía tanto?

—¿Qué haremos entonces?

—De momento, Hanks ha traído hombre para que vigilen la casa, aunque dudo que se vuelva a acercar, y aunque sé que la temporada está por terminar, hazme el favor de no regresar aún a Dover.

—¿Lo enviaréis a prisión cuando lo encontréis? —preguntó Violet.

—Por mucho que Barclay quiera, no puede perder de vista que es abuelo de la niña, y algo como eso la hundirá socialmente.

—¿Lo dejarán libre?

—Tampoco. Usted, señorita Dickinson, déjenoslo todo a nosotros.

Violet se acurrucó con Hope pegada a un costado y Whitman y los suyos continuaron con su exposición de los hechos.

Al parecer, era la medida más desesperada a la que Finlay pudo haber llegado, pues las deudas estaban carcomiendo el poco patrimonio que le quedaba. William no quería saber nada de él, y odiaba la idea de dejarlo libre, pero no perdía de vista que eso no era lo mejor para Hope ni por asomo, así que sí quería que las cosas fueran a mejor, su única opción era negociar.

Estaba tan ensimismado, que de no haber sido por el balbuceo

incoherente de Hope, no se habría dado cuenta de que el tal detective Hanks se acercaba al sofá y le entregaba a Violet algo parecido a una carta. Y ella la aceptaba.

Trató de serenarse y esperar a que se fueran todos para hablar con ella.

—Te mantendremos al tanto, Barclay —se despidió el abogado—. Buenas noches, señorita Dickinson.

Los tres hombres se marcharon y William se sentó en la mesa de madera frente a ella.

—¿Cómo estás?

—Asustada —cerró los ojos—. Me preocupa que Hope no lo pueda superar. Una experiencia como esa te cambia la vida.

—A mí también me preocupa Hope, pero no solo ella —extendió una mano y se la besó—. ¿De verdad no te lastimaron?

—Me asusté mucho. Creí que se la llevaría y no la volvería a ver. Si algo le pasa —echó un vistazo a la niña— no podía soportarlo.

Se dio cuenta de que le ocurría lo mismo, pero no solo con Hope. Violet le importaba demasiado como para fingir lo contrario.

—Tampoco quiero que te pase nada a ti.

Hizo un puchero gracioso y cerró los ojos. William se puso de pie y la fundió en un abrazo que se moría por darle desde hacía horas.

—Tú me importas demasiado —añadió, dejando un suave beso en sus labios, disfrutando ela sensación de tranquilidad que su sola presencia le inspiraba,

Capítulo 17

El desayuno lo habían hecho en el salón de estar de la condesa. Apenas se usaba, y era tal la conmoción en toda la casa que solo en ese sitio pudieron encontrar paz.

Hope apenas hablaba, y Violet no estaba mucho mejor. Ninguna de las dos se atrevía a asomarse a la ventana.

William, por su parte, tenía docenas de cartas sin leer. Al parecer, el rumor se esparció rápidamente por la ciudad. Por supuesto, eran tantas las versiones que había acabado por despertar la curiosidad de sus pares. Justamente por ello dio órdenes claras de no recibir visitas.

Necesitaba que Hope se tranquilizara y que Violet dejara de ver hacia los lados cada vez que escuchaba un ruido extraño. Estaban en completo silencio y esa quietud no hacía más que erizarle la piel.

En ese momento, estaban ambas tendidas en un diván, la una pegada a la otra mientras Violet le leía un cuento.

—Milord tiene correspondencia.

—Déjala en mi escritorio, Hodges. La veré cuando tenga tiempo

Hodges abrió la puerta, listo para obedecer, pero entonces rehízo el camino y le entregó una sola.

—Milord pidió que esta correspondencia le fuera entregada en mano propia.

Ni siquiera tenía que leer el remitente para saber que se trataba de lady Ava Doyle.

Querido lord Barclay:

Espero no ser impertinente con esta carta, y mucho menos entrometida, pero supe de buena fuente (el servicio lo es) que ayer hubo un incidente bastante inusual en su casa, de esos que incluyen a Scotland Yard. Espero que solo sean rumores, pero si no lo son, espero que no se trate de algo grave.

Pd: ¿cómo está su sobrina?

Sinceramente suya

Ava Doyle

Tomó papel y tinta y se ubicó en el escritorio de la condesa para responder.

Querida lady Ava:

No conozco todos los rumores que circulan, pero al menos la parte de Scotland Yard, es verdad. Agradezco su preocupación por nosotros, y dentro de todo lo terrible, estamos bien. Hope aún está inquieta, pero confío en que podrá superarlo con el tiempo.

W. Crowe

Omitió la parte de «sinceramente suyo» porque siempre le pareció innecesaria en la correspondencia.

Quince minutos después, Hodges le entregaba otra carta.

Querido lord Barclay:

Lamento mucho que no sean solo rumores. Por fortuna, su sobrina está bien. Supe que usted no estaba en la mansión a esa hora, de igual manera quisiera saber si se encuentra bien. Si necesita algo, cualquier cosa, y cree que está dentro de mis posibilidades, no dude

en hacérmelo saber.

Sinceramente suya

Ava Doyle

Mientras una idea se le formaba en la cabeza, dobló la carta en el bolsillo y se acercó a ellas.

—¿Estáis cómodas aquí en la casa u os gustaría salir un poco?

—Estamos bien —respondieron al unísono—. En el parque hay demasiadas personas y…

—No sería el parque sino algo más discreto. Sin tanta gente.

Hope se incorporó de golpe, entusiasmada.

—¿Regresaremos a Dover?

—No. No aún.

Con un suspiro, volvió a acurrucarse contra el costado de Violet, y esta le hizo una señal afirmativa.

Querida lady Ava:

Yo estoy muy bien. En efecto, no estaba en casa cuando ocurrió todo esto. Sin embargo, las preocupaciones no merman. Creo que sí hay algo que podría hacer por mí. ¿Recuerda que le prometí a su hermano que le presentaría al cachorro? Hope está aburrida, y pensé que podría ser hoy. Si tiene tiempo de recibir visitas, por su puesto.

William Crowe

Entregó la carta y una hora después anunciaba que debía prepararse para partir.

—Y alistad también a Manchas.

Capítulo 18

Conforme fueron avanzando por el área residencial de Belgravia, la incomodidad que le empezó en la boca del estómago apenas puso un pie fuera de la casa, incrementó.

Empezaba a hacerse una idea de a dónde se dirigían y no le gustaba un ápice.

¿De verdad era necesario llevarlas a convivir con su futura esposa antes de la boda? Había esperado a que al menos se anunciara el compromiso para empezar a lidiar con esa misteriosa mujer.

¿Cómo sería? Bonita, eso sin dudas, y tal vez un poco amable, pues a fin de cuentas él debía estar seguro de que querría a Hope.

La propiedad era una mansión aún más grande que Barclay House, y también más sofisticada. Desde el porche quedaba en evidencia la fastuosidad de la casa, y en efecto, se trataba de una vivienda increíblemente elegante.

Una doncella los hizo pasar a los cuatro a una sala de visitas con vistas a un jardín francés.

—Milady vendrá en unos momentos.

Diez minutos después, una joven rubia y muy elegante entraba.

—Lady Ava.

—Buenos días. ¿Ya os trajeron algo de beber?

—Sí.

Se sentó frente a ellos y Violet solo pudo guardar silencio ante tanta perfección. Tenía modales impecables, una prolija cabellera rubia, ojos verdes y un rostro que combinaba la sofisticación y la inocencia de una gran dama.

—Usted debe de ser la señorita Dickinson.

—Para servirle, milady —Hizo una reverencia.

—Es muy bonita —comentó ella—. No sé por qué imaginaba a alguien de la edad de la señora McTavish. Hope, ¿quieres ir al jardín a jugar con Manchas?

A Hope se le dibujó una media sonrisa, que se le borró casi de inmediato.

—No, gracias.

—Es una pena —chasqueó la lengua—. A mi hermano Christian le habría encantado conocerte y jugar contigo y con Manchas.

—¿Milady tiene un hermano?

—De nueve años.

Hope se le quedó viendo a Violet como si ella pudiera tomar la decisión correcta, y decidió darle el empujón que necesitaba y asintió.

—Yo me quedaré con vosotros en el jardín —se ofreció.

Deseaba tanto alejarse de ambos que esa oportunidad fue como

caída del cielo. Le pareció que era una joven encantadora, tenía una mirada amable.

—Espléndido. Amy, dile a mi hermano que lord Barclay está aquí con su sobrina y el cachorro del que le habló.

Una doncella salió corriendo y regresó en compañía de un niño de cabello oscuro y ojos verdes.

Violet no habría sabido describir cómo, con un cruce de miradas, nació una simpatía y una comodidad que se sintió tan natural para con él, y él pareció sentir lo mismo, porque le sonrió.

—¿Tú eres Manchas? —se dirigió al cachorro—. Yo soy Chris.

—Y yo Hope —se presentó la niña.

Con una reverencia se despidió de los adultos y salió al jardín, a respirar aire.

—Aquí estamos seguras —le susurró a Hope cuando la vio paralizada en un escalón.

Hope le dio un apretón de manos y después se unió a Chris, que intentaba jugar con Manchas. Una doncella le indicó que podía sentarse en una silla de jardín y mientras caminaba, metió las manos en los bolsillos de la falda.

Tocó el sobre que el detective Hanks le entregó la noche anterior y casi sintió náuseas. Él había sido claro, allí estaba la pista más importante para darle respuesta a las preguntas que la habían atormentado por veinte años. Toda una vida queriendo obtenerlas, y ahora no tenía el valor para enfrentarse a ello.

Hanks no fue claro al respecto sobre el contenido, pero sí le dijo que la pista más importante estaba escrita allí. ¿Se trataría de una dirección?

***

—El tocador está por allá —señaló la doncella—, siga al final del corredor y lo encontrará.

Tras meditarlo un buen rato, Violet había decidido que era el momento de abrir ese sobre y enfrentarse a lo que fuera que hubiera en él. No era una cobarde, y no había llegado tan lejos para perder el valor ahora.

Siguió el camino que la doncella le indicó, pero no había cruzado ni la mitad del corredor cuando tropezó con un hombre mayor.

—Lo lamento —se disculpó, apresurada—. No me fijé.

—No se disculpe —respondió él—, ¿a dónde va?

—Al tocador —Lo vio recostarse en la pared, como si estuviera cansado y se le acercó—. ¿Está usted bien? ¿Puedo ayudarlo en algo?

—Vengo de la segunda planta —le explicó—, y estoy un poco cansado. ¿Puedes ayudarme a llegar a alguna de las salas?

Le ofreció su brazo para guiarlo, mientras lo veía apoyarse con el

bastón.

Con una bata de seda oscura anudada a la cintura y la barba de un par de días, parecía un hombre exhausto. Daba la impresión de haber sido un hombre imponente en otros tiempos. No podía asegurarlo, pero intuía rasgos atractivos y una mirada llena de nostalgia.

—En esta está bien, muchacha.

Violet le abrió la puerta y lo llevó al sofá más cómodo. Se trataba de una habitación de paredes verdes y muebles blancos. Había una chimenea y muchas flores.

—¿Necesita algo?

—Tengo frío, ¿crees que puedas encender la chimenea? O llama a Swift y dile que lo haga, pero que no se lo informe a Ava.

¡Él debía ser el conde de Glassman! Lo observó de reojo y encontró mucho parecido con ella y el pequeño Chris. La forma de la nariz y de las cejas.

Encendió la chimenea, cerró las ventanas y buscó una frazada, con la que lo ayudó a cubrirse las piernas. Parecía estar exhausto. Estaba enfermo, del corazón, según recordaba haber escuchado.

—¿Puedo hacer algo más por usted? ¿Quiere algo de beber?

El conde tenía la mirada fija en el fuego.

—No, muchacha, regresa a tus… —se le quedó viendo—. Tú no eres del servicio. ¿Quién eres?

—Violet Dickinson —Hizo una referencia—, trabajo para el conde de Barclay, él está aquí ahora mismo.

—El conde de Barclay, el conde de Barclay… ¿William Crowe?

—Así es.

—Vaya. Hace mucho que no escuchaba su nombre. ¿Por qué vienes con él? ¿Para qué quiere una doncella?

—No soy doncella, soy institutriz. La institutriz de su sobrina.

—¡Ah, la pequeña que tuvo su hermana con ese joven… ¿Finlay? Disculpe si no estoy muy al tanto de lo que se dice en los corrillos de esta ciudad. Llevo mucho tiempo enfermo.

—Sí, Hope Finlay.

—Recuerdo a la madre, a lady Rosemary. Una muchachita obcecada y preciosa.

Había tanta nostalgia impregnada en su voz que le dio la impresión de que añoraba un pasado, una vida que se le había escapado de las manos hacía mucho. Se recordó a sí misma en el hospicio hablando de sus padres, de su preciosa madre y de lo feliz que fue.

—Ya tiene siete años.

—Ah, casi de la edad de mi Christian Benjamin —sonrió—. ¿Lo conoce? Es un niño encantador.

—Sí. Está en el jardín, jugando con Hope y Manchas.

—¿Manchas?

—Es un cachorro. No tiene ni una sola mancha, pero Hope decidió llamarlo así.

—¿Chris estaba feliz?

—No dejaba de reír.

Al conde se le formó una expresión de dolor en el rostro que la puso en alerta.

—No estoy tan viejo, ¿sabe? Solo tengo un corazón demasiado débil y cansado. He estado enfermo los últimos años, y no he podido dedicarles a mis hijos el tiempo que merecían. Me habría gustado verlos crecer y cuidar de ellos, y sin embargo, ha sido Ava quien ha cumplido con ese rol casi desde que nació su hermano —negó—. Disculpe mis divagues, señorita. Cuando un hombre se enfrenta a la certeza de que morirá pronto, solo puede pensar en todas las cosas que valían la pena y no pudo hacer y disfrutar, y en las que tampoco vivirá ya.

Escondió las manos bajo la manta y con la mirada fija en el fuego, suspiró.

A Violet se le rompió el corazón verlo tan resignado. Parecía un buen hombre, y hablaba de sus hijos como le hubiera gustado que el suyo hablara de ella.

—A veces es mejor pensar en lo que sí vivimos, en lo que tenemos. Si cree… si siente que no le queda mucho tiempo, podría pasar todo el tiempo que pueda con los suyos. Puede quedarse con eso.

—Eres una niña muy sabia —le dijo.

—Ya no soy una niña

—Te ves muy joven. No debes de ser mucho mayor que Ava. ¿Veintidós años?

—Veintisiete.

La débil sonrisa que esbozaba se borró de golpe, como si hubiera recordado algo terrible.

—Tus padres deben estar orgullosos de ti.

Violet ahogó un gemido y consiguió retener las lágrimas antes de que asomaran, porque una vez saliera la primera, no podría detener las demás, lo sabía.

—Soy huérfana, en realidad. A los niños que llegamos a los hospitales de caridad sin saber quiénes son nuestros padres, a mi me dieron el apellido de uno de los benefactores más antiguos —le explicó.

—¿Es difícil?

—¿Ser benefactor? Creo que no. Solo debe hablar con el administrador o con la directora.

—Crecer en un hospicio. ¿Es… difícil?

Violet no se lo había planteado que pudiera ser de otra manera. Había asimilado que esa era su realidad y su único destino con mucha

facilidad.

—Lo es cuando tienes esperanzas de que alguien te vaya a buscar, porque pasa el tiempo y cada día en que no ocurre, es una tortura. Pero cuando no las tienes, cuando sabes que ese es tu único destino, es muy sencillo adaptarse.

—¿A cuál de los dos grupos perteneces?

—Al segundo.

El conde abrió la boca como si quisiera decir algo, pero al final guardó silencio. Era un hombre extraño. Había algo en él que le llamaba la atención, pero por mucho que quiso comprender qué era, no pudo entenderlo.

—Me ha dado gusto conocerla, señorita Dickinson. Me recordó a alguien.

Comprendió que quería estar solo y ese era el fin de la conversación. Con toda probabilidad, no lo volvería a ver, y se sintió mal por ello.

—Ha sido un gusto charlar con usted, lord Glassman.

—Lo mismo digo, Violet.

Hizo la reverencia correspondiente y se marchó al tocador.

Se sentó en la otomana que estaba cerca del espejo y sacó el sobre.

Lo revisó en todas las esquinas y cerró los ojos antes de armarse de valor.

Con una enorme caligrafía irregular, seis palabras desmoronaron todo a su alrededor.

«Su apellido de Soltera era Doyle».

Lo que significaba que el nombre de su padre era Benjamin Doyle.

Capítulo 19

No quería ni podía preguntar por qué Violet estuvo en el tocador de damas más de una hora,

Cuando regresó, se sentó de nuevo a vigilar a los niños —o más bien solo a Chris, a quien no le quitaba los ojos de encima— y de vez en cuando echaba un vistazo a donde él y lady Ava estaban.

—También la nota extraña, ¿no es así?

—¿Perdón?

—A la señorita Dickinson. Usted también nota que algo no anda bien —señaló lady Ava—, ¿no es así?

No se le ocurría una sola cosa que pudiera ocurrir en el tocador para tenerla en ese estado. ¿Se habría dado cuenta que lady Ava lo llamó por su nombre de pila?

Tenía que resolver eso cuanto antes.

—Ya que están bien vigilados de nuevo, ¿puedo hablar con usted en privado?

La dama se le quedó viendo a su hermano y asintió. La doncella que no la dejaba ni a sol ni a sombra los siguió a una distancia prudente.

Entraron a una sala diferente, mucho más pequeña y personal, y le hizo una señal para que tomara asiento a su lado.

—Amy, ¿puedes darnos un poco de privacidad? La puerta estará abierta.

Dubitativa, la doncella se quedó en el corredor, frente a la puerta.

—Tenemos que hablar de algo importante.

—Usted dirá.

Se mesó el cabello, sabiendo que no había una manera elegante o correcta de tratar el tema, y se decidió por ser lo más contundente posible.

—¿Qué espera de mis visitas?

—¿Perdón?

—Sí. ¿Qué espera que ocurra con mis visitas a su casa?

—De momento no espero nada. No estoy en condición de lidiar con nada que no sean médicos intentando alargar la vida a mi padre, o yo esforzándome en educar con propiedad a mi germano. ¿Por qué?

—¿No espera un cortejo formal?

Empezó a reír.

—No. Y de darse una situación así, tendría que rechazarlo tajantemente, porque no pienso casarme hasta que mi padre no esté del todo restablecido. Él y Chris son mi prioridad —aclaró—. ¿Pensaba hacerme una propuesta?

—Al contrario. Quería disculparme por hacerla perder el tiempo. Me di cuenta de que un posible cortejo y todo lo que esto conlleva no

es mi idea del futuro.

Lady Ava suspiró.

—Me da gusto saber que ninguno de los dos esperaba de estas interacciones más cosas que entretener a los niños jugando en el jardín o hacernos compañía. Es un alivio.

—¿De verdad no piensa considerar el matrimonio en un futuro cercano? —negó—. ¿Hay otra razón además de su padre?

—Me he hecho cargo de todo en esta casa desde que a mi madre se la llevaron las fiebres hace siete años. No puedo simplemente casarme e irme. Ellos me necesitan. Al menos quiero dejar a Chris en Eton College. ¿Por qué?

—Curiosidad.

—Entonces, ¿cuento con que las visitas no van a cesar en el futuro? No quisiera que si ya no me considera candidata para esposa, me eche de su vida. Desde que la enfermedad de padre se agravó, ha sido usted una de las pocas personas que han venido a darme ánimos e informarse de la situación.

—No creo que sea así. Usted era una de las damas más bellas de la ciudad. Dudo que no haya una corte de pretendientes haciendo fila en su casa para verla.

—Pues créalo. En momentos de incertidumbre como este, las amigas y los pretendientes empiezan a desaparecer hasta que no queda nada.

William se dio cuenta de que así era. Había estado en la casa varias veces y nunca había tropezado con alguien entrando o saliendo. También hacía mucho que no escuchaba su nombre en ninguno de los círculos que solía frecuentar.

—¿En qué categoría encajo yo?

—Según la mayoría, en la segunda. Según la mía, en la primera. Usted ha sido más amigo de mi familia en los últimos dos meses que toda la gente que decía apreciar a mi padre y a mí. Además, mi hermano Chris está encantado con su sobrina y el cachorro.

—Podemos acordar más visitas como esta para el futuro.

—Hope también está encantada aquí.

—¡Lord Barclay, Ava!

Dieron un respingo cuando vieron que una mujer mayor entraba a la sala.

—Señora Hilton —hizo una reverencia y le ofreció su brazo para llevarla a uno de los sillones.

—¿Por qué no hay ninguna doncella o dama de compañía en esta habitación? Es primordial para asegurar la respetabilidad y decencia de mi sobrina.

—Amy está en la puerta, con la mirada fija en ambos. Solo necesitábamos intercambiar algunas palabras con total discreción.

—La discreción es un asunto del que puedes prescindir solo cuando ya has pasado por el altar.

—Tiene razón, mi señora. Le pido una disculpa por mi tremenda falta de consideración.

—Que os quede de lección para la próxima —sentenció—. ¿De qué hablabais?

—De su sobrina —respondió lady Ava con naturalidad—, hoy por fin la he conocido. Una niña encantadora.

—¿Y dónde está?

—En el jardín. con Chris. Lo que me recuerda —se dirigió a William— que quizá sería bueno que se asegure de que no han hecho una travesura, aún con la presencia de la señorita Dickinson allí.

Recibió aquella excusa como una especie de bendición. Era la oportunidad perfecta para escabullirse de allí y evitar la conversación a la que al parecer los quería llevar.

—Tiene razón, milady —se dirigió a la señora Hilton—, lamento dejaros solas, pero si no los superviso yo, pueden hacer alguna locura.

Se marchó de la habitación a toda prisa, dando gracias ya no solo por la excusa, sino por la oportunidad de reunirse con Violet cuanto antes. Sin los ojos de la anfitriona sobre ellos, quizá podría saber qué le ocurría.

Siempre le había parecido que Violet irradiaba luz con su sola presencia. No solo era una mujer de carácter tranquilo y fácil de trato. También era increíblemente transparente. Por eso pudo darse cuenta del enorme esfuerzo que le suponía estar quieta y tranquila frente a los niños.

Se sentó a su lado.

—¿Te encuentras bien?

Violet ni siquiera parpadeó. Su mente parecía estar volando muy lejos de allí, y por su expresión, supo que fuera lo que fuera que estaba pensando, no era algo agradable.

Decidió darle su espacio. Lo ocurrido la tarde anterior en Barclay House debió suponerle una enorme conmoción. Sí, debía tratarse de eso.

Se sentó a su lado y devolvió el saludo que Hope le hacía.

Estuvo allí, viéndola de reojo cada tanto, hasta que unos pasos lo pusieron alerta y se giró de inmediato.

Seguida de su dama de compañía, la señora Hilton atravesaba el salón, con esa expresión determinada que tanto le había visto antes de conocer a lady Ava.

—Mi señora —besó su mano de nuevo—, ¿cómo está?

—Bastante mejor ahora que lo veo, lord Barclay.

—Pensé que quería hablar con lady Ava.

—Así es. Pero quería aprovechar que está aquí su sobrina para

conocerla. Me ha hablado tanto de ella que solo pude ceder a la curiosidad.

Tenía la mirada fija en Violet, que ni siquiera había parpadeado, y mucho menos mostrado su respeto a la dama.

—La señorita Dickinson —señaló—es la institutriz de mi sobrina.

Violet no reaccionó en ningún momento, y aquello pareció exasperar a la dama.

—No sé si haya escuchado el rumor de lo ocurrido ayer en mi casa —se apresuró a hablar, la señora Hilton asintió—, aún estamos muy conmocionados por lo ocurrido.

Violet parpadeó, como si quisiera ahuyentar un pensamiento, y entonces se fijó que no estaban solos.

—Buenas tardes —Hizo una reverencia.

—Señorita Dickinson, la encantadora señora Hilton, tía de lady Ava.

Violet palideció tanto que William temió que fuera a desmayarse.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la señora Hilton.

Violet no respondió con palabras, y negó muy despacio. Se tambaleó, y si no se dio de bruces contra el suelo, fue porque William se apresuró a tomarla de los brazos para sostenerla.

—Necesito… necesito ir al tocador. Por favor, disculpadme.

Se soltó de su agarre con un movimiento brusco y emprendió la salida casi corriendo.

¿Se sentiría mal? ¿Estaría rememorando lo ocurrido la tarde anterior?

—Se la veía muy mal. ¿Estará enferma?

—Preocupada, creo. Ayer fue un día difícil para todos y no durmió nada por velar el sueño de mi sobrina.

—Es reconfortante ver a una empleada que se esmera en cumplir con su trabajo. El servicio ahora ya no es así. Por nimiedades quieren un descanso o dejar de trabajar —negó—. ¿Esa jovencita de allí es su sobrina? Es muy bonita.

La señora Hilton tomó asiento donde estaba Violet, y a William no le quedó más remedios que sentarse a su lado y acompañarla.

—¿Y la señorita Dickinson? —preguntó lady Ava, que llegó seguida de una doncella con un carrito de aperitivos

—Fue al tocador. Creo que no se siente muy bien.

—Es comprensible.

Le hizo una señal a los niños para que se acercaran, y se bebieron un vaso de limonada.

—Bebe más despacio, Christian. Esos no son los modales apropiados para un heredero.

Chris se tensó, y toda la alegría desapareció cuando reparó en su tía.

—Buenas tardes, tía —saludó con educación—, bienvenida.

—Estás sucio —señaló la dama—. Deberías subir a asearte y…

—Es porque están jugando —interrumpió lady Ava—, regresad al jardín, no dejéis solo al cachorro.

Los niños regresaron al jardín corriendo.

Lady Ava parecía a punto de decir algo cuando una doncella entró corriendo.

—Milady, milady, lord Glassman se desmayó.

—¿Qué? Llama al médico. Hay que hacerlo reaccionar y…

—Ya fueron a traerlo y milord está despierto —la tranquilizó—, pero insiste en que no verá al médico si antes no puede hablar con su hermana.

—¿Es urgente?

—Parece que sí.

—Tía, padre quiere verla.

—Llevadme a su habitación.

—No, milord no está allí.

—Entonces dónde?

—En la salita privada de la condesa.

—¿Qué hace allí mi padre?

Capítulo 20

«La señora Hilton, tía de lady Ava»

Aquella información se había repetido en su cabeza durante todo el trayecto. Podía tratarse de alguna hermana o prima de la madre de lady Ava, y de eso intentó convencerse en los segundos que demoró en hacer una reverencia y verla a la cara.

¡Era ella! ¡Era su tía!

Su rostro era algo que no había olvidado, y que de alguna manera siempre se le aparecía en sueños o en recuerdos. Con veinte años más y una apariencia bastante más demacrada de la que podía esperar de una mujer de clase alta, esa mujer tenía la misma expresión severa que le conoció.

Se llevó una mano al pecho y con la otra se cubrió la boca. Tenía que tranquilizarse para pensar qué hacer a continuación.

¿Cómo podía ser la vida tan cruel como para poner en su camino y tan cerca de ella a las dos personas que más daño le habían hecho? Parecía una broma demasiado cruel.

Estuvo recostada en esa pared y en esa posición algunos minutos, hasta que un ruido extraño le llamó la atención. Con paso lento y una expresión dolorosa, el conde de Glassman salía de la sala en la que estaba.

Ella lo vio avanzar en su dirección mucho antes de que él la notara. Si le quitaba el bastón, le añadía color a su cabello blanco y obviaba las arrugas, era el mismo hombre al que había estado llorando los últimos veinte años.

¿Cómo era posible no haberlo reconocido en cuanto lo vio?

La intensidad de su mirada le llamó la atención, y le dedicó una sonrisa débil, que contrastaba a la perfección con su estado de salud.

—¿Necesita ayuda? Las palabras salieron de su boca antes de poder pensar en lo que hacía.

—Quería llegar a mi habitación, pero mucho me temo que mi débil cuerpo no soportará el viaje, y mi determinación tampoco es tan fuerte para sostenerme.

—¿A dónde va entonces?

—A la sala de estar de mi difunta esposa.

—¿Lo llevo?

—Sí.

Le ofreció su brazo, y siguió el camino que él intentaba trazar. Dos puertas después, se detuvo y Violet abrió la puerta, temblando.

—Es aquí. Solía pasar las tardes entre estas cuatro paredes.

Lo ayudó a entrar y a tomar asiento, incómoda por estar allí. Una duda le asaltó la mente.

—¿Siempre vivieron aquí?

—No. Cuando me casé con ella, primero vivimos en una casa que nos regalaron los padres de ella. Después un tío lejano murió y yo fui nombrado conde. Antes de eso, mi vida era mucho más sencilla. Soy médico, ¿sabe?

Era médico. Su padre era médico.

—Pensaba que los herederos siempre sabían que heredarían.

—Mi tío tenía un heredero, su hijo, pero murió por un accidente de caza, y fue tanta la impresión que él murió cuando recibió la noticia. Como ve, en esta familia tenemos el corazón muy débil.

»Aunque lo entiendo. Si alguno de mis dos hijos muriera de forma tan trágica, no podría soportarlo.

Sus dos hijos. Ava y Christian.

Apretó los puños sobre la falda, temblando. Tuvo que sentarse en el sillón individual frente al que él estaba para no caerse.

—Supongo que el destino de su otra hija no le importa tanto, ¿no es así?

La voz le salió ahogada, como un susurro.

—¿De qué habla?

—Es usted Benjamin Doyle, ¿no? ¿Ya olvidó a la hija que abandonó en medio del camino?

—¿De qué habla? ¿A qué hija abandoné?

—¡A mí! —gritó—. ¿Lo hizo porque era una bastarda? Si no me quería en su vida, pudo haberlo hecho menos difícil. Casi morí esa noche.

El conde no dijo nada, solo se le quedó viendo, con una expresión entre resignada y perpleja.

—Tienes las nariz de tu madre.

—¿Eso es todo lo que tiene para decir?

Lo vio abrir y cerrar la boca varias veces. Al principio parecía que no encontraba las palabras exactas para decirle, pero conforme se le humedecieron los ojos y él se llevaba una mano al pecho, Violet se dio cuenta de que algo le estaba ocurriendo.

—¡No se lo dije para que se muera! —gritó, al borde del llanto—. No se atreva a morirse, ya fue suficiente de hacerme daño, no merezco cargar con algo así en mi consciencia.

Se apresuró a recostarlo en el sofá y lo abanicó, aterrorizada con la idea de que pudiera estarlo matando. ¿Por qué abrió la boca? Debió quedarse callada y rezar para no volver a verlo.

El conde estiró la mano y le acarició una mejilla.

—Yo… yo no te abandoné…

—No, por supuesto que no —susurró—, ni siquiera tuvo el valor de hacerlo usted mismo, tuvo que enviar a su hermana a hacerlo.

La expresión se le ensombreció, y Violet corrió a tocar la

campanilla para que llegara una doncella o alguien y volvió a su lado.

—No te abandoné —insistió—. ¿Por qué dejaría a mi princesa?

Por fin, los ojos se le llenaron de lágrimas, de las cuales, él atrapó una.

—Es lo que he querido saber desde hace veinte años —chilló—. Fue una cobardía no hacerlo… no hacerlo usted mismo.

La mano del conde se posicionó en su nuca y la atrajo a su pecho. Violet recordó las veces que la cargó en brazos, o el día en que la consoló durante toda la noche porque supo que su madre nunca regresaría.

Le costaba relacionar a ese hombre amable y bondadoso que a duras penas recordaba, con el hombre frío que la abandonó y al que ahora tenía enfrente.

—¿Qué ocurre? —inquirió una voz femenina— ¿y quién es usted?

—L-le… É-él se siente mal, creo que es el corazón y…

—Llamaré al médico, por favor salga.

Se puso de pie —ni siquiera se había dado cuenta de que estaba de rodillas— para marcharse, pero la mano del conde en su muñeca se lo impidió.

—No llaméis a ningún médico —siseó él—, mandad a traer a mi hermana, decidle que quiero verla.

—Pero milord…

—Haced lo que os pido, si no hablo con ella, no veré al médico. Tú no vas a ningún sitio, Violet.

Se llevó la mano libre al pecho y se lo masajeó. Parecía que le estaba costando respirar, pero el aire le llegaba a los pulmones a bocanadas, y al cabo de un rato, por fin se tranquilizó.

—Por muy difíciles que estuvieran las cosas… yo jamás habría abandonado a mi princesa —murmuró—. Sabía que ese lunar no iba a crecer demasiado y tu madre no me creyó.

La mención a esa mujer sin rostro que se le aparecía en sueños terminó de derrumbarla. Había tanta emoción en su voz cuando la mencionó, que la consoló darse cuenta de que al menos ella sí fue importante para él.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué no estás en tu habitación? Ya llamaron al médico, que lo sepas.

La voz de la tal señora Hilton le puso los nervios de punta. No la había olvidado ni un solo día desde que le gritara aquella noche que solo era un estorbo en la vida de Benjamin, y ahora estaba materializada frente a ella, a apenas unos pasos de distancia.

Se le revolvió el estómago.

—Me parece bien —siseó—. No puedo darme el lujo de morir justo ahora.

—¿Usted aquí? Déjenos solos, señorita Dickinson.

Le costó conseguirlo, pero pudo ponerse de pie y les hizo una reverencia para irse. Alejarse de ella le parecía un regalo.

—No vas a ir a ninguna parte. Ayúdame a sentarme.

Hizo lo que le pidió, sintiendo la mirada oscura de esa mujer en su espalda en todo momento.

—Ya ayudó, señorita, ya puede irse.

—No se irá —insistió el conde.

—Si tanto te agrada la presencia de la servidumbre, entonces no tengo nada que hacer aquí, Ben. Sabes que yo no me mezclo con gentuza.

—¿Eso fue lo que le dijiste a mi pequeña cuando la abandonaste hace veinte años, Augusta?

Esa pregunta la ancló a su sitio, y aunque demoró un par de segundos de más en girarse, cuando lo hizo estaba tan inexpresiva como cuando entró.

—¿De qué hablas? ¿De la pequeña Letty? Sabes que era mi adoración, yo habría hecho lo que fuera para tenerla conmigo, con nosotros, todo el tiempo que fuera posible.

—¿De verdad, Augusta? ¿Tanto querías a mi Violet?

La sonrisa amable le tembló, y Violet supo que estaba por mentir. Quizá no la había visto en dos décadas, pero su sola presencia la había marcado a tal punto que tenía grabadas con fuego cada una de sus expresiones.

—Si me hubiese querido, aunque fuera un poco, no habría obedecido sus órdenes aunque le costara caro —meditó Violet, que no había pensado en ello hasta ver su expresión de falsa tristeza—. ¡Responda!

—¿Qué…? —Se la quedó viendo.

—El mundo es muy pequeño, ¿no crees? Tantos años, tantos detectives, tantas energías y ni un solo rastro de mi hija, y ella sola vino hasta aquí.

La pose afectada de la señora Hilton fue reemplazada por una de absoluto pavor, y se dejó caer en el sofá más cercano.

—No puede ser.

—¿No te alegras, Augusta? Es lo que he esperado desde hace dos décadas.

—No puede… no puede ser… tú no pudiste… estaba lloviendo a mares. No puede ser —susurró.

—No solo puede, sino que aquí está —respondió el conde—. Esta es *nuestra* Violet.

Los hermanos se midieron con la mirada hasta que ella la desvió.

—¡Por culpa de ella y de su madre no te querías casar! —escupió—. ¿Cuántos años esperaste a que por fin quedara viuda para casarte con ella? ¡Primero murió ella!

—Cuando Violeta desapareció, yo ya había aceptado casarme. Incluso estaba publicado el anuncio en la Gazette, se habían corrido las amonestaciones y firmado los poderes. ¡No me iba a echar para atrás!

—¡Eso dices ahora! Pero en cuanto vieras a tru bastarda ibas a correr a ella y quizás hasta convencido a Loraine de que la criaran juntos, ¡no podías humillarla de esa manera!

—¡Por eso la dejé a tu cargo! ¡Todo lo estaba haciendo por ella, maldita sea!

—La dejaste conmigo, sí, pero ¿te importó si yo quería cuidar de ella?

—Te lo pregunté una y mil veces, te dije que podría encontrar a una familia buena que la acogiera y yo me encargaría de que nunca le faltara nada. ¿Recuerdas lo que me dijiste? ¿lo recuerdas? «Cuidaré de ella con todo mi amor. Tú no te tendrás que preocupar por nada. Si tú te casas y nos salvas de la ruina, yo criaré a tu hija».

—¡Pues era una carga! —escupió, perdiendo los papeles—. ¿O crees que era sencillo para mí verla todos los días y recordar que su maldita madre era la culpable de nuestra ruina?

Tú olvidaste eso, pero yo no. Era joven y bella, no iba a desperdiciar mi juventud en cuidarla, ¡no iba a cargar con ella! Su sola presencia habría levantado rumores malintencionados, y ningún hombre rico y decente se habría fijado en mí.

Violet asistía a esa discusión a caballo entre la rabia y la perplejidad. Si bien, el conde nunca quiso que quedara desamparada y a su suerte, era obvio que de alguna manera contribuyó en sus desgracias al dejarla al cuidado de una mujer como esa. Y ella… ¿cómo podía ser tan cruel y cínica?

—Ningún hombre rico y decente se fijó en ti —respondió él, echando un vistazo a su bastón—, así que no te sirvió de nada dejar a mi hija abandonada y a su suerte.

—No me sirvió para casarme bien, sí, ni tú siendo el yerno del marqués de Tucker ni que yo fuera la viuda del último barón Redman sirvieron de mucho, pero me quité un peso de encima sabiendo que no la volvería a ver.

—Si no la querías cerca —insistió, tenso—, pudiste decírmelo y yo la habría dejado bajo el cuidado de una buena familia.

—¡Me recordaba el brillante futuro al que renunciaste al unirte en concubinato con una mujer casada y fugitiva!

—¿Qué?

Para ese momento, Violet ya no podía procesar tanta información. ¿Su madre era casada? ¿Su padre y ella vivieron juntos en unión libre? ¿Esa mujer era la baronesa Redman y por eso ella estuvo en esa casa?

La cabeza le daba vueltas, pero ninguno de los dos le prestaba

atención a ella. Augusta Hilton solo escupía su veneno y él la contradecía.

—¿Entonces lo que me dijo esa noche era mentira?

—¿Qué le dijiste? —exigió saber el conde.

—Que mi padre estaba demasiado ocupado para deshacerse de mí y le había encomendado la misión a ella. Que si en algo valoraba lo que ustedes hicieron por mí, procurara no volver a ponerme en sus caminos, y sobre todo, que olvidara quién era mi padre.

—Pero no lo olvidaste y en cuanto tuviste la oportunidad de entrar de nuevo en nuestras vidas, lo hiciste, maldita bastarda.

—No vuelvas a hablarle así a mi hija.

—¡Tú única hija es Ava!

—!Violet también es mi hija y como tal la vas a respetar! —gritó—. O te juro, Augusta, que te vas a arrepentir toda tu vida y le pedirás perdón de rodillas.

Como toda respuesta, la señora Hilton tomó su chal del sillón y se marchó con toda la dignidad que fue capaz de reunir.

En cuanto la perdieron de vista, todo el color en el rostro del conde desapareció y se hundió en los cojines, mucho más cansado que hacía unos momentos.

A pesar de que su cabeza era un hervidero de preguntas, se obligó a serenarse para no acribillarlo, pues no era lo que necesitaba, y cayó casi de rodillas sobre la alfombra.

—Nunca quise alejarte de mí, Violet, tiene que creerme. Yo amaba a tu madre y te amaba a ti. Le prometí que te cuidaría y no pude cumplirlo. Creía que hacía lo correcto, que con Augusta estarías bien. Mi matrimonio era inevitable, pero habría cuidado de ti tan bien como pudiera —le aseguró—. No la creí capaz de hacerte daño.

Lo vio contener una mueca y lo tomó de las manos. Estaba frío y temblaba.

—Iré por el médico. No se muera.

Se puso de pie casi a trompicones y salió en busca de ayuda, pero no había dado ni dos pasos en el corredor cuando se tropezó con la figura demudada de lady Ava, que pasó por su lado sin decir nada y cerró la puerta.

—Lo siento, Ava. De verdad lo siento —balbuceó.

Un minuto después, una doncella llegaba a la sala acompañada de un médico.

Capítulo 21

Para cuando los niños dejaron de jugar con Manchas, ya había anochecido.

—Será mejor que los dejemos descansar en una de las habitaciones de huéspedes.

—No es necesario.

—Claro que lo es, milord. Su sobrina está a salvo en esta casa, y es lo mínimo que puedo hacer por vosotros. Me dice el ama de llaves que la señorita Dickinson estaba con mi padre cuando se sintió mal.

Ambos echaron un vistazo al corredor en el que estaba la habitación en la que el susodicho había mandado a llamar con urgencia a su hermana mayor, pero nadie más entraba o salía de allí. ¿Qué estaba ocurriendo y qué tenía que ver Violet en todo aquello?

Una doncella les dio de comer, preparó una habitación para Hope y los llevó a descansar.

Lady Ava mantenía el tipo con mucho esfuerzo. A pesar de que el conde pidió explícitamente ver a su hermana y no al médico, ella lo mandó a llamar y este estaba por llegar.

Echaban vistazos al corredor cada tanto, sin que nada ocurriera.

Tuvo que pasar al menos media hora y algunos gritos ininteligibles para que la puerta se abriera, pero quien salió no fue Violet, sino la señora Hilton, pálida, con los ojos llorosos y exudando rabia.

Pasó por el lado de su sobrina sin siquiera dignarse a verla.

—Tía, ¿qué ocurre?

—Esa maldita mujer, eso ocurre —siseó.

Su dama de compañía apareció tras ella con su chal, la ayudó a ponérselo y le informó que su carruaje estaba listo.

No esperó siquiera a que la dama terminara de irse cuando echó a correr a la sala de la condesa, donde estaba su padre.

Hasta ese momento, nadie tenía idea de cómo el conde había llegado hasta allí, pues el médico le tenía prohibido esforzarse demasiado, y menos aún bajar escaleras o caminar más de unos cuantos pasos al día para estirar las piernas.

O eso era lo que lady Ava le dijo.

La vio quedarse de pie frente a la puerta entreabierta, tambalearse y después entrar a la sala, de donde Violet salió unos minutos después, más pálida y vulnerable de lo que la había visto jamás.

Parecía que apenas podía mantenerse en pie, al punto de tener que sostenerse de la pared más cercana e inclinarse hasta casi caer de rodillas.

Esa fue la señal que necesitó para ir en su ayuda. Le pasó una mano

por la espalda y la ayudó a enderezarse. Le secó las lágrimas con un pañuelo y le ofreció su brazo para que pudiera andar. Aunque se moría de curiosidad y de preocupación por lo ocurrido allí, tuvo que hacer acopio de toda su entereza para guardar silencio y permitirse serle útil.

La llevó a una silla y se acuclilló frente a ella para llamar su atención. Inició una caricia lenta en la palma de su mano, y antes de que cualquiera de los dos pudiera preverlo, lady Ava volvió a salir de la habitación, incluso más afectada que Violet, y pasó por su lado sin decir nada. Violet la veía con los labios apretados, y permaneció en esa posición la siguiente media hora, incluido el tiempo que el médico estuvo con el conde y lady Ava.

Él, por su parte, se limitó a darle un par de apretones en el hombro cada tanto, para hacerle saber que estaba con ella.

Significara lo que significara eso.

—¿Sabes cómo está el conde?

La doncella que llevaba unos paños se detuvo frente a ellos y la vio con pena mal disimulada.

—El doctor Walters dice que si no le dio un infarto es de milagro —suspiró—. Se está preparando su habitación para regresarlo allí. Por si quieres subir.

Violet le dio las gracias con un suspiro y se llevó una mano al pecho. Ya no lloraba, y estaba definitivamente más calmada cuando un par de lacayos salieron de la sala de estar con el conde en brazos, que pasó por su lado cabizbajo.

—Parece que no va a morir pronto —dijo lady Ava, pasando por su lado—. Y me parece muy bien, así dará las explicaciones pertinentes.

—Lo lamento. Nunca fue mi intención que…

—Puede ahorrarse sus disculpas, señorita Dickinson —cortó lady Ava con calma—. Es él quien debe darlas. No se sienta culpable por esto, si él siguiera las instrucciones de los médicos, nada de esto estaría pasando porque ni siquiera se habría movido de la cama sin la autorización de Walters.

Ninguna de las dos se miraba a los ojos cuando se dirigían a la otra, pero parecía que ambas eran conscientes de lo que ocurría por la manera en que evitaban mantener una conversación.

—Yo lo ayudé a llegar a la otra sala, y también a esa.

—¿Lo sacó de la cama y obligó a bajar las escaleras? —Violet negó —, entonces no es su culpa. Es un viejo terco e imprudente.

—Lo es —convino Violet, temblando.

Lady Ava salió del corredor, y Violet —él también, por lo tanto— lo siguió hasta las escaleras principales.

—Espero verla aquí mañana, señorita Dickinson. Creo que es justo tener un relevo. Disculpad que no me quede a fungir como anfitriona,

pero nos espera una muy larga noche. Podéis pedirle a Dorothea o a cualquiera que os prepare habitaciones para pasar la noche aquí —señaló el reloj que marcaba la medianoche—. Ya tendremos tiempo para hablar.

—Que descanse —balbuceó.

—Lo dudo bastante.

Lady Ava subió las escaleras con toda la naturalidad y poder que conllevaba ser la hija de un conde y dueña y señora de esa casa.

Cuando la perdieron de vista, Violet se sostuvo de su brazo para no caerse.

Sin importarle quién los viera, William la atrajo hacia él y la rodeó en un abrazo que intentaba ser reconfortante, pero que por el contrario, pareció romper el dique de las lágrimas, porque Violet se aferró a su abrigo con los puños crispados como si la vida se le fuera en ello.

—¿Y Hope?

—Dormida. En la habitación de huéspedes.

Violet se separó de él, tambaleante.

—¿Cree… cree que pueda ver a Chris también?

—En esa ala está Hope. ¿La llevo?

Subieron las escaleras muy despacio y en silencio. Parecía que cada paso que daba le suponía un esfuerzo titánico.

William la llevó primero allí, y una doncella que terminaba de sacar ropa sucia no pareció ni remotamente sorprendida de verla allí.

—Lord Latore ya está dormido. Pero tiene el sueño pesado.

Se hizo a un lado y la dejó pasar.

William se quedó en la puerta, viéndola llegar a tientas a la cama del niño.

Se acuclilló frente a él y le dejó un beso en las manos y otro en la frente.

Debió decirle algo, porque el niño se incorporó, somnoliento, asintió y volvió a dormirse. Violeta lo arropó con esa paciencia casi santa con la que cuidaba de Hope y salió de la habitación. Intentando contener el llanto y temblando tanto que William tuvo que abrazarla.

—Todo va a estar bien, te lo prometo —murmuró contra su cabeza—. No sé qué esté ocurriendo, pero lo arreglaré.

Por unos minutos, Violet se dejó consolar y William sintió que por primera vez en mucho tiempo, estaba donde debía estar. Con quien debía estar.

—¿Podemos irnos a casa? Hope no va a poder dormir bien.

No era exactamente Hope quien no podía dormir. No era Hope quien necesitaba regresar a casa. Pero William aceptó y abrió la puerta de la habitación en la que Hope estaba dormida. Violet también besó su frente y le dijo algo, a lo que ella asintió y se le colgó

del cuello, antes de recostar la cabeza en su pecho y seguir dormida.

—Supongo que os vais —dijo lady Ava cuando salieron de la habitación y se dirigió a Violet—. Independientemente de lo que haya pasado o de lo que ocurra en el futuro, siempre seréis bienvenidos a esta casa y para ver a Chris, estoy seguro de que le agradará la compañía.

—Gracias.

—Aún no las dé, señorita Dickinson. Disculpadme. Tened buen viaje.

Despareció por uno de los corredores y ellos, cuyo carruaje los esperaba en la puerta pese a que no lo habían pedido, emprendieron el camino de regreso a Barclay House.

Violet acomodó a Hope en sus brazos y en cuanto el vehículo se movió, empezó a llorar como si la vida se le fuera en ello.

William no sabía qué hacer o decir para consolarla. Estaba destrozada y a él se le partía el corazón verla en ese estado.

Intentó tomar a Hope en sus brazos, pero ella lo apartó con un codazo y la pegó más a su pecho.

—Lo siento mucho —hipó—, por todo. Arruiné la visita y… y creo que podría afectar su compromiso. Si es necesario que me vaya…

—No pasa nada —cortó— lo importante es que estés bien. ¿Lo estás?

—Lo estaré —le aseguró—. No sé cómo, pero sé que lo estaré.

—¿Puedo preguntar qué ocurre?

—No sé por dónde empezar —suspiró—. ¿Recuerda que le dije que soy huérfana y crecí en un hospital de caridad? Llegué a ese sitio porque mi padre me abandonó en una carretera de Dover. O algo así.

—¿Esto tiene que ver con el conde de Glassman?

—Es mi padre —reconoció con un suspiro—, y la mujer que me abandonó, según ella por órdenes de mi padre, es esa mujer.

—¿Cuándo lo supiste?

La vio abrir los ojos, sorprendida por el tuteo, pero no dijo nada.

—Contraté un detective —apretó los labios—, y resultó ser el detective Hanks, ¿lo recuerda? Me entregó una nota.

Estuvo a punto de bufar. ¡Eso lo explicaba todo!

—¿Allí le dijo que él es su padre?

—Me dio el apellido de ese hombre.

—Doyle.

—Benjamin Doyle. No sabía que era él cuando lo conocí. Fue cuando fui al tocador —le explicó, sorbiendo por la nariz—. Solo lo ayudé a llegar a la sala y después leí la nota y lo supe.

—¿A la señora Hilton la reconoció por añadidura?

—Jamás podría olvidar su rostro.

Continuó con su relato mientras recorría las calles de Londres en el

silencio de la noche. William no podía sino admirar su entereza y su determinación, pues le parecía sorprendente y desgarrador todo lo que tuvo que hacer para reunir el dinero y llegar a ese momento.

—Así que lady Ava lo sabe —comprendió.

—Por accidente. No quería que ocurriera todo esto. Ni que enfermase ni que tuviera un enfrentamiento con su hija. Destruir su vida no era mi objetivo. Yo solo quería respuestas.

—Y las tiene. Ahora las tiene.

—Quiero creer que me dijo la verdad y que nunca fue su intención abandonarme o hacerme daño, y quiero creer que me ha buscado todos estos años. Necesito hacerlo —susurró—, porque si no lo hago…

—Tienes derecho a dudar y a no perdonar —habló él, justo cuando el carruaje empezaba a disminuir su velocidad—, solo tú sabes lo que has sufrido. Hacerlo o no solo depende de ti, y de nadie más, y solo a ti te debe nacer.

—No es necesario tomar partido en este asunto. Sé que puede dificultar su compromiso con ella. No quiero irme y dejarla sola —se aferró a Hope—, pero si lo cree necesario…

—No me voy a casar con lady Ava —interrumpió—. Me di cuenta que no puedo unir mi vida a la de una mujer cuando en realidad pienso en otra. Cuando quiero a otra. Cuando a quien imagino el resto de mi vida es con otra.

«Cuando deseo a otra mujer».

No lo dijo, y esperó a que ella comprendiera a quién se refería. Tardó en hacerlo, tardó porque aún lloraba, porque no lo veía a él sino a la niña en sus brazos, pero sobre todo, porque ni siquiera el mismo William se creyó capaz de ser honesto.

Ella era la mujer que no sabía que quería y necesitaba, la que llenaba su vida de una paz y una alegría difícil de describir. No sabía cómo se sentía el amo hasta que la besó, hasta que quiso consolarla y resolver todos los problemas que la atormentaban solo porque sufría.

No lo supo hasta que tuvo miedo de perderla el día anterior.

En ese mismo momento su vida era un caos. Acababa de tirar abajo toda posibilidad de casarse con una mujer de noble casta como lo era lady Ava. Tenía una sobrina rebelde a la que le hacía falta una madre. Sobre sus cabezas pendía la amenaza de los Finlay, a quiénes no podía enviar a prisión por mucho que quisiera, por el bien de Hope. Estaba enamorado de una mujer que era a todas luces inconveniente, pero sin la que no podía vivir, y ni siquiera sabía si era correspondido.

Y lo que más le importaba era verla sonreír de nuevo.

—Usted sí que sabe tomar malas decisiones —dijo ella al fin con un suspiro—. Acaba de perder la oportunidad de casarse con una dama respetable por alguien que no lo vale.

—¿Tú no lo vales?

—Soy una bastarda. No tengo familia. Soy una institutriz y ya tengo veintisiete años —enumeró sin inmutarse—. Será el hazmerreír de todo el mundo si se plantea siquiera tomarme en serio.

—No me importa. Nada de lo que has dicho, porque hay cosas más valiosas que todo eso.

—¿Como qué?

—Como que te quiero. Hope te quiere. Me gustas. No me veo viviendo sin ti. No podría.

—Me quiere —se burló—. además de malas decisiones tiene mal gusto.

William empezó a desesperarse por su afán de echar abajo cada razón lógica o ilógica que daba para querer quedarse con ella.

—Te amo, y puedes hacer con eso lo que gustes, Violet Anahi Dickinson. Incluso corresponderme.

—¿Rechazarte?

—También puedes —la vio con seriedad—. Puedes quererme de vuelta o puedes no hacerlo, lo que no puedes es decir que no lo mereces o que no debería, porque eso está fuera de discusión.

—Te estás equivocando —le advirtió, con lágrimas en los ojos—, mucho. Muchísimo.

—Pues nunca he sido tan feliz de equivocarme como ahora.

—Tienes que darme razones para no quererte —chilló por fin—, no darme más razones para enamorarme.

—¿Más razones?

—Como si ser un excelente hombre y padre, guapísimo y querer tanto a Hope no fuera suficiente, me tienes que querer a mí. Yo así no puedo.

—¿No puedes qué? —preguntó, con el corazón acelerado.

—No puedo evitar quererte —lloró.

Se hizo un silencio largo en el que Violet cerró los ojos mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. La puerta se abrió, señal de que estaban en casa, pero le hizo una señal a su lacayo para que la cerrara en silencio, y esperó a que ella decidiera dedicarle una mirada.

—Ríndete conmigo.

Se sentó a su lado y le acarició la nuca antes de dejar un beso casto sobre sus labios.

—¿Estás seguro? Porque si lo hago, no te dejaré ir, pase lo que pase.

—No me dejes ir.

Volvió a besarla, teniendo cuidado de no despertar a Hope. se bebió sus lágrimas, su tristeza y su miedo, los hizo suyos y la abrazó.

—Incluso si todo está mal pero te quedas con nosotros, encontraré la manera de que todo mejore.

Abrió la puerta del carruaje y bajó para ayudarla a descender. Una vez estuvo sobre el suelo, pasó un brazo por sus piernas y cintura para llevarla en vilo para entrar.

—Bienvenida a la familia, Violet.

—Ojalá no te arrepientas de esto.

—Nunca.

Epílogo

Cuatro años después
Dover, septiembre de 1858

Se detuvo frente al espejo para practicar una sonrisa que no dejara en evidencia que le faltan tres dientes del frente. No quería que Chris se riera de ella otra vez.

Bajó las escaleras con Manchas pegado a los talones y se adentró en el jardín. Violet había dispuesto una enorme mesa con manteles blancos y bajo una carpa blanca para que todos pudieran disfrutar de la última tarde de verano todos juntos.

Esa era su excusa, por supuesto, Hope sabía que lo que de verdad quería era celebrar que Chris acababa de regresar de su primer año en Eton College. Estaba feliz de que no hubiera sido expulsado, y todo se debía a lo mucho que se había volcado en su educación, incluso después de la boda.

Manchas ladró e interrumpió el beso que su tío Will y Violet se estaban dando.

—¡Iugh! —se quejó en voz baja.

—Opino lo mismo —dijo alguien a su lado.

—¡Chris! —chilló.

Se le lanzó encima para fundirse en un abrazo largo. ¡Cuánto lo había extrañado!

—Eres tan odiosa —se quejó, cargándola.

Chris había crecido. Estaba mucho más alto que la última vez que lo vio. Mucho más alto que ella.

En cuanto la soltó, corrió a abrazar a Violet, que lo llenó de besos aún con sus quejas.

Lord Glassman le ofreció su brazo y juntos caminaron hasta la mesa, donde el almuerzo tendría lugar.

—Qué grande estás —celebró el conde—, ¿cómo van esos dientes? ¿el hada te trajo dinero?

—*Shhhh* —susurró—. Si Chris se da cuenta no dejará de molestarme.

—Cierto, cierto. ¿Te trajo dinero?

—Sí. Cinco chelines por cada diente.

El conde se rio y le dio seis chelines sin que nadie los viera.

Con el cabello casi blanco y el bastón que jamás lo abandonaba, a veces le gustaba fingir que era su abuelo. Le tenía un cariño inmenso casi desde que lo conoció años atrás, siendo un hombre muy enfermo y triste, y este creció desde que un par de años atrás, se mudó a la casa de al lado de Barclay House en Dover.

Hasta donde tenía entendido, la residencia permanente de la familia estaba en otro condado, pero a él parecía que Dover le gustaba mucho.

En Andarie House vivía él, su hija Ava —que se casaría en enero— y Chris.

Violet solía visitarlos con frecuencia incluso desde mucho antes de que se casara con su tío —y se convirtiera en su tía—, y al anciano se le iluminaban los ojos con solo verla. Al parecer, Violet era su sobrina favorita.

A Hope le gustaba soñar que su abuelo era él y no el hombre cruel que una vez, muchos años atrás, intentó llevarla del lado de su tío.

—¿Le puedo contar un secreto?

El conde la vio con curiosidad y asintió, para después bajar la cabeza y ofrecerle su oreja.

—Voy a tener un primito.

—¿D–de verdad?

—Sí —susurró—, pero Violet no sabe que yo lo sé, así que tiene que prometerme que no le dirá nada a nadie.

—Te lo prometo, te lo prometo.

—¿Te gustaría?

—Mucho, mucho. Seré la mejor hermana mayor del mundo.

Tomaron asiento en la mesa informal. Cada quien eligió su asiento, y ella terminó ocupando la cabecera.

—¿Ya podemos comer?

—Faltan Archer y su esposa.

El tío Archer era el administrador de su tío Will y también su mejor amigo. Hasta antes de casarse con esa mujer extraña, la profesora de la escuela del pueblo, solía ser puntual, ahora, era el último en llegar y el primero en irse. Sus dos hijos gemelos no podían quedarse sin supervisión.

Ava también tomó asiento, hallado de Violet y se saludaron con un abrazo largo. Chris y ella tenían la teoría de que eran las mejores amigas del mundo, porque cada vez que se veían se saludaban con la efusividad de quien lleva una vida sin ver a un ser querido.

Tío Archer llegó con su esposa, y entonces, antes de que se sirviera la comida, Violet tomó una copa y llamó la atención de todos:

—Toda la familia por fin reunida.

—Faltan mis hijos —se quejó el tío Archer.

—Por suerte —se burló su esposa.

—Toda la familia, por fin reunida —retomó Violet, con una sonrisa — para celebrar el regreso de Chris de su primer año en Eton College, el próximo matrimonio de mi querida Ava, que el tío Ben está mucho mejor de salud que hace unos años y… —el tío Will se puso de pie a su lado y la tomó de la mano—, ¡William y yo vamos a ser padres!

Los aplausos y las felicitaciones no se hicieron esperar. Lord Glassman soltó un par de lágrimas y fue el primero en abrazar a la pareja. Hope admiraba su talento para fundir sorpresa, porque a ella le estaba costando no demostrar que lo sabía.

Hope fue la última en acercarse.

—¿Te gusta la idea? ¿Eres feliz?

—¡Es la mejor noticia del mundo entero! —gritó—. ¡Voy a tener un hermanito y tengo la mejor mejor familia de todas!

Su tío Will la cargó y le dio un beso en la frente.

EXTRA

Antigua carretera principal de Dover, condado de Kent
Inglaterra, febrero de 1834
Veinte años antes…

Estaba tan acostumbrada al silencio punzante que reinaba a su alrededor cuando su tía estaba cerca, que en esa ocasión no le pareció ni importante ni determinante que durango todas las horas que habían viajado, nadie hubiera dicho nada.

Ella, por su parte, no se atrevía a abrir la boca y provocar la ira de esa mujer, y a ella no le interesaba recordar que también estaba viva.

Lo único que la consolaba era la promesa de su padre: se reunirían pronto y él cuidaría de ella para siempre. Esas habían sido las palabras que le susurró al oído antes de dejarla sola tanto tiempo, y Violet se moría de emoción con solo imaginar que por fin podrían estar juntos, y lejos de su tía.

—¿Por qué no nos fuimos de día? Me da mucho miedo la lluvia —susurró.

Tanto su tía como el hombre que la acompañaba la vieron mal, y Violet se encogió en el asiento. No debió abrir la boca.

—Yo solo sigo las órdenes de tu padre.

—Pero papá sabe que le temo a la lluvia.

—Todo lo que hago es porque así lo ha pedido él —repitió—. Deja de hablar, niña, me desesperas.

Violet se encogió en su asiento e intentó cerrar los ojos. Se moría de cansancio.

Habían iniciado el viaje hacía dos días, y apenas había podido dormir.

Empezaba a dejarse arrastrar al mundo de los sueños cuando sintió que alguien le apretaba el brazo con fuerza.

—Despierta, niña.

—¿Ya llegamos?

—Tú sí, a nosotros nos queda un viaje un poco largo.

—¿Papá está aquí?

El hombre sin nombre que acompañaba a su tía a todas partes la levantó en brazos, mientras su tía tomaba el abrigo que llevaba puesto y se lo ponía encima a Violet.

—Quédate quieta, mocosa tonta.

Su voz le daba miedo, así que obedeció.

Las primeras gotas de agua que le cayeron sobre la espalda bastaron para que terminara de despertar. Entonces se dio cuenta de que no solo llovía y era de noche, también estaba en mitad de un camino frío y solo.

—Déjala allí.

El hombre la bajó y le acomodó el abrigo por encima de los brazos.

—¿A dónde vais? —chilló, al darse cuenta de que querían dejarla allí—. ¡No os podéis ir!

—Sí podemos, pequeño estribo —dijo su tía—. son órdenes de tu padre.

—Mi papá no me dejaría aquí sola nunca nunca.

—Fue idea de tu padre —repitió su tía—, así que haz el favor de obedecer.

—¡No! —corrió hacia donde ellos estaban—. ¡Quiero ver a papá!

—Deja de decir estupideces, niña. Tu padre no está aquí y no te quiere ver nunca más. Deja de estorbar.

—¡Pero hace frío! —insistió.

Corrió hacia ellos para regresar al carruaje, pero la lluvia en su rostro le impedía ver con claridad sus pasos, y cuando estuvo cerca, tanto como para abrir la puerta por sí misma, un brazo en su cintura la detuvo.

—Deja de estorbarnos, pequeña estúpida. Tu padre no quiere verte nunca más y nosotras tampoco.

Dicho aquello, la empujó con tanta fuerza que Violet cayó de rodillas.

—¡No me dejéis! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Quiero a mi papá!

El carruaje arrancó antes de que Violet pudiera ponerse de pie, y evitar que la dejaran. corrió con todas sus fuerzas en medio de la lluvia torrencial de febrero, pero eso no bastó para darles alcance, y cinco minutos después, intentando refugiarse bajo un árbol y terriblemente asustada por la falta de luz en el cielo, se dejó caer y lloró con todo lo que tenía. ¿A dónde iba a ir? Su padre era el único progenitor que le quedaba, además de ser la única persona en el mundo que la quería.

—Quiero a mi papá —chilló de nuevo.

Se sentó allí y se abrazó las rodillas, enterrando el rostro en el vestido.

Habría permaneció allí solo Dios sabía cuánto, pero cuando el frío empezaba a calarle los huesos, sintió que alguien le cubría la espalda y le tapaba la boca para que no hablara.

—¿Qué haces allí, chiquilla?

— ¡Mi papá! chilló—. No me quiere y me abandonó.

Los brazos cálidos de esa mujer la levantaron del suelo en un parpadeo.

—Te llevaré a casa.

—¿Sabe dónde e s eso?

—No. Solo sé que todos cuando hablamos de lo que nos gusta, nos

vemos mejor.

Violet quería decir que ella solo necesitaba a su papá, pero lo último que vio antes de cerrar los ojos, resultado del pánico y del estrés de los últimos días fue un:

—Mi papá si me quiere.

Pero nunca nadie fue por ella, y al cabo de un año, la buena mujer que la recogió de debajo de aquella lluvia la llevó con el magistrado, y este al ver que no tenía padres la envió a un hospital de huérfanos.

Fue allí donde Violet estuvo los siguientes diez años.

Nota de autora actualizada el 13 de enero de 2023

Primero que nada, quiero, una vez más, dar las gracias a cada lectora y lector por darle una oportunidad a esta historia, que nació y se desarrolló en un momento muy complicado de mi vida (una convalecencia de la que apenas me estoy terminando de recuperar).

Segundo, una disculpa sincera para quienes llegaron a esta historia en estos primeros días. Estoy de viaje, en una zona sin cobertura, y recién fui informada por una amable lectora (te debo la vida, Di) de que la novela, hasta hoy, 13 de enero, no aparecía completa. Si se puede leer esta nota, debería significar que ya está todo bien. Consta de veintiún capítulos, un epílogo y una escena extra y debería haber estado completa desde ayer 12 de enero. No entiendo qué ocurrió para que solo dieciséis capítulos fueran legibles, pero espero que pronto se vea reflejado en el documento actualizado.

Una vez más, gracias por llegar hasta aquí.

Nos leemos pronto en *Seducir a un caballero*.

Clarice Duval